



Déjame
PARA SIEMPRE

TRILOGÍA DÉJAME 2

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Déjame
PARA SIEMPRE

© Déjame para siempre.

© Autores: Dylan Martins y Janis Sandgrouse

© Imagen de portada: Adobe Stock

© Primera edición en eBook: Noviembre 2020

La novela es una obra de ficción. Cualquier parecido con los personajes, lugares que se citan o cualquier otro tipo de coincidencia es fruto de la casualidad. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los autores, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

Capítulo 1



Tres meses habían pasado desde el día que descubrí que todo junto a *Paul*, había sido una mentira.

Ese mismo día le hice jurar a Luka que, pasara lo que pasara, jamás dijera dónde me encontraba, y es que partí en ese mismo momento para Puerto Rico, para estar con mis padres y donde aún seguía.

Era principios de abril y había decidido quedarme hasta septiembre aquí, había trabajado durante mucho tiempo y con los ahorros que tenía podía permitírmelo, ya me pondría las pilas a la vuelta, pero me iba a quedar aquí hasta entonces.

De *Paul* no sabía nada, lo bloqueé de las redes y de cualquier otro sitio donde pudiese contactar conmigo. Los programas del corazón ya ni los veía, ni siquiera en casa de mis padres se ponían.

Me costó la vida tirar hacia adelante, pero con dolor y el alma destrozada lo conseguí, aunque no, no lo había olvidado, aún lloraba muchas noches recordando los días junto a él, las cosas que me decía y las mentiras que yo tan ingenua me había tragado.

—Buenos días, mi niña —me dijo mi madre cuando entré en la cocina.

—Buenos días, reina de la casa —contesté dándole uno de mis abrazos.

—Niña, cualquier día me rompes una costilla. ¡Qué fuerza tienes para lo chica que eres!

—Anda, exagerada. ¿Y papá?

—Ya se fue, lo esperaban los niños del barrio para un partido de fútbol. Ese hombre me da un susto, un día de estos. Que con sesenta y dos años siga carrerita para arriba y carrerita para abajo... Si es que se cree que es un chico de veinte años todavía.

—Anda, que bien guapo era papá a esa edad, ¿eh, pillina? —le dije sonriendo mientras la veía ponerme un café y tostadas.

—Mucho, sí, pero también un loco, pues no paró hasta que me consiguió.

Reí al ver a mi madre encogiéndose de hombros, como si aquello para ella hubiera sido un suplicio. Y nada de eso, vamos, si lo sabía bien yo.

La historia de mis padres era como un cuento de hadas para mí, tal vez por eso en lo más profundo de mi ser me sentía una princesita, porque mi madre había sido la reina de su propio cuento.

Ella tenía dieciséis años cuando conoció a Rafael, de veinte, un día que él fue al colegio donde estudiaban ella y su mejor amiga a recoger a esta última.

Era primo de la amiga y ya que iba en coche, pues acercaron a mi madre a su casa.

En el camino ella hablaba con la amiga, pero notaba al joven mirarla mucho por el espejo, y claro, ella se sonrojaba como una chiquilla.

Al día siguiente cuando su amiga le dijo que el primo se había interesado en ella y que quería conocerla, mi madre no sabía ni dónde meterse.

Y claro, día tras día el joven Rafael, iba al colegio a recoger a su prima y, por ende, a mi madre.

Rafael se había mudado a casa de sus tíos porque buscaba un trabajo y ellos le consiguieron uno en la fábrica en la que el tío trabajaba.

Y no paró hasta que al final su Barbarita querida, aceptó tomar un refresco con él.

Seis meses después empezaron a salir oficialmente porque mi madre se había dado cuenta que su Rafael, no iba buscando solo aquello que ella conservaba intacto, sino que la quería de verdad.

Años de novios hasta que, a los veinticinco recién cumplidos de mi madre, pudieron casarse con el dinero que, poquito a poco, habían ido ahorrando los dos. Se compraron una casa que pagaron con ayuda de mis abuelos y cuatro años después nació yo.

Quisieron darme hermanos, pero no llegaban y nunca supieron por qué.

—¿Te vas a ir a pasar el día con Marita? —me preguntó cuando recogí mis cosas del desayuno.

—Sí, como todos los sábados.

—Eso está bien, que te diviertas. Si yo tuviera tu edad...

—Pues estarías casi recién parida y dándome el pecho, mamá. Para mucho chiringuito no estarías, ¿eh, bonita? —contesté y ella empezó a reír.

—Pues también es verdad. Disfruta ahora que puedes, que ya te llegarán los hijos, ya.

—Mamá, que no voy a tener un hijo mañana mismo.

—¿Sabes que me encanta tenerte en casa? Aunque no me parece bien que dejes tu trabajo.

—Y tú sabes que con lo que he ganado trabajando me merezco este descansito. Así que, calla y disfruta de tu puertorriqueña adorada.

—¡Ay, madre! Pero, ¡cuánto te quiero, hija! —Me abrazó y yo me dejé. Si ella estaba feliz de tenerme en casa, no digamos yo, que había sido la mejor cura para mi dolor.

Bueno, tampoco una cura completa porque el dolor que sentí y que aún estaba ahí, era insoportable.

En este tiempo Luka me había dicho que *Paul*, le había escrito infinidad de veces, atosigándolo de tal manera, que, según sus palabras, estaba del de Auxa, hasta la mismísima pichilla. Ese hombre estaba loco, pero me hacía reír lo que no estaba escrito.

Me aseguró que no le contó nada porque ni siquiera le contestaba a los mensajes, le dije que lo bloqueara y su respuesta fue que no, que le gustaba verlo sufrir un poquito y arrastrarse buscando mi perdón.

¿Qué hacía yo con mi pichilla loca? Pues quererlo, qué iba a hacer...

Yo amaba a *Paul*, joder si lo amaba... Olvidarte de una persona por la que has sentido tanto en tan poco tiempo no era fácil, pero necesitaba este tiempo para mí, necesitaba curar mis heridas y poder regresar a casa mucho más fuerte.

—¿Cómo están las dos mujeres de mi vida? —preguntó mi padre, entrando en casa.

—Pero, ¡si ha entrado el mismísimo Pelé en nuestra casa! —grité, fingiendo estar sorprendida y emocionada, como si realmente estuviera viendo a ese exfutbolista brasileño tan famoso.

—No tiene gracia tu hija ni nada... —rió mi padre.

—¿Mi hija? ¿No es tuya también? —le preguntó mi madre.

—Cuando se cachondea de mí de esa manera, no.

—¡Santa Bárbara y San Rafael! —gritó mi madre mirando al cielo con las manos levantadas—
Dadme paciencia con este hombre, que si me dais fuerzas...

Rompí a reír a carcajadas y fui a mi habitación dejando allí a mis progenitores, esos a quienes quería más que a nada ni nadie en el mundo, y así sería siempre.

Como había dicho mi madre, los fines de semana los pasaba en un chiringuito de playa, el “*Marita Beach*”, Marita por el nombre de mi amiga de la infancia ya que era de ella y del marido, así que allí iba yo a esas tumbonas que tenían con sus sombrillas de madera y paja, a tomar los mejores cócteles del mundo y a comer cada sábado y domingo.

Y hoy era sábado y ya estaba con la bolsa de playa lista para pasar el día allí tostándome al sol.

Me despedí de mis padres con dos besos hasta la noche y me fui en el coche de ellos para la playa. En cuanto me vio Marita, ya me estaba poniendo una cerveza, vamos que aún no había llegado a la barra y ya la tenía allí encima.

—Buenos días, bombón —dijo saliendo a darme dos besos y es que desde el domingo anterior no la había visto.

—Buenos días, cariño —dije sonriendo— ¡Qué ganitas tenía de que fuera sábado!

—Pues ya está, ahora a disfrutar —se volvió a meter en la barra y se puso a charlar conmigo.

Marita era la única mujer a quien podía considerar amiga, pero de las de verdad, igual que a Luka. Jamás me había hecho sentir diferente a ella, ni me había mirado mal como otras chicas, y no digamos eso de que me tuviera envidia, ella no sabía lo que era eso.

Vamos, que incluso podría decir que, si alguna tuviera envidia de la otra, esa debería ser yo, porque mi puertorriqueña bonita había encontrado un bombón de marido, tenía un buen negocio que le iba de maravilla y era feliz. ¿Se podía pedir más a la vida que ser feliz? Pues no, la verdad.

—¿Ya llegó lo más bonito de mis fines de semana? —preguntó Luis, uno de los camareros de Marita, con quien había congeniado a la primera.

Era alocado, divertido y un tío alucinante. Treinta y tres años, rubio, ojos marrones, piel tostadita y un cuerpo que quitaría las penas a más de una si quisiera, pero que no se ligaba a ninguna clienta. Solo se arrimaba a mí y, claro, ahí estaban las demás diciendo que me lo tiraba. ¡Ya quisiera yo, no te jode!, pero no podía mirar a otro hombre, ni desearlo, del modo en que lo había hecho con *Paul*.

Marita nos pilló por banda, hizo un selfi de los tres y lo subió a su *Facebook*. Luka no tardó nada en reaccionar, vamos que estaba de lo más contento al verme disfrutar, pues tal como me dijo, si me veía como un alma en pena por la casa, en plan fantasma de esos de niñas de película de terror, con camión blanco, venía a Puerto Rico y me daba una somanta de guantazos, que me espabilaba.

Y bueno era el pichilla loca para no hacerle caso, vamos.

Por suerte *Paul*, no se enteraba ni de dónde estaba ni de lo que hacía, porque lo bloqueé en *Facebook* y como no teníamos amistades en común, pues, a joderse le tocaba, que yo me había jodido unos cuantos días cuando llegue.

Empezó a sonar la canción “Ella no sigue modas”, de Don Omar y Juan Magán, y allá que me puse a bailar con Luis, que para eso el muchacho se animaba solo y a Marita no le importaba. Claro, cómo le iba a importar si me tenía a mí allí como si fuera una gogó los fines de semana. Bueno, comía gratis así que no me quejaba.

«Ya no sonrío más, se arregla toda. Si va a la discoteca siempre baila sola...»

Luis me seguía el ritmo de una manera alucinante, era como si estuviera bailando con Luka, que después de tantos años ya me conocía bien, y para hacer solo unos meses que Luis me manejaba a su antojo, yo disfrutaba como una niña con zapatos nuevos.

—Dime quién te hizo daño “pa” que estés tan sola. ¿Quién quiso utilizarte y robarte toda? —
cantó Luis en mi oído, sonreí, me giré y él me regaló un guiño de ojo.

De sobra sabían bien tanto él, como Marita y su marido lo que me había llevado de vuelta a casa de mis padres. Alguna de las primeras noches acabé confesándome con mi amiga y llorando con los tres. Me sentía la más tonta del mundo por haberme tragado las mentiras de *Paul*, pero no había vuelta atrás, esto era la puta vida real y no teníamos un *Delorean* como en la película para poner una fecha en el pasado a la que quisieras ir, para cambiar tu presente.

Comí con ellos, como ya era costumbre, y tras el café charlamos un rato hasta que empezó a llegar gente y Marita puso música que no tardé en bailar, seguida de Luis.

—Si tú quisieras, mi dulce Andrea... —susurraba él, dejando algún beso en mi cuello, pero sabía que era todo de broma, él sabía que tenía el corazón roto en pedazos y costaría recomponerlo, pero me decía esas cosas para sacarme la sonrisa.

—Y tú te dejarías, mi adorado Luis —contesté y rompí a reír.

—Te haría la mujer más feliz de Puerto Rico, te lo aseguro.

—Y me darías unas noches de pasión como ningún otro me dio —dije, puesto que eso es lo que me decía siempre.

—¡Qué bien te lo sabes y no quieres llevarlo a la práctica, hija! —saltó Marita.

Escuché la voz de mi Romeo, el cantante, por supuesto, Romeo Santos, y cogí las manos de Luis para bailar esa preciosa “Yo también” que cantaba a dúo con *Marc Anthony*.

«Fui su éxtasis intenso de placer.

Yo también la amé con mis locuras de poeta y moría por ella.

Yo también le ofrecí un amor a lo Romeo y Julieta.

Yo también la amé...»

Y me sentí tonta por pensar en Paul, pero en ese momento se me vino a la cabeza, pues eso es lo que me había hecho sentir ese idiota.

Una copa, un baile, así fuimos pasando las horas.

Luis me llevó de nuevo a bailar cuando empezó a cantar su Luis Fonsi, al chiquillo le gustaba ese cantante y se movía con sus canciones, que era una pasada. Vamos, que tenía a las mujeres deseando que se arrimara a ellas como lo hacía conmigo, moviendo caderas, rozándome el culo con la entrepierna y, como decía Marita, poniendo a la clientela en general más caliente que la plancha donde ella hacía el pescado.

«Date la vuelta, mami. Suéltate el pelo “pa” mí.

Date la vuelta, mamita.

Entonces síguete moviendo, síguete moviendo.

Como si congeláramos este momento.

Entonces síguete moviendo, síguete moviendo...»

Llegó la noche y, con ella, el final de un día en el que, como cada fin de semana, me olvidaba un poquito de lo mal que me encontraba, de ese dolor que me mataba por dentro y que debía ir dejando que pasara y se fuera.

El marido de Marita, dio volumen al equipo de música y allá que fuimos Luis y yo, que al final cobraríamos un plus por cada numerito, a bailar a ritmo de *Jennifer López*, *Ricky Martin* y *Wisin* con su “Adrenalina”.

Esa canción era como un chute de energía que no había dejado de escuchar en estos meses. Y cuando el marido de mi amiga la ponía, sabía que era por mí, que para eso el condenado subía el volumen.

Meneíto de caderas, culete, restregón con Luis, pierna para arriba, él cogiéndome la cintura y dejándome caer hacia atrás para volver a subirme y dejarme a escasos centímetros de sus labios.

Ni qué decir tiene que la gente nos vitoreaba. Vamos, que al final me hacía bailarina nocturna y me tendría que pagar mi amiga.

«Tus movimientos a mí me aceleran.

Cuando empezamos no puedo parar.

Tú te apoderas de mis sentidos cuando me miras.

Cuando me tocas yo comienzo a temblar»

Terminamos nuestro baile y reconozco que, hasta me había puesto algo tontita, igual que Luis que cada vez que se me pegaba me susurraba un “me voy de aquí empalmado los fines de semana por tu culpa”, que me hacía reír a carcajadas.

Ayudé a mis amigos a recoger y pusimos fin a una noche más de sábado. Nos veríamos de nuevo al día siguiente, pero ahora tocaba volver a casa y dormir unas horitas.

Desde luego, con este ritmo de bailecitos dos días seguidos, ni falta me hacía ponerme una tabla de ejercicios en casa. Muerta acababa, pero me lo pasaba pipa.

Llegué a casa y mis padres ya estaban acostados, así que me di una ducha rápida para quitarme el calor, ese dolor de músculos y me metí en la cama, ni pijama me puse, no hacía falta, solo una braguita y a dormir.

Capítulo 2



Un poco de resaca, pero con el zumo que me hacía mi madre, ya estaba nueva para irme a otra sesión de playa total y es que me gustaba demasiado ese rincón.

Ese día llegué al chiringuito y Luis me puso la cerveza esta vez.

—Para la mujer más linda de todo Puerto Rico.

—Solo te faltó cantarme el Despacito, de Luis Fonsi —reí.

—Si quieres te la canto, *mami*.

—No, ya otro día sí eso —reí.

Cogí la cerveza y me la llevé a la tumbona, la puse en la mesita que había pegada y ahí me senté con los pies cruzados en posición yoga mirando al mar. ¡Qué a gusto!

De fondo sonaba la canción “La mejor versión de ti”, de Natti y Romeo, me encantaba.

En ese momento noté que alguien se sentaba justo en la tumbona de al lado, solo nos separaba la mesita, miré para saludar y...

No, no me lo podía creer, era *Paul*. Yo quedé de nuevo en *shock*, mirándolo.

—Andrea —dijo al verme, pues yo era incapaz de mediar palabra—. Por favor, no quiero que te dé lo de la otra vez —dijo acercándose y agachándose frente a mí e intentando coger mi mano, pero yo la quité sin fuerzas y sin poder reaccionar.

—¿Qué haces aquí? —pregunté murmurando, con la mirada perdida y es que me estaba dando la ansiedad.

—He venido después de estar buscándote estos tres meses, pero eso lo hablamos luego, quiero que te relajes, no puedo permitir que te vuelva a pasar lo de la otra vez.

—No quiero hablar contigo —las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas.

—Andrea —murmuró con tristeza y secándolas con su dedo, ese que ahora era incapaz de quitar por el estado de *shock* en el que me encontraba—, relájate por favor, luego hablaremos y me iré, no te molestaré si no quieres. No pretendo hacerte daño, solo quiero enseñarte algo, explicarme y si me dices que me vaya, lo haré, no te agobiaré, pero tenemos derecho a saber la verdad el uno del otro.

—Yo jamás te mentí —le dije con un nudo en la garganta.

—Yo a ti sí, bueno, no fue una mentira —acariciaba mi mano—, fue que no te conté toda mi verdad, había algo que quise dejar para otro momento.

—Eres muy mala persona —dije en voz baja mirando hacia el mar y sin dejar de llorar.

—Andrea, sí tú dices que lo soy, lo seré, pero nos merecemos hablar, al menos una última conversación. Después de lo que hemos vivido juntos, no es justo que nos separemos de esta manera.

—Vas a ser padre...

—Andrea, sal de ese *shock* y hablemos, pero, por favor, relájate —cogía mi mano de nuevo y la acariciaba.

Comencé a hacer lo de las respiraciones, no quería caerme allí en redondo y montar un numerito, no quería dar un susto a Marita y a los del bar, no quería, ni *Paul* merecía que yo sufriera de esta manera por él.

Fui volviendo en mí y me encendí un cigarrillo, no sin dejar de llorar, no podía, era demasiado dolor y tenerlo tan cerca me producía que fuera aún más fuerte.

Él, se sentó en su tumbona mirando hacia mí y yo hacia el mar, esperó un poco mientras tomaba una cerveza, me iba pidiendo que me relajara y claro que lo iba a hacer, no iba a volver a perder la conciencia ni por él, ni por ningún otro hombre, pero Dios sabe el daño que me producía tenerlo tan cerca.

Me giré y me puse mirando hacia él, cuando estaba mejor, nos separaba esa mesita pequeña.

—*Paul*, dime lo que sea y luego márchate —dije sin aparentar odio ni nada por el estilo, solo quería que se fuera, tenerlo ahí me causaba mucho dolor y no podía permitirme pasar de nuevo por eso.

—¿Estás mejor?

—Sí —dije de modo convincente.

—*Catherine* es parte de mi vida y el bebé que viene en camino también.

—Felicidades —murmuré en tono irónico y borde.

—El día que te dije que lo sentía no era por estar con ella y esperando un hijo, era por no haberte contado la verdad, pero colgaste y desapareciste en unas horas.

—Sigue —dije para que se aligerara antes de que le partiera el vaso de cerveza en la cabeza.

—*Catherine* es hija de mi padre, no de mi madre, es mi hermana, la tuvo en una relación donde le fue infiel a mi madre, cuando me acababa de tener a mí. Mi madre se enteró y decidió perdonarlo, pero no quiso saber jamás de ella, siguieron con su vida como si nada hubiese pasado. *Catherine*, me buscó a mí y también a mi hermana hace unos años, nos contó la verdad, al principio no la creímos, pero nos hicimos a escondidas de mis padres una prueba de ADN —puso un sobre en mis manos—. Puedes ver las fechas y donde dice que somos hermanos los tres. Desde entonces cuando viajo a París voy a verla, el padre del niño es otro modelo que ahora no se quiere hacer cargo y aunque sé que a mi madre le mataría saber que la protegemos mi hermana y yo, es nuestra sangre y no tiene culpa de lo que hizo mi padre y su madre. Ese bebé que nacerá no es mi hijo, es mi sobrino —las lágrimas comenzaron a caerle mientras yo abría el sobre y veía la factura de las pruebas de cinco años atrás y el documento donde decía que, tanto *Catherine*, como *Nicole* y él, eran hermanos—. Por eso no te quise llevar de momento a esos viajes conmigo, no te dije la verdad, solo que iba a trabajar, pero también iba a consolarla a ella en esos momentos tan delicados por el que estaba pasando.

Me puse la mano en la boca y comencé a hiperventilar, aquello sí que me había dejado en *shock*, no podía, ni sabía qué decir, puse el sobre en la mesa y me levanté, estaba ida, fui andando hacia la orilla y me senté en esta abrazada a mis rodillas.

Estuve unos minutos ahí, mirando al horizonte. *Paul*, llegó hasta mi lado, se agachó, se puso en cuclillas sobre mis rodillas y me miró fijamente.

—¿Estás mejor?

—Sí —murmuré sin dejar de lagrimear.

—Ahora que sabes la verdad, ¿deseas que me vaya?

—No —rompí a llorar y me rodeó con sus brazos, besándome la cabeza.

—Suelta todo lo que lleves dentro, relájate y más tarde hablaremos tranquilos. ¿Te parece? —
Afirmé con la cabeza que la tenía entre mis piernas.

Esperó a que me repusiera un poco, luego agarró mis manos y me levantó, me llevó hacia dentro del mar por la cintura a que me diera un chapuzón.

Me maldecía por no haberlo escuchado antes y, por otro lado, me detestaba a mí misma y era incapaz de mirarlo. ¡Tres putos meses! Tres meses maldiciéndolo y creyendo que era el peor hombre sobre la faz de la tierra, tres meses en los que lo había dejado sin saber dónde estaba, tirado como un perro, como si de una mala persona se tratara.

—Lo siento, *Paul*, siento haber actuado como lo hice —dije mirándolo a los ojos y rompiendo a llorar de nuevo.

—No pasa nada, necesitaba decirte la verdad, no sabes lo que me ha costado dar contigo. Esta es la segunda vez que vengo a Puerto Rico, anduve desesperado buscándote, pero te he encontrado, no podía seguir sin contarte la realidad de los hechos, mi vida, no lo que dijo la tele.

—Y, ¿cómo me has encontrado?

—El miércoles me colé en casa de Luka, entré por la fuerza porque me quiso cerrar la puerta, le enseñé todo, los papeles que te he traído y las conversaciones con mi hermana de años en el móvil. Después de eso me creyó y me enseñó tu *Facebook*, por las fotos en esta playa y en el bar ya fui investigando en *Internet* y haciendo norte de dónde estabas, preparé todo y llegué esta mañana, dejé todo en el hotel aquel —señaló detrás del chiringuito—. Y aquí estoy, abriéndome en canal pues ni tú ni yo, nos merecíamos terminar así.

—Lo siento, de verdad, que lo siento... —rompí a llorar de nuevo y él me abrazó.

Sí, me abrazó fuerte, como siempre hacía para que me sintiera bien, me pegó contra él, intentado calmar el dolor que yo sentía, aunque ahora sabía que *Paul*, también lo había sentido todo este

tiempo, había sido una gran estúpida.

Después del abrazo me cogió de la mano y salimos hacia fuera, a mí se me caía el mundo, no me podía creer que hubiera metido la pata a esos niveles, que no le hubiese dado opción, pero ese “lo siento” cuando me descolgó aquel día el teléfono, fue lo que provocó todo.

Paul se sentó mirando hacia la mesa en su tumbona y yo en la mía mirando también hacia él, en ese momento se acercó Luis con su sonrisa y gracia.

—¿Pongo algo por aquí? —preguntó haciéndome un guiño de ojos que Paul vio.

—Si, Luis, por favor, dos cervezas frías.

—Y unos *chips* —dijo *Paul* en tono seco, como si le hubiera molestado ese guiño de ojo, como lo que pasó en Cuba, pero bueno, este era un conocido mío.

Se hizo un silencio entre nosotros...

—*Paul*, siento todo lo que ha pasado —dije un poco después con tristeza cuando nos trajeron las cosas.

—No te preocupes Andrea, ya está todo hablado y creo que era lo que necesitábamos los dos.

—No te lo merecías...

—Tú tampoco el toparte con esa noticia incierta y el sufrimiento que, conociéndote, has debido de pasar.

—Me lo merecía.

—No digas eso... —dijo levantando su cara y mirándome con dolor.

Algo me decía que había venido a aclararme la verdad, pero que nada podía volver a ser como antes, lo veía un poco más frío de lo habitual a pesar de los abrazos y la preocupación que tenía hacia mí, pero me lo merecía y tenía que joderme por haberla cagado de esa manera, por decirle eso tan feo ese día y sacarlo de mi vida.

—¿Hasta cuándo te quedas aquí? —me preguntó mirando hacia el mar.

—Tenía pensado hasta septiembre, no lo sé, la verdad es que no lo sé —respondí con tristeza y se hizo un silencio.

No sabía qué decir, ni cómo actuar, me sentía una mierda en esos momentos y tenía un dolor en el corazón que me ahogaba.

Se levantó y se fue hacia el agua sin decir nada, yo sabía que estaba mal, sabía que no era capaz de actuar como yo, pero me daba mucho miedo a que después de aclarármelo todo, se marchara para siempre, en la tranquilidad de saber que ya sabía la verdad.

Me sentía impotente, con rabia, con dolor y con ganas de chillar, me daba miedo hasta preguntar.

Salió del agua y se puso de pie junto a mi hamaca, frente a mí.

—Me voy para el hotel, he volado muy temprano, apenas dormí tres horas y me noto muy cansado. Ya te lo he contado todo, ya sabes quién soy y no quien creías que era. Pasado mañana volveré a *New York*, si quieres cenar esta noche conmigo o hablar, solo tienes que llamarme, si necesitas algo estoy en la habitación ciento once. Te doy las gracias por escucharme.

Cogió sus cosas y se marchó, yo me quedé mirando al mar y llorando sin reaccionar, las lágrimas brotaban a borbotones por mis mejillas, sabía que lo había perdido, que solo quería encontrarme para seguir su vida en paz y eso me destrozaba en mil pedazos.

Recogí mis cosas y fui hacia mi casa, mis padres se habían ido a pasar el día a casa de mis tíos, me tiré en el sofá y me encogí como una niña pequeña sin consuelo. Aquello había supuesto en mí, una sacudida de esas que te dejan claro que, a veces creemos más allá de la realidad.

Capítulo 3



Me desperté a las siete de la tarde y me duché, iba a ir a buscarlo, no quería dejarlo allí solo y no quería sentir eso tan feo que sentía, necesitaba hablar con él.

Dejé el coche en mi casa por si mis padres lo necesitaban y llamé a un taxi que me llevó hasta su hotel.

Entré en el *resort* como si de un huésped se tratara y busqué entre los edificios pequeños la habitación ciento once, no sabía si estaría allí, pero en caso de que no fuera así, lo llamaría.

Dos golpes en la puerta y no tardó en abrir con una toalla sobre la cintura, sin duda se acababa de duchar.

—Hola, Andrea —sonrió con tristeza apartándose para que pasara.

—Hola, *Paul*, no sé si he hecho bien en venir.

—Claro. ¿Cómo qué no? —su tono era triste, abatido, pero me regaló una sonrisa y me ofreció una copa de vino.

—Gracias —dije afirmando.

Cogió una botella y me senté en el sofá que había mirando hacia la playa tras unos grandes ventanales, él entró al baño y se vistió, apareció con un pantalón corto y una camiseta, estaba guapísimo.

Se sentó a mi lado y chocó su copa con la mía antes de dar un trago.

—¿Qué tal estás? —me preguntó agarrando mi mano y haciéndome un gesto de cariño.

—Bueno, me siento mal, triste, gilipollas y con un peso de conciencia muy grande por cómo te traté.

—No, no digas eso, en tu lugar no sé cómo hubiese reaccionado, yo solo quería que supieras que no soy la mejor persona del mundo, pero tampoco alguien capaz de jugar con la gente y estar con dos mujeres a la vez.

—Ya, no me lo voy a perdonar en la vida.

—Seguro que sí, eres una mujer que se merece todo lo mejor —acarició mi barbilla, pero con cariño, quería tranquilizarme y yo sentía que ahora sí que estaba perdiendo al hombre que amaba.

—Necesito que me abracés —dije con tristeza comenzando de nuevo a llorar.

No hizo falta más, se pegó a mí y me rodeó con sus brazos, puse la cabeza sobre su hombro y rompí a llorar con dolor, con fuerza, con rabia.

Cogió mi cara entre sus manos y me miró fijamente.

—No te quiero ver así, ¿entendido? No te quiero ver sufrir, ya pasó, ya lo hemos aclarado, pero no te puedes machacar de esa manera.

Quería gritarle que lo amaba con todas mis fuerzas, pero no era capaz, no quería conseguir algo a través de la pena y a mi conveniencia, aunque me partía el alma no saber que me necesitaba, que no hacía nada por besarme, todo esto era muy duro para mí.

—¿Te apetece cenar aquí, o quieres que salgamos a algún lugar? —preguntó agarrando mi mano y

besándola.

—No tengo ganas de cenar, pero lo haremos donde te apetezca.

—Ven —me agarró por la cintura y me sentó de lado en sus piernas rodeándome con los brazos—. No sé qué harás con tu vida, pero lo que decidas quiero que seas feliz.

—No me digas eso —me eché en su hombro a llorar—. No me digas eso —repetí, era como si me apartara de su vida.

—Quiero que seas feliz.

—No voy a serlo en la vida —lloraba en sus brazos.

—¿Por qué no?

Me echó hacia atrás para mirarme e hice lo que me pidió el corazón, me la jugué a sabiendas de que me podía rechazar, pero me lancé a sus labios a besarlo con todas las fuerzas del mundo, agarrando su cara.

Respondió a mi beso, me tenía agarrada por la cintura con fuerza y tras ello, nos miramos sin decir nada por unos segundos.

—Tócame, *Paul*, tócame —le supliqué llorando.

Su mano bajó hasta la mitad del muslo y la metió por debajo del vestido hasta la cadera que comenzó a acariciarla.

—¿Estás segura?

—Sí —dije entre lágrimas.

Apartó las copas hacia un lado de la mesa.

—Ven —me hizo un gesto para que me sentara en el filo de esta, frente a él y lo hice sin pensarlo.

Se quedó sentado y levantó mi vestido dejándome ante él, en ropa interior, en sus ojos vi el deseo y eso me hizo soltar el aire lentamente.

Se levantó poniéndose entre mis piernas y comenzó a besarme, a la vez me desabrochaba el sujetador que quitó y puso a un lado.

Sentía el deseo en él.

Me echó hacia atrás, me quitó la braguita y se echó hacia adelante para acariciar mis pechos y comenzar a lamer mi cuerpo.

Se puso entre mis piernas lamiendo todo mi interior y jugueteando ahí, mientras yo jadeaba de placer, me penetraba con sus dedos y jugaba con mi clítoris, me encendí como una mecha y me llevó a un orgasmo de esos que me hicieron recordar al hombre que me hizo vivir los momentos más sensuales de mi vida.

Se desabrochó el pantalón y me penetró, lo hizo con calma, mirándome a los ojos, agarrando mis caderas, era una mezcla de placer y sentimientos que brotaban en esos momentos entre nosotros.

Era como si nuestro mundo hubiera comenzado a unir esa pasión que había entre nosotros, pero me daba mucho miedo que, tras aquello, desapareciera de mi vida.

Terminamos de hacerlo y él salió de mí, antes de correrse para hacerlo en su mano, no se había puesto preservativo, lo supe desde el momento que me penetró, pero me daba todo igual, como si lo hubiese hecho dentro de mí.

Fue al baño y volvió, yo me había vestido, cogió mis manos, me levantó, me puso frente a él y me dio un abrazo que me llegó al alma.

—No sé qué pasará con nosotros, pero solo sé que te amo como jamás amé a nadie y mi vida se paró el día que desapareciste.

Nos besamos con pasión de nuevo, mientras yo no dejaba de llorar.

Capítulo 4



Salimos de su habitación para ir a cenar a un restaurante que había cerca en el que hacían una comida nacional muy buena.

Me llevaba de la mano, fuimos andando y aunque no sabía qué pasaría entre nosotros, ahora solo quería estar a su lado, reconducir un poco todo aquello a lo que nuevamente nos estábamos enfrentando.

Durante la cena estuvo sonriente, cariñoso y muy amable, como era él, además, no dejaba de hacerme muestras de cariño en la mano durante todo el tiempo. Nuestras miradas lo decían todo, pero a la vez sentía ese miedo a perderlo, a que en dos días se fuera y todo se desvaneciera de nuevo.

Terminamos de cenar y nos pusimos en una barra a tomar una copa de ron con cola.

—¿Qué quieres hacer después de aquí? —preguntó acariciando mi barbilla.

—Imagino que tendremos que ir a dormir —dije con tristeza.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Sí, no me dejes sola hoy, por favor —mi cara era de súplica.

—Tranquila, te vienes conmigo.

Sonreí tras esa tristeza que sentía y no podía remediar, le escribí un mensaje a mi madre para advertirla de que no dormía esa noche en casa, ya le contaría, pero que estuvieran tranquilos, que estaba con amigos.

Nos fuimos caminando hacia el hotel y cuando llegamos a la habitación él llenó la bañera, me comenzó a desnudar entre besos y miradas que me desgarraban y nos metimos juntos a disfrutar de ese momento, me eché sobre él, ya que me senté de espaldas a sus piernas.

—He tomado una decisión —dije mientras sentía que me acariciaba el pecho jugueteando con el agua.

—Dime...

—Quiero buscar mañana el mismo vuelo que el tuyo, me iré en dos días también para *New York*, no te pido que te quedes a mi lado pues no soy nadie para hacerlo, pero sí que, cuando esté allí y tengas ganas de verme, ojalá y me busques.

—Me parece una idea muy buena, y te lo agradezco.

Me dolía que solo me dijera eso, pero me gustaba que le pareciera bien, era como que lo tenía, pero ya no como antes, aunque me aferraba a la idea de que en algún momento volviéramos a unirnos de la forma que estuvimos un día.

Estuve echada sobre él un buen rato y luego nos duchamos, nos cubrimos con la toalla y fuimos a la cama, desnudos, me echó la sábana por encima y me pegó a él, así nos quedamos dormidos, esa noche no lo hicimos.

Desperté pensando que estaba soñando, sus dedos me estaban penetrando, abrí los ojos y lo vi con esa media sonrisa, negué riendo y abriendo mis piernas un poco más para que jugara a su antojo.

Se metió debajo de las sábanas y comenzó a lamer mi parte íntima, todo mi interior, además de usar los dedos para intensificar todo el placer. Yo me agarraba a las sábanas mientras él, me

llevaba a ese orgasmo que me hacía casi desfallecer, luego vino hacia mí y me abrazó con todas sus fuerzas mientras me penetraba.

Y nos volvíamos uno...

Lo volvimos a hacer con esa marcha atrás, me hizo un guiño y fue al baño a asearse, yo me levanté y fui detrás de él.

—Quiero buscar el vuelo ahora mientras desayunamos, iré a mi casa a por las cosas y despedirme de mis padres, me gustaría que me dejaras quedarme contigo hasta que nos vayamos —dije con tristeza.

—Claro, yo te acompaño y te espero por los alrededores tomando algo.

—Puedes entrar en casa si quieres.

—Prefiero esperarte por allí y que hagas todo tranquila —me besó.

—Está bien...

Llamó para que nos trajeran el desayuno y no tardaron en aparecer y ponernos todo en la terraza donde había un sillón alargado y una mesa de madera.

Se sentó a mi lado mirando hacia el mar y estaba cariñoso, atento, pero yo no lo veía ir más allá de pasar estos momentos juntos, me dolía, pero solo me quedaba disfrutarlo todo el tiempo posible, de ese tiempo que nos quedaba, de esos dos días por delante antes de despedirnos.

Paul consiguió un vuelo para mí y lo reservó, así que sabía que me quedaban las horas contadas en la isla y era en esos momentos lo que necesitaba, irme con él, de lo contrario lo pasaría muy mal aquí en la distancia y aunque eso de irme no me aseguraba nada, algo de más tranquilidad sí que tendría.

Mi cabeza daba mil vueltas, aunque intentaba aparentar estar bien, no lo estaba, era como si todo me doliera demasiado, ahora de otra manera diferente a los tres últimos meses, pero me dolía mucho.

Tras el desayuno cogimos un taxi y fuimos hasta la casa de mis padres. Él, se quedó esperando en un bar cercano tomando algo, mientras yo fui a explicarles todo y despedirme.

Me entendieron, les conté por encima lo de *Paul* y ellos, que sabían algo, no todo, me dijeron que no me preocupara por nada, me dieron unos preciosos abrazos y me aconsejaron que siguiera a mi corazón e hiciera todo aquello que me diera la felicidad.

Salí con las dos maletas gigantes hasta la puerta y allí me despedí de mis padres, cuando *Paul* me vio a lo lejos vino hacia mí para ayudarme, llamamos a un taxi y regresamos al hotel, se le veía una mirada con un brillo precioso, yo solo esperaba ser la causante de ello.

Nos pusimos los bañadores y fuimos a la playa, a comer al restaurante de mi amiga Marita, a la que le extrañó verme un lunes por allí, me aparté un poco de él y le dije que era *Paul*, aunque ella se lo había imaginado. Le conté por encima que regresaba a *New York*, que no sabía lo que pasaría, pero que, al menos, iba a intentar estar cerca de él. Me entendió a la perfección y me fui a la tumbona con él, a comernos la ración de pescado frito que habíamos pedido.

—Te noto triste —dijo mientras comíamos.

—No, es que no quiero que termine este día —dije con tristeza.

—Si tuvieras la oportunidad de elegir qué hacer hoy, ¿qué harías?

—Pues quedarme contigo abrazada todo el día en tu habitación —me sinceré con una media sonrisa llena de dolor.

—¿Y quién te lo impide?

—No sé, tampoco quiero ser pesada.

—Pues allí nos iremos hasta que mañana cojamos el vuelo —me acarició la mano y me hizo un guiño.

—Gracias —sonreí y casi me echo a llorar.

Terminamos de comer y Marita no nos dejó pagar, me despedí de ellos con un fuerte abrazo, Luis me dijo al oído que ese hombre me había librado de caer en sus redes y me tuve que reír. Sabía que *Paul* nos estaba mirando desde lejos y no le debía de estar haciendo ni pizca de gracia, pero Luis, merecía que me despidiera de él, de la misma manera que de Marita.

Nos fuimos a la habitación y nos echamos en la cama a descansar un rato, yo entré en ropa interior y él con su *bóxer*, era perfecto, guapísimo y yo me moría por cada centímetro de su piel.

Lo abracé y me resguardó en su hombro mientras acariciaba mi espalda.

—Gracias, *Paul*, gracias.

—No me las des, por favor, yo también necesito estar así.

Me besó en la frente y me rodeó con sus brazos.

Estuvimos un rato así, en silencio y nos quedamos dormidos un par de horas, cuando despertamos me abrazó y puso encima de él entre sus piernas.

—He soñado que estábamos en Cuba, en Cayo Coco —dijo echando mi pelo hacia atrás.

—Daría lo que fuera por estar en ese punto —me eché en su hombro y por poco me echo a llorar.

—Bueno, yo también, pero ahora estamos aquí.

—Lo sé, pero... —murmuré en su oído.

—No pienses en los peros, ni siquiera pienses, todo pasa por algo —me besó en el cuello y casi me echo a llorar.

Me daba terror todo, que pasaran las horas y una vez en *New York* desapareciera de mi vida para siempre, pero no quería obligarlo a nada, quería que tuviera la libertad de hacer lo que le saliera del corazón y yo no iba a agobiarlo. Si fuese por mí, le pedía que se quedara a mi lado para siempre, pero no tenía derecho a ello.

Pidió que nos trajeran la merienda y la tomamos en la terraza, yo con mi pierna sobre la suya mientras nuestras miradas tenían un papel muy importante en esos momentos.

Cuando terminamos de merendar se llevó todo para dentro y trajo dos refrescos con hielo, los puso a un lado, ya que me senté en la mesa frente a él, entre sus piernas, le agarré las manos y comencé a jugar con ellas mientras me miraba intensamente.

Metió sus manos por debajo de la camiseta, la subió un poco y dejó caer su cabeza entre mis piernas mientras las besaba, yo le acariciaba el pelo y al final me cogió y me sentó sobre él, sobre su miembro. Comencé a moverme con sensualidad, me tomó en brazos y me llevó a la cama donde empezó a desnudarme y de nuevo terminamos haciéndolo dos veces más ese día antes de echarnos a dormir.

Por la mañana me levanté con una tristeza increíble, lo hicimos por última vez en silencio, mirándonos, sin decirnos nada, pero sabiendo que, a partir de ahí, el futuro era muy incierto.

Algo me decía que él sentía dolor y tenía que superarlo en *New York*, solo, y todo eso me partía el alma.

Desayunamos y bajamos con las cosas, un taxi nos llevó al aeropuerto y nos montamos en el vuelo en nada de tiempo, durante el trayecto nos sirvieron la comida. *Paul* me acariciaba la mano, pero estaba muy callado y eso me daba terror, me hacía mucho daño.

Aterrizamos y su coche estaba ahí, me acercó a mi casa y me acompañó hasta arriba con las maletas, le hice un café antes de irse y nos despedimos sin decir nada, solo con un abrazo, diciéndome que estaríamos en contacto, eso me dijo, sin matizar, dejándome pensativa y con el alma vacía.

Pasé toda la tarde sola, no le dije nada a Luka, por la mañana iría a verlo, ahora solo quería estar conmigo misma, reflexionar sobre todo lo ocurrido, pues antes no me había dado tiempo, era demasiada información en mi cabeza y muchos momentos vividos a su lado de nuevo para luego separarnos sin más, aquello me había dejado con una tristeza impresionante.

Me pasé todo el tiempo colocando ropa, bajé un momento al súper para comprar algunas cosas, ya que no tenía de nada, la nevera estaba tan vacía como mi alma.

Me preparé un *sándwich* para cenar y luego me puse a mirar su *Facebook*, ya no lo tenía bloqueado. Me partía el alma leer todas sus reflexiones de los tres últimos meses en los que lo pasó tan mal como yo, y en los que yo pensaba que vivía una vida paralela con otra mujer y hasta que iba a tener un hijo. Cuánto dolor me causó aquello.

Esa noche fue terrible, lloraba, recordaba y era imposible coger el sueño, yo solo quería saber si la vida me iba a brindar la posibilidad de volver a verlo, de estar con él y de saber que no se iba a ir de mi vida para siempre, pues eso me rompería en mil pedazos. No estaba preparada ahora para ello.

Me levanté mil veces a fumar un cigarrillo y a llorar, solo quería llorar y llorar, arrancar todo ese dolor de mí, ya que había sido una idiota y me había cargado la historia más bonita del mundo, porque así era lo nuestro, algo que era de verdad y que en muy poco tiempo nos hizo vivir momentos, que jamás imaginé que pudiera llegar a sentir y ahora estaba sola, con miedo y rota por la mitad.

Capítulo 5



Miércoles, estaba de vuelta en *New York*, en la soledad de mi apartamento, pero sabía que iba a echar de menos a mis padres, pues había pasado tres meses en casa con ellos.

Me preparé y salí para ir a ver a mi cubano favorito, aporreé su puerta como él hacía y lo escuché gritar.

—¡Yo es que me cago en todo lo...! —En cuanto abrió y me vio allí plantada, sonrió abriendo los brazos y me lancé a ellos— Pero, ¡si es mi chochona! Madre mía, qué bien te ha sentado Puerto Rico, hija, de verdad.

—Sí, pero te echaba de menos.

—¡Nos ha jodido!, es que este cuerpo crea adicción, bonita. Pasa, que te pongo un café, porque seguro que no has desayunado todavía.

—Pues no, venía en busca de bollitos, ya sabes que tú eres mi camello del azúcar —contesté sentándome.

—La madre que te parió, qué a gusto que se quedó Santa Bárbara ese día.

—Sí, mi madre es una santa, sí. Igual que yo —sonreí con aleteo de pestañas incluido.

—¿Y si te dejo sin bollitos?

—¿Y si te dejo sin chocolate?

Me miró con odio, y es que yo compraba un chocolate riquísimo que había encontrado una vez en la ciudad y a él le encantaba, pero no le dije nunca dónde lo compraba porque ese hombre tenía mucho peligro con eso. Le gustaba bien negro, pero dulce, y claro, aquí Andrea “la chochona”, le surtía bien de ese pecado una vez al mes.

—Te odio —murmuró dándose la vuelta para sacar los bollitos que me volvían loca.

—¡Nah! Me quieres mucho, que lo sé yo —contesté, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Más de lo que te mereces, condenada.

Me puso los bollitos y el café delante y no pude evitarlo, empecé a sonreír y a dar palmaditas.

—¡Mira! Si se alegra más de ver los jodidos bollos que a mí. ¡Qué valor el tuyo, y qué paciencia la mía!

—Hijo, eres de un dramático... Podrías haber estudiado interpretación y ahora serías un actor famoso.

—Quita, quita. Yo estoy muy bien con mis telas, agujas e hilos. Los actores mejor para una noche —guiñó un ojo y empecé a reír, negando.

Y es que mi pichilla loca se había ligado a más de un actor, algunos incluso que aún no habían reconocido su homosexualidad, pero él había sabido guardar el secreto.

Bueno, al resto del mundo sí porque a mí me lo contaba. Que a mi cubano le encantaba llegar un día con el chisme y decirme eso de “¡No adivinarías qué actor es gay, chochona!”.

Más que nada porque como yo por mi trabajo solía tener clientes bastante conocidos, pues esa era su forma de hacerme saber que él, también se relacionaba con la alta sociedad. Para matarlo, pero le adoraba.

—Ya sé que *Paul* vino a verte —dije dando vueltas al café.

—¿Que vino? ¡Una mierda! Se coló, que es distinto.

—Eso me dijo —sonreí.

—Pero me da que no te contó cómo fue nuestro encuentro, ¿verdad qué no?

—No.

—Pues ya te lo cuento yo, hija, que seguro que hasta le dio apuro al hombre decírtelo.

Luka se sentó a mi lado, dio un sorbo a su café y se comió un bollo de lo más tranquilo, vamos que a mí me estaba poniendo hasta nerviosa, de verdad.

—¿Piensas hablar ya, o esperamos a las uvas de este año? —pregunté, enfadada.

—Llamaron al timbre y me extrañó porque *James* no me avisó de que viniera nadie. Pensé que podría ser él, que finalmente se había dado cuenta de que era gay como yo, y había dejado a su espectacular mujer —me reí porque el cabrito lo dijo completamente convencido, hasta suspiró—, pero no, cuando abrí la puerta no estaba el bombón que me muerdo por probar, sino el moreno de ojos verdes que traía por la calle de la amargura a mi amiga.

Quería ponerle su punto de locura y alegría, pero le notaba la tristeza en la voz.

—Es que me enamoré mucho de él —confesé.

—Y aún lo estás, chochona.

—Sí.

—Pues por eso, al final hice lo que hice, porque sabía que lo echabas de menos, y porque vi sinceridad en sus ojos, hija, que ese hombre otra cosa no sé, pero desde luego te habla con la mirada y te muestra el alma entera. El caso es que traté de cerrarle la puerta en las narices, pero menuda fuerza tiene en madurito, ¿sabes? Abrió la puerta y antes de que pudiera cerrarla, se coló aquí dentro. Le pedí que se fuera, llamé a *James* pidiéndole explicaciones y me dijo que ese hombre necesitaba encontrarte. Y, a ver, si nuestro mulato lo dice ya sabes que hay que hacerle caso, que ese parece brujo.

—Sí —reí.

—El caso es que después de gritarle, maldecirle, acordarme de sus antepasados y poner a su madre de todos los colores, tuve que disculparme más tarde, pues con lo que me mostró, su madre desde luego era Santa María, aguantar unos cuernos como un castillo, tragárselos y no decir nada en tantos años. Ahora entiendo que *Paul* se lleve tantos años con *Nicole* —dijo mirándome, y yo asentí, porque fue lo primero que comprendí al saber lo que había callado esa familia durante tantos años.

—¿Por qué no le dijiste dónde estaba?

—Porque no me salió de la santa pichilla, maja. Que sí, que yo le creí cuando me enseñó las pruebas, que ese hombre echó unos lagrimones en ese sofá de allí —dijo señalándolo—, que acabé llorando hasta yo, pero vamos, que si quería encontrarte que se lo currara un poquito.

—Por eso solo le enseñaste mi *Facebook*.

—Efectivamente, y bien que hice, que se fue hasta allí a buscarte, como el *Gere* a por la *Roberts* —guiñó el ojo y yo reí.

—No sé nada de él desde que ayer me dejó aquí.

—Bueno, tendría trabajo atrasado.

—Sí, seguramente sea eso —respondí, pero no estaba convencida ni yo.

Terminé de desayunar y le dije que se pasara a cenar, que me apetecía tener una noche con él, y aceptó, como siempre.

Volví a mi apartamento, encendí el equipo de música y dejé que la voz de *Marc Anthony* me acompañara mientras me preparaba unas verduras con pollo para la comida.

Lo dejé todo listo y me senté en el sofá a cotillear el *face*, entré al grupo de la tribu y recordé lo que dijeron Claudia y Zulema, aquello era un no parar de reír.

Si no era un *post* de alguno de los chicos, era una de las chicas las que ponía un chiste y la cosa se les iba de las manos. Había algunos *posts* con más de doscientos comentarios.

Miré el perfil de *Paul* y vi que había subido una foto, sin duda era el escritorio de su despacho, una mesa de madera en color negro, donde se veía un papel de esos de dibujo y lo que debía ser el dibujo de un coche. Incluso se le veía la mano con el lápiz.

La frase, me llegó al alma.

«Si la vida fuera tan fácil como hacer un nuevo boceto...»

Hice una foto a los dos relojes de cuco que tenía, el que fue de mis abuelos y el que me regaló *Paul*, aquella primera semana que pasamos juntos en su casa, y la subí a mi *Facebook*.

«Pueden parecer diferentes, pero en el fondo son muy parecidos. Todos podemos encontrar ese alguien que nos complementa»

Dejé el móvil en la mesa y me recosté en el sofá. El tiempo que había estado en casa de mis padres, Paul subió muchas fotos con mensajes de lo más tristes. Eso había sido para mí como un jarro de agua fría.

Comí y me tomé un café, apenas tenía ganas de nada, pero decidí salir a la calle y pasear, necesitaba tomar el aire.

—Hola, Andrea —saludó *James*.

—Hola, bombón. ¿No te has divorciado en estos tres meses? —pregunté.

—No, sigue sin aburrirse de mí.

—Vaya... —hice un puchero— Yo que quería invitarte a cenar...

—Si es con mi mujer, iremos encantados.

—Bueno, no me va que me miren si me lo monto con alguien, pero... —Me encogí de hombros y *James* soltó tal carcajada, que estaba segura que la había escuchado hasta la divorciada del edificio.

—Y tú, ¿qué, bien con el moreno?

—No lo sé —respondí con tristeza.

—¡Ey! —*James* salió de detrás de su mesa y me dio un abrazo.

Era la primera vez que lo hacía y me sorprendió tanto, que me quedé paralizada.

—No quiero lágrimas, pequeña. Si no sabe lo que tiene esperándole, es que no te merece, ¿de acuerdo?

—Lo sé, pero duele.

—Y seguirá doliendo, pero una cosa te digo, las veces que le he visto, te aseguro que sus ojos eran sinceros cuando hablaba de ti. Otra cosa es que pueda ser un poquito complicado al principio.

—*James...*

—Dime.

—¿Me estás dando consejos sentimentales? —pregunté y lo miré.

—Será que tengo alma de portera —guiñó un ojo y empezamos a reír. Me dio un beso en la frente que sentí como el de un familiar y me aparté.

—Me voy a dar un paseo, necesito aire.

—Haces bien, no hay que quedarse en casa en estos casos.

—Sí. Adiós —me despedí con la mano y fui hacia la puerta, pero antes de salir, me giré y lo llamé.

—¿Sí?

—Gracias.

Él sonrió y asintió. Salí del edificio y noté el aire golpeándome en la cara. Caminé sin un rumbo

fijo y acabé entrando en el *Bryant Park*. Me senté en el césped con las piernas cruzadas y entré a mirar el *Facebook*.

Sí, podéis llamarme masoquista o gilipollas, que para el caso debe ser lo mismo, pero quería saber de él, porque no me había mandado ni un mensaje ni tampoco me había llamado.

Una foto nueva de su mano izquierda, de modo que se veía el reloj, junto a una taza de café y una frase, eso es lo que encontré.

«Las horas ahora parecen no pasar, cuando antes simplemente volaban»

Y tanto que volaban, que estando a su lado no quería que pasara el tiempo y ahora que no le tengo, se me hace eterno.

Me recosté y me hice una foto que subí.

«En un rincón de Manhattan»

Tonta de mí lo puse por si, al verla, él decidía venir a buscarme como hizo cuando apareció en Puerto Rico.

Me quedé un rato allí, tumbada en el césped, sin importarme nada más, hasta que decidí volver a casa porque iba a venir Luka a cenar.

No tenía ganas de cocinar, así que encargué unas pizzas que recogería antes de llegar a casa y compré una botella de vino.

Luka y yo cenamos charlando de su trabajo, ya estaba ultimando su próxima colección de primavera y se le veía de lo más feliz.

Después vimos una película y se marchó a casa, ni qué decir tiene que *Paul*, no dio señales de vida.

Me fui a la cama con un único deseo en mente, que me llamara al día siguiente, o al menos que me escribiera.

Jueves, café, a mirar el *Facebook* y ahí estaba la foto de *Paul*, que nos mostraba la ciudad desde la ventana de su apartamento.

*«El amor comienza con una mirada, continúa con un beso y se termina con una lágrima –
Anónimo –»*

Me acababa de dejar sin palabras. ¿Quería decir que estaba todo perdido? ¿Que no había posibilidad de recuperar lo que hubo entre los dos?

No podía ser, tenía que ser solo una frase más, ¿verdad?

Hice una foto como la suya y la subí, tenía que hacerle ver que no acababa todo ahí, no podía ser que fuera a terminar de ese modo.

«La vida que nos rodea está llena de segundas oportunidades, incluso el amor. Yo lo creo, puede que deba esperar un milagro, pero sé que creo en los milagros»

Si esto no le daba una pista, no sé qué más tendría que hacer para que supiera que lo esperaba, que lo quería, todavía lo quería.

Me puse ropa deportiva y salí a la calle a correr. Joder, yo con ganas de hacer eso. ¡Madre mía qué mal estaba!

A ver, que no es que no hiciera nunca ejercicio, pero me quedaba en casa, con mi esterilla y hacía estiramientos y cuatro movimientos más, con música y listo, pero salir a correr...

—Andrea, ¿estás bien? —preguntó *James* al verme.

—Sí, ¿por?

—No, por nada —contestó levantando las manos en señal de rendición, vamos que me tuvo que ver una cara de mala leche, acojonante.

—Lo siento, es que necesito salir a quemar energía.

—Muy bien, pero no fuerces mucho, anda.

—Vale, entrenador —dije guiñándole un ojo.

—Si fuera tu entrenador...

—Serías mi entrenador personal en realidad, y estaríamos en mi casa ahora mismo, haciendo estiramientos —lo interrumpí, me incliné para tocarme la punta de los pies con las manos sin dejar de mirarle, y le vi tragar cuando se encontró con los cachetes de mi culo en primer plano—, y después de un poco de ejercicio bastante sudoroso, te invitaría a beber algo.

—Anda, tira a correr que al final te da la hora de la comida.

Lo ponía a mil, lo sabía, pero era un hombre fiel a su esposa y yo eso lo respetaba. Otra cosa es que me gustara ser un poquito mala, pero solo un poquito.

Me despedí de él mientras me ponía los auriculares y en cuanto salí a la calle comenzó a sonar *Believer* de *Imagine Dragons*.

Desde luego, esa canción era lo que necesitaba en un momento como ese.

«I'm fired up and tired of the way that things have been...»

Mi cabeza iba a mil por hora, recordando cada uno de los días que pasé con *Paul*, en su casa, la sorpresa que me dio cuando se presentó en Cuba, mis primeras Navidades vividas con una ilusión diferente y con ganas de que llegaran, como él dijo en su *post* de *Facebook*, solo porque él estaría conmigo.

Y entonces ese dolor del que hablaba la canción me golpeó fuerte con la siguiente frase:

«*My life, my love, my drive it came from... Pain!* »

Sí, mi vida, mi amor, ahora venían del dolor, de ese de saber que no había sabido esperar una respuesta a algo que escuché y que no solo me hizo daño a mí, sino también a *Paul*.

Sentí las lágrimas caer por mis mejillas, me paré y cogí aire. Empecé a ahogarme, a hiperventilar, y supe que, o me calmaba o colapsaría de nuevo.

Me senté en un banco, apoyé los codos en las rodillas y conté mentalmente mientras respiraba con los ojos cerrados.

Cuando me calmé di por terminada la carrera y regresé a casa, pero andando.

Comería algo rápido, y me pasaría el resto del día leyendo, tirada en el sofá, con una manta.

Capítulo 6



Acababa de terminar de leer el libro de uno de los autores del grupo de la tribu. Una novela de Alma Fernández. Estaba enganchada a esas historias, de verdad que sí.

Como dijeron las chicas en Cuba, tenían de todo, momentos en los que me reía a carcajadas, amor de ese bonito que te hace llorar, también situaciones que te dan rabia y, además, ese toque de sensualidad en las escenas.

Había pasado toda la tarde del jueves ahí en el sofá, pegada a la *Tablet* sin poder dejar de leer, y ya estaba buscando la próxima lectura de ese grupo de locos y divertidos escritores y escritoras.

Con una sonrisa entré en el *Facebook* y me metí en el grupo, seguía sin interactuar, pero es que me lo pasaba genial así, estando detrás de bambalinas.

No pude evitar reír con un chiste que había puesto Manu, uno de los proclamados jefes. El chiste era malo, pero malo con ganas, ¿eh?, pero eso es lo que te hacía reír a carcajadas, lo malísimo que era.

Las chicas reaccionaban con toda clase de comentarios, incluidos los *gifs* de risas o los de desesperación.

Se lo pasaban pipa, y yo más ahí cotilleando sin que me vieran.

Fui entonces a ver el perfil de *Paul*, y no había puesto nada desde la de esa mañana, así que volví a ver las anteriores, esas que subía mientras yo estaba en Puerto Rico.

Había una que nunca olvidaré, era una en la que salía él, con el brazo pegado a la ventana y la frente apoyada en él. Era en blanco y negro y me encantaba esa foto, pero la frase me caló muy hondo.

«Por más que espero que aparezcas, no lo haces. Por más que quiero encontrarte, no sé dónde buscar»

Al final me encontró, pero esos tres meses que habíamos estado separados por mi culpa, no me los quitaba nadie.

Me preparé un *sándwich* vegetal con pollo para la cena, un refresco y mi próxima lectura. Me decanté por una de *Ariadna Baker*, necesitaba un poquito de esa dulzura que todas las chicas decían que tenía.

Las horas se me pasaron volando, la historia me había atrapado desde el principio, era bonita y romántica. Sin duda, ese príncipe que se enamoró de Erina, era un amor.

Miré el reloj y eran las once y media, mucho sueño no es que tuviera, así que...

Entré al grupo y al menos me eché unas risas.

Hugo era la leche, y su amigo el albañil ya... no digamos.

No tenía guasa el amigo, yo si necesitaba reformas no pensaba llamarlo, que capaz era de tapiarme la puerta de entrada y me veía saltando por la terraza al apartamento de Luka.

Me preparé un chocolate caliente y volví al sofá, miré el móvil y seguía sin tener noticias de *Paul*, eso me estaba matando, me sentía muerta en vida.

No escribía, tampoco llamaba y lo de venir a verme por sorpresa, mejor ni hablar.

Cogí una nueva novela para leer y ahí me quedé en el sofá, ya dormiría un poco cuando acabara, que la historia también era cortita.

—*Jenny*, veamos por qué tu protagonista no cree en el amor —dije acomodándome para empezar la lectura.

Acabé el libro entre risas unas horas después y me metí en la cama. *Paul* estaba desaparecido, bueno, no literalmente porque en *Facebook* tenía actividad, aunque fuera poca, pero de mí ni se acordaba.

Esperé que me llegara el sueño pensando en él, ilusionada, porque al fin llegaba el viernes y seguro que ese día, sí que me llamaba.

Tenía que llamarme, se acababa la semana y se liberaba del trabajo.

El viernes me despertó Luka aporreando mi puerta, pero con ganas.

—¡O abres o te quedas sin puerta! —escuché que gritaba.

—¡Ya voy, joder! —le contesté.

Nada, ni me vestí, en pijama y descalza le abrí la puerta.

—Mira que eres energúmeno, hijo de mi vida —protesté y él entró cogiéndome por los hombros.

—Estás viva, así que ya puedo matarte yo. ¿Se puede saber por qué cojones no abrías?

—Porque no escuché la puerta, que estaba dormida.

—¿A las once de la mañana tú, durmiendo? Madre mía, pero, ¿qué te ha hecho ese hombre,

chochona mía? —preguntó dándome un abrazo.

—Luka, que estoy bien, en serio. Es que ayer me quedé leyendo hasta tarde, solo eso.

—Claro, ahora entiendo esa cara de dormida que tienes. Anda, date una ducha que te hago un desa... No, ya la hora que es, te pongo un café cuando salgas y hacemos algo para comer.

—¿Tú es que hoy no trabajas?

—Ventajas de ser el jefe, que voy cuando me sale de los co...

—Sí, sí, vale, lo he pillado. Andrea se va a la ducha, ahora vuelvo —dije antes de que me soltara una burrada.

Que muy gay y todo lo que quisiera, pero cuando le salía la vena *macho men*, cuidado con el señor Duarte.

Tras la ducha ya me parecía un poco más a un ser humano y menos a un mono del zoo, con todos mis respetos a esos animalitos, pero es que recién levantada me di un asquito cuando me miré en el espejo que, ¡madre mía!

Ahí estaba el café que me había preparado Luka y él, de espaldas cocinando algo que olía muy, pero que muy bien.

—Qué haría sin ti—dije abrazándolo por la espalda y dándole un beso justo en medio de esta.

—Pues morirte de asco, o de hambre, o de pena. O de todo a la vez, hija.

Empecé a reír porque lo dijo de una manera, que hasta se lo había creído. Vamos, que parecía que si él no estuviera en mi vida yo sería poco más que un despojillo humano.

Me tomé el café y entré en el *Facebook*, pero fui directa al grupo. Las chicas ya me hicieron reír, Luka se giró y me miró como si me hubiera vuelto loca, hasta que le conté el motivo y se rio conmigo.

Y es que *Dylan*, había puesto un *post* con un chiste y las chicas le decían que si le estaba haciendo la competencia a Manu. Desde luego que aburrirse ahí, no se aburría nadie.

Vi que *Janis* había compartido un enlace de la canción “No se me quita”, de Ricky Martin con Maluma, y la puse, a todo volumen en el móvil. Cogí a Luka por las caderas y empecé a bailar con mi cubano favorito.

«No se me quita, esto no se me quita.

El sabor de tu boca sigue estando en mi boca.

Eso no hay quien lo frene, fue sin aviso.

Y ahora me tiene la mente en la luna y los pies en el piso...»

Cadera va y cadera viene, nos fijamos en el baile que hacían ellos en el vídeo y ahí estuvimos, volviendo a escucharla mientras nos aprendíamos la coreografía.

—Chochona, esto cuenta como ejercicio para una semana. Yo hasta el próximo viernes no hago nada. Bueno, ya lo dejo para el lunes siguiente a ese viernes.

—La madre que te parió.

—En Cuba está la mujer, echándome de menos.

—Tienes un morro...

—Bien bonito, mira —dijo y me puso morritos, no tenía guasa el señor Duarte...

Pero, para guasa, la mía, que me colgué de su cuello, rodeándole las caderas con las piernas y le

planté un señor beso en todos esos morros. A ver, que el jodío los tenía muy besables, eso había que reconocérselo.

—Menos mal que soy muy gay, que, si no, ahora mismo te daba lo tuyo en esa encimera, cabrita.

Reímos y ahora fue él quien me dio un piquito antes de dejarme en el suelo.

Puse la mesa mientras él servía la comida y disfruté de su compañía.

Mientras yo preparaba café y él fue a su apartamento, a por unos bollitos de esos que me encantaban, y al menos en su compañía pasé parte de ese viernes con un poco de alegría y muchas risas.

Se despidió antes de ir a prepararse pues había quedado para salir, me dijo que me animara y le acompañara, pero no me apetecía.

En cuanto me quedé sola me cogí una nueva novela de los autores del grupo, le tocó a Manu, una que parecía de lo más sensual.

Y desde luego que lo fue, me pasé esas horas que parecieron minutos, sintiendo lo mismo que la protagonista, vamos que me la imaginaba suspirando todo el tiempo.

Aún era temprano así que entré en el *Facebook* y vi que *Paul* había subido una foto, estaba en el despacho, mirando por el ventanal.

«*Pensando qué hacer...*»

Y eso, ¿qué mierda quería decir? Que estaba pensando si llamarme, escribirme o no hacerlo. ¿Qué?

Me iba a volver loca, pero quise darle una idea de lo que podía hacer, así que me lancé a la piscina y...

«Poner en juego tu cuerpo. Si te parece prudente, esta propuesta indecente – Romeo Santos –»

Y la frase la acompañé con el vídeo de *YouTube*, de esa canción.

Entré en el grupo otra vez, eso de ser un poquito invisible me estaba gustando mucho, la verdad.

Las chicas eran la bomba, en serio, me estaban sacando risas a carcajadas, tenían cada cosa...

Paul ni reaccionó a mi post, ni me escribió, ni me llamó. Quizás... aparecía por sorpresa.

Dejé el móvil en la mesa y cogí la *Tablet*, tenía tantas horas libres que mejor pasarlas leyendo, que comiéndome la cabeza.

Así que eso hice, escoger una nueva historia y esta vez...

Las horas pasaron volando en el sofá, viajando por el mundo sin moverme de mi apartamento. Conocí Escocia de la mano de *Dylan* y *Janis*, acompañando a un *highlander* con algún que otro secreto, que se enamoró de su “chiquitina” y formó una gran familia.

Si es que los finales felices existen...

Llamaron al timbre y juro que me puse nerviosa, como un flan, vamos.

Dejé la *Tablet* en la mesa y fui a abrir, nerviosa pero ilusionada. ¿Sería él? ¿Habría venido después de ver mi *post*?

Respiré hondo, sonreí y cuando abrí...

—Pues no, veo que no te quieres venir —dijo *Luka*, y se me cayó el mundo encima.

—No, me quedo en casa.

—Claro que sí, ¡qué coño! En vez de salir a pasarlo bien, te quedas aquí en casa llorando, como si yo no lo supiera. Desde luego, no sé si me voy a arrepentir de haberle creído y hacer que fuera a buscarte, porque para que te ignore.

—No me ignora, está trabajando y...

—Y no puede venir a verte, vale, lo entiendo, pero, ¿escribirte, llamarte? ¿Tan ocupado está? No me jodas, Andrea...

—No me regañes, ¿vale? —rompí a llorar y, por primera vez en mi vida, le cerré la puerta en las narices a mi amigo.

Sí, pegué un portazo y cuando él empezó a llamar al timbre y a la puerta pidiéndome que le abriera, no le hice ni caso.

—¡Vete! —grité, llorando— ¡Vete a la mierda, Luka!

Me metí en la habitación y cerré con otro portazo. Como siguiera así un par de día más, me quedaba sin puertas en la casa, que ya lo estaba viendo.

Me pegué a la pared y me dejé caer al suelo, llorando como una niña, desconsolada, abrazándome las piernas.

No sabía qué me dolía más, si el saber que *Paul* no hacía nada por saber de mí, que Luka tuviera razón o que me hubiera dicho eso.

Era mi mejor amigo, le quería con toda mi alma, pero debía entender que no me apeteciera salir esta noche, que quisiera quedarme en casa por si *Paul* me sorprendía viniendo a verme.

Pero en el fondo sabía que no lo haría, que no iba a venir a buscarme. Ya había ido hasta Puerto Rico y eso debió ser más como una despedida, que como un intento para que todo fuera bien.

Lloré y grité hasta que me quedé sin fuerzas, me tumbé en el suelo echa un ovillo y lloré en silencio.

Me sentía tan mal, con un dolor tan grande que me oprimía el pecho.

No me apetecía nada, ni siquiera tenía ganas de comer, pero si no me levantaba de ahí, acabaría quedándome dormida y por la mañana me dolería todo el cuerpo.

Entré al cuarto de baño, abrí el agua caliente y me di una ducha, necesitaba quitarme un poco de la ansiedad que me estaba empezando a dar.

Volví a llorar, con la frente y las manos pegadas a la pared mientras el agua se llevaba mis lágrimas por el desagüe.

Así me sentía, como si se me escapara la vida, poco a poco. ¿Por qué no se había puesto en contacto conmigo? ¿Por qué no me llamaba?

Vale que en Puerto Rico le notara distante, pero fue cariñoso, atento, me hizo el amor, no fue sexo, de verdad que no. Eso, eso fue amor, como el que vivimos antes de que todo se fuera a la mierda.

Malditas noticias, maldita prensa y esos periodistas carroñeros. ¿No son conscientes de que pueden hacerles daño a terceras personas con sus mentiras sin constatar la verdad antes de abrir la boca?

Pero yo fui más culpable que ellos porque no esperé a que hablara, simplemente colgué y me fui, lo dejé todo, lo dejé a él y lo aparté de mi lado, de mi vida.

Aparté a mi mundo de mí, directamente, porque eso era él, mi mundo.

—¡¡Mi puto mundo, joder!! —grité dando una palmada en la pared, picó un rato, pero al menos no me hice daño.

Solo me faltaba tener que ir a urgencias porque me hubiese roto la mano.

Salí de la ducha y me puse el albornoz, no tenía ganas ni de vestirme. Me coloqué una toalla en el pelo después de secarlo un poco y salí al salón. El móvil no estaba donde lo había dejado, se había movido un poco, así que supuse que me habría llamado Luka.

No me equivoqué, tenía diez llamadas perdidas de mi amigo y un mensaje.

Luka: *Chochona, como imagino que has llorado lo que no está en los escritos en este rato, y después te habrás dado una ducha, espero que ya estés un poco más calmada. Que te quiero mucho, condenada, que eres mi debilidad y si te veo pasarlo mal, pues yo me pongo igual que tú. Que me jode verte así, amor, de verdad. No quiero más lágrimas, no quiero que estés hecha una mierda por culpa de un hombre (consejos vendo que para mí no tengo. Hay que joderse...) Así que mañana espero que vuelva mi Andrea, ¿ok? Recuerda, tu pichilla loca, tu cubanito bello, te quiere hasta el infinito y más allá.*

Sonreí, porque Luka tenía la capacidad de dibujarme una sonrisa con un simple mensaje, pero seguía sintiéndome mal, como una mierda.

Me tomé un vaso de leche caliente con unas galletas y me fui a la cama, no tenía ganas de nada, ni siquiera tenía ánimos para leer.

Estaba empezando a notarme de lo más deprimida, y cuando estaba así, solo quería estar en la cama, así que desee que las horas no pasaran esa noche, porque no quería que amaneciera un nuevo día.

Capítulo 7



El timbre de la puerta sonó y miré el móvil, las nueve de la mañana, yo lo mataba, a Luka lo mataba. Le tenía dicho que no me despertara hasta ver que había estado en línea en el móvil.

No me dio tiempo a mandarlo a la mierda porque al abrir, vi que no se trataba de Luka, era *Paul*...

Sonriente, con un cartucho de churros en la mano.

—¿Pones el café y yo los churros? —preguntó arqueando la ceja.

—Sí, sí —dije en *shock* dejándolo pasar.

Entró directo a la cocina y lo dejó sobre la barra que separaba al salón y yo estaba que no sabía si preparar los cafés, comérmelo a besos o desmayarme directamente, no tenía clara qué opción me convenía más, pero nada, el *shock* estaba ahí y yo no sabía cómo reaccionar.

—Andrea, ¿estás bien? —Agarró mis manos sonriendo.

—Sí, sí —una mierda para mí, paralizada estaba, que me había quedado en *shock*.

—Ven —sonreía cogiéndome por la cintura— ¿Qué te pasa? —Arqueó la ceja.

—No te esperaba... —Me encogí de hombros.

—Pensé que te daría alegría verme —hizo un carraspeo muy cerquita de mi rostro.

—Un montón —dije y se echó a reír de cómo sonó eso, estaba que no reaccionaba.

—Voy a preparar mejor yo los cafés —me cogió en brazos y me sentó sobre la barra, me dio un beso en los labios y riendo se puso a prepararlos.

Y yo ahí mirándolo sin reaccionar, era para matarme, pero es que no salía de mi asombro y cuando me pasaban estas cosas me bloqueaba directamente.

Abrió el paquete de churros a mi lado sobre la barra y puso los cafés.

—¿Te tengo que dar de desayunar? —preguntó bromeando.

—Sí, sí, perdón, no, no —se echó a reír al escucharme.

—Vengo a hacerte una propuesta... —dijo poniendo un churro en mi mano.

—Vale —dije sin gesticular.

—No, hasta que no te vea reaccionar no te voy a decir nada, Andrea, me da la risa, pero me preocupa cuando te quedas así.

—No me pasa nada, tranquilo, es que no te esperaba, es solo eso —mordisqueé el churro, pero lo notaba todo a cámara lenta.

—Tengo la maleta en el coche, me voy unos días a descansar a la casa de las afueras, me preguntaba si te apetecería venirte conmigo —me miró con esa media sonrisa.

—¿Cuándo? —pregunté ahora más en *shock*.

—Ahora —se echó a reír de ver que no me enteraba de nada.

—Claro, me voy contigo.

Se acercó a mí, se colocó entre mis piernas y dejó su café a un lado.

—Ahora preparamos tu maleta, pero dime que estás bien de verdad, si quieres te llevo a la clínica.

—No, no, estoy bien, increíble pero bien.

Madre mía, no podía ni gesticular, parecía tonta, pero lo tenía ahí, conmigo y encima pidiéndome que me fuera con él, a la casa que tanto recordaba con esos preciosos momentos.

Me agarró con delicadeza la barbilla y me besó.

—Te eché mucho de menos estos días...

—Yo también —dije con tristeza.

Nos abrazamos y me dio un beso de esos que te remueven la vida y que hacen sentir que el vacío que había vivido estos días, ahora se llenaba por completo. Así era *Paul*, capaz de desgarrar mi alma y a la vez ser capaz de acariciarla por completo.

Ya fui volviendo a la realidad y tras el desayuno, lo dejé en la cocina atendiendo una llamada de su trabajo y me puse a llenar la maleta hasta la bola, no sabía los días que me iba, pero metí de todo por si acaso.

Me abrigué y salí a la cocina, antes dejé la maleta y una bolsa grande de capazo sobre ella donde iban mis cosas del pelo, maquillaje, secador, plancha y todo lo que debía ir sin dudas conmigo.

Llegué a la cocina y ya se despidió del interlocutor y cortó la llamada.

—¿Lista?

—Claro —sonreí y lo abracé, estaba ya en mi salsa y con ganas de disfrutar de unos días a su lado, lo había echado tanto de menos...

Fuimos a un supermercado a comprar comida, él cogió un carro y me hizo coger otro a mí.

—¿Qué nos vamos, un mes? —pregunté bromeando.

—O dos —me hizo un guiño causándome una carcajada.

—Va, en serio, ¿por qué dos carros?

—Porque me voy a quedar ahí una larga temporada —arqueó la ceja.

—¿En serio?

—Ajá.

—Me alegro —sonreí.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Te vas a quedar conmigo esa larga temporada? —preguntó mientras iba echando en el carro de todo.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Ajá.

—¿Ajá? —reí nerviosa.

—Echa todo lo que te apetezca, anda —me hizo un guiño.

Me quedé de piedra con lo de si quería pasar una larga temporada con él. ¿Estaba hablando en serio? Joder, yo me quedaría allí toda mi vida si fuera necesario, pero quería seguir teniendo los pies sobre el suelo y no hacerme unas ilusiones que no me correspondían, porque luego la caída sería mucho peor.

Llenamos los carros, pero como si fueran un puzle, vamos que un mal movimiento y saldrían todas las cosas rodando.

En la cinta de la caja donde pusimos todo había una selección de geles corporales sensuales, me entró la risa floja que intenté aguantar, pero *Paul* empezó a poner uno de cada en la cinta y yo me quería morir de la vergüenza, hasta la cajera sonrió al comenzar a pasarlos.

—En la vida te voy a perdonar el mal rato que me has hecho pasar en la caja —dije negando mientras lo ayudaba a meter las cosas en el maletero y en los asientos de atrás.

—¿Y lo que vas a disfrutar con ellos? —Me miró aguantando la risa e intentando ponerse serio.

—Mira, no me busques la lengua que luego la que entro en *shock* soy yo —volteé los ojos llevando los dos carros para dejarlos en la fila.

Me moría con ese hombre y otra vez me hacía subir al cielo, era increíble lo que me hacía sentir y cómo cambiaba mi mundo cuando estaba a su lado. Qué diferente me volvía, todo estaba en

armonía.

Llegamos a la casa y nos pusimos a colocar toda la compra, madre mía, allí podríamos vivir sin salir una buena temporada y es que se había pasado dos pueblos y medio, con tanta comida y bebida.

Luego colocamos la ropa, todo esto entre peleas de tirarnos cosas, yo salté hasta por encima de la cama para que no me cogiera cuando le di con una llave en toda la frente y justo entonces, tropecé y de boca al suelo, más rápido me levanté de la vergüenza mientras él venía levantando las manos en son de paz preocupado por el tortazo que me había metido.

—Ni te acerques —dije corriendo de nuevo a la cocina.

—No te iba a hacer nada, solo me había asustado.

—Pues te jodes, empezaste tú.

—Pero te has caído tú —se encogió de hombros viniendo a la cocina donde yo estaba cogiendo una lata de refresco.

—Fue una estrategia para que no te vengaras —sonreí con maldad y lo amenacé con un gesto de lata.

—¿Me la vas a tirar también? —preguntó acercándose lentamente.

—Te la voy a aplastar en toda la cabeza, ni te acerques —me salía esa risa nerviosa viendo que me estaba acorralando.

—Aplástamela y te vas a arrepentir durante unos días.

—¿Solo unos días? —me salió una carcajada.

—Unos intensos días —se colocó frente a mí, mirándome con esa media sonrisa y ceja arqueada.

—¿Enterramos el hacha de guerra? —pregunté por si colaba.

—Me lo tendré que pensar, pero para eso tendrías que enseñarme dos “buenas razones” que me convencieran para que la entierre.

—¿Te refieres a mis gemelas? —Señalé mis pechos.

—Podrían ser... —carraspeó quitando la lata de mi mano y dándole un trago, por supuesto la apartó de mi alcance.

—Eso es trampa —me quejé cruzándome de brazos.

—Dame una explicación —agarró mis nalgas y me pegó a él.

—Pues mira, tengo un hambre que me muero. ¿Por qué no preparamos la comida?

—¿Desnudos?

—No, desnudos no, nos puede salpicar el aceite y quemarnos.

—No iba a usar aceite —mordisqueaba mis labios.

—Vaya por dios, que hoy el niño me va a llevar la contraria en todo.

—¿Nunca has probado un pepino?

—Me encantan —dije riendo y haciéndome la sueca.

—Quítate el pantalón.

—Vale —me separé y salí corriendo al baño y me encerré en él.

Vamos que entre la verdura iba un pepino y ya me lo estaba viendo dentro de mi potorro, ni de coña, no podía dejar de reírme.

—Voy preparando la comida —dijo tras la puerta—, cuando estés lista y de cintura para abajo desnuda, ven a la cocina, el pepino y yo te esperamos.

Me entró un ataque de risa, en el fondo me encantaba ese puto hombre, que hacía sacar lo mejor de mí.

—¡No pienso salir en todo el día! —grité a carcajadas.

—Sí, vas a salir, más que nada porque si no lo haces morirás de hambre, de frío, querrás dormir en una cama y no en el suelo, me parece que no tardarás en salir.

—Júrame que lo del pepino es mentira.

—Para nada, te juro que lo probarás, es más, lo voy a pelar ya para que entre mejor.

—¡¡¡*Paul*!!! —grité riendo a carcajadas.

—Desnúdate, te espero.

—No me voy a desnudar, que te quede claro —dije pegada a la puerta escuchándolo al otro lado.

—Bueno, lo haré yo, te espero en la cocina.

—¡No te vayas! —reí nerviosa.

Se fue y ahora yo estaba en el dilema de si salir o no, desnuda estaba claro que no, pues ya me lo veía con el pepino volador entrando entre mis piernas, no dejaba de reír solo de imaginarlo.

—He abierto una botella de vino francés y está buenísimo —dijo acercándose de nuevo a la puerta unos minutos después.

—Prométeme que no usarás el pepino conmigo.

—¿Prefieres algo peor?

—¡Qué te jodan! —me eché a reír toda nerviosa.

—No, a mí no, te joderá a ti ese pepino, en la cocina te espero.

Me lo pensé un buen rato, pero no iba a permanecer siempre ahí metida, así que salí sin hacer ruido y lo escuché en la cocina.

Iba con la escobilla del váter en la mano, por si le tenía que amenazar, menos mal que estaba brillante.

—¿Eso quieres que te meta también? —preguntó alargando la mano para acercarme una copa.

—Ni esto, ni el pepino —reí.

—Déjalo donde estaba y vuelve —dijo con un gesto de cara.

—Pues prométeme que no me harás nada.

—Bueno, eso es como pedirle a la iglesia que reniegue de Dios.

—Madre mía qué mal estás, pues a la mierda, lo pongo en el cuarto de baño —me giré para irme —, y no pienso quitarme ni el jersey, con el calor que me está entrando.

Aparecí por la cocina riendo aún, pues no se me pasaba esa risa floja y él me miró y me hizo un gesto para que me quitara el pantalón.

Agarré la copa y con la misma mano que la sujetaba le saqué el dedo corazón y luego di un trago.

Estaba cortando zanahorias a tacos, dejó todo a un lado y en un acto rápido me agarró de la mano y me tiró hacia él sonriendo, quitó la copa de mi mano, me agarró y me subió a la barra quedando el de pie entre mis piernas.

—¿Por qué temes a algo tan indefenso como a un pepino?

—Eso no está pasado por las pruebas sanitarias que hay que pasar para introducirse por ahí —me encogí de hombros.

—Ya, eso no lo sabes, lo mismo esos pepinos lo cogí porque pasó un buen control de calidad para diferentes tipos de destinos.

—Mira, mira, por ahí no va a entrar ni ese pepino, ni nada que no sea medianamente decente para esas ocasiones —cogí la copa y me la bebí de un trago, luego extendí la mano para que me la volviera a llenar.

—Te la voy a llenar, pero mientras ve a la habitación y ponte uno de esos camiones tuyos tipo camiseta sin nada debajo.

—¿Es una orden?

—Ya estás tardando, yo me cambié hace rato.

—¿De qué te cambiaste? —reí bajándome y andando para el cuarto.

Claro que me lo iba a poner, pero con bragas, vamos, que me veía haciendo de verdulera vaginal y no, no, por ahí eso no.

Salí con un camisón de esos que es una camiseta ancha, hasta las rodillas y con el cuello de barco muy ancho y cayendo hacia un lado dejando un hombro descubierto, era rosa pastel y en medio un corazón de purpurinas doradas, una monería.

—Estás preciosa, pero noto que llevas algo debajo —imposible, pero me había pillado, no se notaba nada porque llevaba una braga de esas que no se marcaban y era demasiado ancha la camiseta.

—No, no llevo nada, si algo tengo es que siempre fui muy obediente —me puse al otro lado de la barra por si tenía que salir corriendo hacia el jardín, aunque hacía un frío que no sabía yo si era mejor probar el pepino, o probar el frío con una camiseta y descalza, podría morir inminentemente congelada.

—Como te pille, lo vas a probar por detrás —decía aguantando la risa y señalándome con la mano que sujetaba su copa.

—¡Que dices! ¡Tú has fumado algo que no debes! Por detrás un pepino, vamos me dejaría el culo como un bebedero de patos, me lo iban a tener hasta que coser —solté causándole una risa floja mientras me miraba con esa intensidad que él solo sabía tener.

—Ven para acá y sin nada... —Se puso a mover la comida que habíamos comprado en el súper y que estaba en una parte que vendían comidas caseras hechas ese mismo día.

—¿No es mejor que comamos primero y luego negociemos?

—Vas a comer con eso entre las piernas —se encogió de hombros.

—Te voy a decir una cosa “*Paulito*”, si a ti te gusta morder el mango bien madurito —me puse a cantar la emblemática canción de Paulina Rubio y él se comenzó a reír negando, pero dejando entrever que no me iba a salvar ni el *FBI*.

—El mango no, pero de que te comes el pepino luego, te lo comes —se echó a reír.

—Eso está muy feo por tu parte —intenté parecer que estaba indignada.

—Feísimo, ¿y? —me hizo un guiño.

—Que te estoy diciendo que no, pero un no, en mayúsculas —reí.

—Ajá, te haré caso, pero un no es un no para todos y como yo quiero algo que tú no me das, yo no te daré besos.

—¿Pero me lo comerás? —pregunté bromeando con una carcajada.

—No te voy a tocar, así sin más.

—¿Y yo, me puedo rozar? —seguía buscándolo y se puso a poner los platos sobre la mesa.

—Vente a comer anda, que tengo palabra.

—¿Y me vas a dar un besito antes de sentarme? —pregunté acercándome hacia la mesa.

—¿Me vas a dejar meterte el pepino?

—No —dije riendo.

—Pues no hay besito —señaló mi silla para que pasara.

—Te puedes sentar, tampoco es que te hagas el educado cuando andas como loco por meterme un pepino —me senté riendo, poniendo mi frente sobre las manos.

—Estás muy graciosa hoy...

—¿Yo? Qué va, esto no es la sombra ni de lo que puedo llegar a ser —dije poniendo rostro chulesco, me lo estaba pasando pipa.

—Me alegro que te haga mucha gracia todo —carraspeó chocando su copa con la mía y le dio un trago.

—Tú cada vez que chocas tu copa con la mía, ¿pides un deseo? ¿O lo haces por quedar bien? Solo pregunto —dije levantando las manos, muerta de risa.

Puso el codo sobre la mesa y dejó caer la frente sobre su mano a modo de agobio mientras resoplaba, estaba claro que estaba haciendo un papel, pues yo le hacía gracia y eso se notaba en su cara.

—¿Me vas a dar el día? Más que nada para prepararme psicológicamente —volteó los ojos.

—Si quieres no digo nada más, hay veces que juego a callarme y duro una semana —solté provocándole una carcajada.

—De verdad, Andrea, me encanta verte así y obvio que no te voy a meter nada, más que nada porque no me dejas —se reía—, pero me lo estoy pasando genial, hacía mucho que no me hacían reír tanto.

—Vamos, yo te he sacado muchas carcajadas anteriores.

—Pero cuando te pones así, no te imaginas lo que me rio, más de lo que puedo expresar.

—¿Y cómo es eso de reírse más de lo que se expresa? —me encogí de hombros.

—Alegras mis días —me hizo un guiño.

—Ya se nota, cinco días sin llamarme y ni un mensaje —ladeé la cabeza.

—¿Me lo estás echando en cara? —carraspeó— Nadie se acordó de mí tampoco.

—¿Que no? —me reí.

—Antes de echar en cara hay que tener memoria —carraspeó.

—Pero eras tú el que me tenías que llamar.

—¿En qué momento se dijo eso? —Arqueó la ceja.

—Eras el enfadado...

—No estuve enfadado contigo en ningún momento.

—Tampoco quedaste conmigo en nada.

—Quedamos en que ya hablaríamos.

—Sí.

—¿Y eso te prohibía llamarme?

—No te quería molestar —me encogí de hombros, me estaba acorralando y tenía razón.

—¿Y yo sí tengo que pensar que no te voy a molestar? —Me señaló la comida como diciendo que comiera y callara, me eché a reír.

Me encantaba él, en todo su esplendor, era divertido, bromista, irónico, sensual. ¡Lo tenía todo!

La comida fue de lo más divertida y luego tomamos un café de lo más relajados, ya las bromas habían quedado aparte, era un momento más personal, más abriéndonos en canal y es que el simple hecho de hacer partícipe de nuestras inquietudes a la persona que amas, ya es un momento de esos que abres todo tu corazón y lo haces de forma cómoda.

dos segundos, con todo lo que había corrido por la casa por culpa del pepino, como que me quedé agotada.

Un rato después abrí los ojos y *Paul* me miró sonriente.

—Estás en la postura perfecta para probar el pepino...

—¡Te denuncio ante la corte! —reí abrazándolo.

—Vaya, que no hay forma de convencerte —besó mi frente.

—Tú sabes que yo me dejo hacer de todo, pero un pepino, no —solté una carcajada.

—Ummm. ¿Te dejas hacer de todo?

—Más o menos —reí nerviosa, así me ponía en todo momento.

—Eso lo tengo yo que comprobar.

—Ya lo hiciste en Cuba, ¿de qué te sorprendes?

—Bueno, ahora tengo geles de todos los aromas y podemos hacer algo más —mordisqueó mi labio recordándome todos los que había cogido en el súper.

—Mira, ahora sí que me vendría bien un masajito de esos —solté una carcajada y me incorporé para coger de la mesa un cigarrillo.

—Voy a por dos cafés y luego te has ganado un masaje multi penetración.

—¡Ehhh!, tampoco te pases, que no soy el *Empire State*, para que lo visite todo Dios.

—Ve desnudándote —advirtió con su dedo.

—Tranquilo, para dos prendas que llevo se quita en nada después del café.

—Fuera todo, ya —ordenó marchando a la cocina.

Joder ese hombre me ponía como una moto y, claro que me quité la braguita y el camisón, luego me tapé con la mantita acercando la mesa hacia mí mientras me fumaba el cigarro y él aparecía con los cafés sonriendo al comprobar que me había quitado las prendas.

—Me estás pidiendo a gritos —dijo sentándose bajo la misma manta que la mía y acariciando mi entrepierna.

—¿Me vas a dejar tomar el café?

—Claro —arqueó la ceja.

—Menos mal —volteé los ojos resoplando.

—Estás deseando...

Resoplé fuerte riendo y causándole una sonrisa preciosa, y claro que estaba deseando, hacerlo con él, era un auténtico placer.

En ese momento llamaron al timbre, *Paul* se puso una bata y salió al jardín para abrir la puerta exterior, unos minutos después apareció con una caja gigante de *Amazon*.

—¿Te has comprado un mueble?

—Más o menos, adornado quedará, es para ti.

—¿Para mí? —pregunté extrañada.

—Ajá, lo pedí hace dos días.

—Cuando ni siquiera me hablabas —reí.

—Ni tú a mí —señaló para que me levantara a abrirla.

Y ahí fui yo emocionada y al tirar me topé con lo que menos me esperaba del mundo, una colección de libros en papel de todos los autores de la tribu.

Me puse las manos en la boca y lo miré a punto de llorar.

—Eso te lo quedas si me dejas meterte el pepino —dijo bromeando.

—A mí ahora mismo me puedes meter toda la verdulería entera —reí.

Me fui hacia él y lo abracé muy fuerte, estaba emocionadísima con esos libros, eso sí, eran decenas. ¡Madre mía, qué biblioteca me acababa de montar!

—Los libros ahora tienen que esperar, tenemos una cuenta pendiente que saldar —me señaló al sofá para que me tirara.

—Ahora mismo me tiro ahí y hago hasta contorsionismo —reí.

Me tumbé bocabajo como en Cuba con las piernas ligeramente abiertas y la cabeza sobre las manos.

Paul fue a coger las cosas y luego las puso sobre la mesa, yo no veía nada porque estaba mirando hacia el otro lado, él se acercó y me tapó los ojos con un antifaz, luego escuché la música de Romeo Santos en su móvil, me lo comía a ese hombre que tanto me hacía sentir.

Estaba súper feliz con ese regalazo que me había hecho *Paul*, en el fondo sabía que, a él, le encantaba sacarme la mejor de mis sonrisas y hacerme feliz, bueno en el fondo y en él no tan fondo.

Sentí uno de esos geles caer sobre mi cuerpo y sonreí al sentir ese calor que proporcionaba en mi piel, mientras sus manos comenzaban a masajearme la espalda. ¿Pues no me estaba quedando dormida de nuevo?

Me hizo un masaje por todo el cuerpo, de esos que te dejan excitada, adormilada, con una paz increíble, mientras Romeo hacía con su voz que el ambiente fuera más armonioso.

Sus dedos jugaron en todo momento con mi zona baja hasta llegar a correrme sin casi poder moverme, solo me contraí y resoplé, luego apretó mi culo y se tiró sobre mi espalda a besarla.

Después me ayudó a girarme y me subió a sus piernas sobre las que él estaba sentado y lo hicimos, ahí me comencé a mover con la ayuda de sus manos y pegados uno al otro con el antifaz aún puesto.

Cuando terminamos me cogió en brazos y me llevó a la bañera donde estuvimos un rato, uno frente al otro jugando con nuestros pies y sonriendo, pues no nos faltaba esa sonrisa en la cara.

Esa noche cocinamos unos tacos mejicanos y unos nachos, nos salieron riquísimos y nos pusimos las botas, vamos que nos tiramos en el sofá sin poder movernos hasta que nos fuimos a la cama.

Capítulo 9



Escuché la voz de Paul hablando bajito por el móvil en el cuarto de baño y diciendo que saldríamos en el primer vuelo, me di cuenta de que estaba hablando con la hermana.

Vino hacia mí, sonrió, y me dijo que había sido tito de una preciosa niña que se llamaba Isabella, se le veía emocionado, me fui hacia él, a abrazarlo y felicitarlo.

Preparaba el desayuno mientras *Paul* reservaba los vuelos para esa misma noche, me hacía mucha ilusión acompañarlo en ese viaje en el que conocería a la otra parte de su familia y encima visitaría París con él.

El día lo pasamos preparando las maletas y se nos fue rapidísimo.

Maletas en el coche y directos al aeropuerto, volábamos de noche con lo cual sería más fácil dormir durante el vuelo, al menos eso esperaba.

Fue llegar, facturar las maletas sin esperas, ya que íbamos en primera clase, y nos fuimos a tomar un refresco a uno de los bares de la terminal.

—Estoy emocionadísima, aparte de que tengo ganas de ver a tu sobrina, me hace especial ilusión conocer París.

—Verás qué bonitas son las vistas de nuestro hotel.

—Como si no tiene vistas —reí—. El caso es conocer París, saber que lo he pisado y que puedo

ver esa famosa *Torre Eiffel* que tantas veces vi en fotos.

—Te pondré mirando a la *Torre Eiffel* —murmuró con esa media sonrisa.

—¿No me digas? —pregunté con ironía poniendo los ojos en blanco.

—Ya lo verás —me hizo un guiño y me eché a reír nerviosa, y es que siempre me ponía en ese estado.

Embarcamos los primeros y aluciné al ver la primera clase, unos asientos totalmente reclinables y anchos, cómodos, con una pantalla donde podías elegir de todo y encima con *wifi*, molaba, aunque yo no quería *Internet*, yo lo quería a él y lo tenía a mi lado en ese viaje que íbamos a emprender juntos.

Nos pusieron de cenar hasta en vajilla de cerámica y vasos de cristal, parecía que íbamos a bordo del *Titanic* en vez de una aeronave.

Tras la cena echamos los sillones hacia atrás, nos recostamos sobre la almohada y nos tapamos con las mantas, ni media hora creo que tardé en quedarme dormida, aquello era comodísimo y me daba a mí que no me iba a enterar del viaje.

Me despertó la azafata que anunciaba que se iba a proceder al desayuno, vamos que por mí hubiera aterrizado hasta sin incorporar el asiento, pero de sobra sabía que eso estaba totalmente prohibido.

—Buenos días, preciosidad —dijo dándome un beso en la cara.

—Buenos días, amor mío —me estiré, recliné el asiento y fui al baño.

Cuando regresé ya tenía el desayuno puesto en la mesita, un café, zumo, agua, pan con mantequilla y mermelada y dos bollos.

—Me remito a lo que pensé anoche, y es que esto es mejor que el *Titanic*.

—Pues espero que esto no caiga en picado y solo haya un paracaídas, que me veo como Leonardo DiCaprio, viendo cómo te salvas —me entró una carcajada que se debió de escuchar hasta en la cabina del comandante.

Un rato después anunció el comandante que comenzábamos a aterrizar y ya se veía París a vista de pájaro, una pasada y yo estaba de lo más nerviosa.

Maletas, inmigración y por fin en tierras parisinas, en un taxi de camino hacia el hotel.

Llegamos a uno que tenía unas vistas espectaculares a la *Torre Eiffel* y al Sena.

Una *suite* en la planta alta de un edificio que era una preciosidad, como todo el hotel en sí, y ya ni hablar de la habitación, que no le faltaba detalle.

Un ducha y listos para ir a ver a su hermana que ya estaba en su casa, le habían dado el alta esa misma mañana, ya que todo había salido genial y ni puntos había necesitado.

Cuando llegamos ella nos abrió y me sorprendió, ni parecía que había parido, se dieron un abrazo muy cariñoso, el mismo que me dio a mí.

—Perdona por lo que tuviste que pasar —estaba al tanto de todo.

—Tranquila, yo y mis manías de pensar siempre lo que no es —sonreí.

Pasamos a ver a la pequeña que estaba en un moisés y que su tío no tardó en cogerla, me pareció lo más tierno del mundo y es que me lo imaginé en su faceta como padre.

La bebé era para comérsela, una monería, a mí me daba hasta miedo cogerla, pero la insistencia

de ambos y que me la pusieron en los brazos, hizo que se me fuera pasando el miedo, pero es que la veía tan pequeñita y frágil que temía que le pudiera pasar algo por mi culpa.

Pasamos la mañana y el almuerzo con ella, luego nos despedimos, la queríamos dejar descansar, al día siguiente volveríamos a pasar.

Nos fuimos a Galerías Lafayette, quería comprarle los regalos a su sobrina, y, madre mía si le compró, como que pasamos en ese impresionante centro comercial toda la tarde. Le compró una cadena con una medallita de oro además de una pulsera, luego nos fuimos a la parte de ropa de bebé y le compró de todo para ahora y hasta que tuviera un año, impresionante, pero todo era tan bonito que hasta yo lo animaba.

A mí me compró también un perfume, unas botas chulísimas, un pijama del que me enamoré nada más verlo y una gabardina en color Camel, preciosa.

De allí nos fuimos directos al hotel y ordenó que nos subieran la cena, así que me di un baño, me puse mi pijama nuevo y no tardaron en traerla.

Paul estaba loco con esa niña y es que le tiró mil fotos que no dejaba de enseñarme en la mesa mientras cenábamos, me encantaba verlo así de emocionado viviendo ese momento con tanta intensidad.

El día había sido largo y añadido al vuelo, que por muy cómodo que fuera era un viaje, pues ni que decir tenía que tras la cena nos metimos en la cama y nos quedamos dormidos enseguida.

Capítulo 10



—Buenos días —dijo cuando me moví, asomando la cabeza por debajo de las sábanas y entre mis piernas.

—Buenos días —reí—. Tú no puedes darme un rato de respiro, ¿verdad?

—No —volvió a meterse para dentro para lamer cada rincón de mi parte más sensual.

Joder, y cómo me encendía ese hombre, que no hacía otra cosa que ponerme como una moto queriendo llegar a la meta.

Tras yo llegar al orgasmo luego lo hicimos poniéndome a cuatro patas, me encantaba cómo se agarraba a mis caderas con esa fuerza y buscando más placer aún del que ya tenía. Con *Paul*, en el sexo, todo era un baile de sensaciones que me gustaba cada día experimentar con él.

Nos duchamos y desayunamos en la habitación, luego nos fuimos en taxi a llevar todos los regalos a su hermana que se emocionó al ver que no se había cortado en agasajar a su sobrina con todo tipo de prendas y joyas.

Su hermana era un cielo de mujer, a pesar de su fama mundial en el mundo de la moda, era una chica que tenía una personalidad adorable y un corazón inmenso lleno de amor.

Estuvo con ella un rato en brazos y luego nos fuimos, al día siguiente pasaríamos otro rato, ese día era para nosotros, para pasear por la ciudad y comer en algún restaurante especializado en platos típicos franceses.

Nos fuimos a pasear por la zona del Barrio Latino, una pasada de lugar que me encantó conocer y donde aprovechamos para comer por allí.

Paul no dejaba de tirarnos *selfies* a los dos o echarme miles de fotos, desde luego en su móvil debía tener montones de fotos mías, pues siempre aprovechaba para dejarme inmortalizada en algún momento.

Estaba mirando a un chico que hacía unos bailes callejeros, cuando me giré y no vi a *Paul*, había un montón de gente y él estaba sobre un escaparate cuando me acerqué a ver al chico.

Joder. ¿Dónde se había metido ese hombre?

Me volví un buen rato loca buscándolo y lo peor de todo, es que él tenía mi bolso, ya que en ese momento me lo llevaba, pues cuando estaba en el escaparate entré a un baño, luego miré lo del chico y ahí estaba yo, sin móvil, sin dinero y sin la ubicación del hotel que sabía que estaba por la *Torre Eiffel*, pero esta daba a tantos sitios que... ¡Me cagaba en mi vida!

Y para colmo no me acordaba del nombre del hotel, era un nombre francés, pero ni lo más mínimo recordaba y viendo que pasaba el tiempo y no lo veía, pues decidí ir andando hasta la torre y desde allí ver si conseguía llegar al hotel.

Hasta ganas de llorar tenía cuando me puse a hablar con un policía que hablaba inglés perfectamente y le conté lo que me sucedía, sonrió y me dijo que no me preocupara. Eran muy amables él, y su compañero.

Me dio una idea fantástica, me dijo que le dijera el *Facebook* de *Paul* y desde el suyo le contactaríamos.

Dicho y hecho, lo mejor de todo es que *Paul*, lo tenía todo público así que lo llamó por el *Messenger* y este no tardó en cogerlo. Le explicó que estaba conmigo, que era policía y que no se preocupara, que le mandábamos la ubicación para que viniera por mí.

Casi me como a besos a aquel agente que, aparte de guapo, simpático y una gran persona, tuvo la mejor idea de todas, me dijo que así había solucionado muchos problemas como el mío.

Paul apareció en diez minutos en un taxi, se bajó agradeciendo a los agentes el trato recibido y nos fuimos en el taxi.

—Me has matado de un susto, te juro que pensé que te habían secuestrado —dijo besando mi mano sentados en la parte de atrás del taxi.

—Pues anda que yo, sin dinero, sin móvil, sin documentación y sin saber dónde estaba el hotel.

—Tienes que memorizar mi número y si pasa algo que me llame la primera persona que veas por la vía pública y que sea de confianza, o vuelves a ir a un agente.

—Tranquilo que ya pasó—reí negando, viéndolo de lo más nervioso.

—No, no pasó, que por poco me da algo.

—Bueno, pero no te pongas así, que solo fue un despiste de los dos.

Nos fuimos a visitar el Museo del Louvre donde pasamos el resto de la tarde, aquello era una maravilla que había que visitar bien tranquilos, así que cuando salimos de allí, buscamos un lugar súper acogedor para cenar y volvimos al hotel.

Esa noche vimos una peli antes de dormir y luego caímos redondos, el día había sido también muy intenso.

Por la mañana salimos a desayunar y de nuevo a casa de su hermana, estuvimos con ella toda la mañana y comimos juntos, y ya nos despedimos hasta la próxima, ya que llegaba más familia a visitarles y ya los queríamos dejar en su entorno más familiar.

Nosotros íbamos a aprovechar algunos días más por la ciudad, ya que queríamos ver muchos lugares, hasta le dije que me tenía que llevar a pasar un día a *Disney*. Por supuesto, me dijo que lo diera por hecho.

Paró ante la puerta de un *sex-shop* que se veía que era de lujo, lo miré riendo y tirando de él, pero nada, no hubo forma.

Entramos y me quería morir, un chico se nos acercó por si necesitábamos asesoramiento, rápidamente le dije que no, lo que me faltaba es que se nos pusiera a explicar todos los aparatos.

—Esta noche lo vamos a pasar de muerte —murmuró en mi oído.

—*Paul* que te conozco... —reír nerviosa. Mira, me voy afuera a fumar un cigarrillo, no quiero ni ver lo que compras, así que coge lo que quieras que, yo te espero en la puerta.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —dijo riendo y negué saliendo a la calle.

Un rato después apareció con una bolsa que, al menos, era discreta, lo que me faltaba es ir por la calle anunciando que llevábamos un montón de cosas para ponernos las botas

Paseamos toda la tarde y nos fuimos para el hotel después de cenar y yo sabía que él no iba juguetón, que va, iba lo siguiente.

Se metió en la ducha mientras yo hablaba por teléfono con Luka, que me contaba sus aventuras y desventuras, un genio el tío.

Salió con el pantalón de pijama y una camiseta blanca, me encantaba, este hombre tenía estilo y la ropa que usaba era que parecía que estaba hecha para él.

Abrió una botella de vino que compró en una licorería y sirvió dos copas, brindamos mientras yo

seguía al teléfono con Luka, que se enrollaba como las persianas.

Colgué la llamada y me puso en la mano lo que parecía una lencería envuelta en un papel de esos que dan pena hasta abrir.

—A la ducha —dijo mordisqueando mi labio.

—¿Y esto es del *sex-shop*? —pregunté riendo.

—¡A la ducha! —Me dio una palmada en el culo.

Me duché y luego lo abrí, era una preciosa braga brasileña de encaje, pero en algodón, y una camiseta transparente de tirantes de cola de ratón, una monería, y se me veía de lo más sexy, ya sabía yo que estaba juguetón y que esa noche me iba a hacer lo más grande.

Estaba sobre una mesa apoyado jugueteando con su copa, comprobé que al lado había puesto de todo lo habido y por haber de aquella tienda erótica.

—Estás impresionante —apretó los dientes poniendo la copa a un lado y señalándome su miembro, que ya se podía ver aumentado a través del pantalón, luego me cogió de las manos y me pegó contra él, para besarme mientras apretaba mis nalgas.

Me separé para dar un trago a la copa y fumarme un cigarrillo pegada a una de las ventanas de esa imponente habitación.

—¿Todo eso vamos a usar? —reí mirando la de cosas que había.

—Vamos a intentarlo —me hizo un guiño mientras se encendía el cigarrillo.

—Madre mía, mareo me está entrando de ver todo eso, sobre todo, aquello —señalé un aparato anal y vaginal que tenía un tamaño considerable.

—Es de un material que es fácil de introducir —me miraba con esa media sonrisa y arqueó de ceja, que tan en tensión me ponía.

—Mareo me está entrando —solté una carcajada, pero me encantaba exponerme a él, me fiaba completamente—. Solo te faltó comprar el látigo —volteé los ojos riendo.

—Eso con mi mano te meto un buen azote y listo —bromeo apretando los dientes.

—Pero luego te preparas para la hostia que te devuelvo.

—Vale, vale —sus gestos me encantaban, era mi debilidad y él lo sabía.

Terminamos el cigarrillo y me cogió en brazos, me sentó en la mesa, él colocado entre mis piernas, y nos besamos, en su mirada veía el deseo por comenzar a jugar con mi cuerpo y es que sabía que *Paul* era así, disfrutaba ocasionándome placer a la vez que usaba todas esas cosas en mi cuerpo.

Yo ya estaba encendida, la forma de acariciar mi cuerpo me ponía en órbita y desataba todos mis instintos, aprovechó para bajarme de la mesa y me colocó de espaldas a ella, me puso un antifaz y me dejó caer hacia adelante con los pies en el suelo, al ser la mesa estrecha yo me agarré al borde.

Me quitó la braga y me dejó solo con la parte de arriba.

Me abrió las nalgas y puso un tubo en mi ano que fue metiendo, poco a poco, luego echó como dos dosis de *spray* y noté un calor abrasador, resoplé varias veces.

Luego con otro por mi vagina repitió la misma jugada, esta vez la sensación era de frío, un contraste que me hizo agarrar con fuerza la mesa y resoplar como una loca.

Levantó mi camiseta y me la sacó por encima de la cabeza mientras lamía mi espalda.

A oscuras las sensaciones se hacían más fuertes y daba la sensación de estar en un lugar diferente...

Comenzó a echar un gel por mis nalgas que fue extendiendo por ellas hasta ir llegando a me sexo, sus dedos eran magia, me dejaba relajada dentro de aquella excitación que me provocaba que jugara con mi cuerpo y más sabiendo que a él, eso de tocarme, mirarme y jugar, le ponía de lo más encendido, disfrutaba con ello.

Notaba sus dedos entrando por mi vagina y luego por mi ano, uno de ellos. Solté el aire pues había ido un poco más ligero de lo normal, tanteó por dentro con un látex y luego lo sacó y escuché cómo se lo quitó.

Me levantó, me giró, mordisqueó mis labios y me sentó en la mesa echando mi cuerpo hacia atrás, levantándome las piernas para que las pusiera flexionadas y apoyadas sobre el borde, me las abrió bastante, debía de tener un amplio campo de visión y estar disfrutando de lo lindo.

Abrió los labios bastante con sus dedos por arriba y me colocó algo en el clítoris que enganchó como si fuera una chupona, en la vida había probado algo así, además, apretaba muchísimo.

Metió dos dedos en mi vagina y tiró hacia él, solté un pequeño quejido.

—Esto que te voy a poner se va a enganchar ahí dentro —se refirió a ese hueco por el que él tiraba—. Me han explicado que te causará una sensación de desgarró, pero solo es una sensación. Va a funcionar con lo que te puse en el clítoris, pero al final, aún queda para eso.

Afirmé riendo nerviosa, parecía que le podía ver la cara con esos ojos ardiendo de deseo y esa media sonrisa, si algo tenía claro era que me encantaba exponerme a él y que disfrutara teniéndome como quería.

Metió esa especie de cánula que notaba que pesaba y era bien grande, la agarró al fondo como una

especie de *clic* presionando que noté cuando lo colocó.

No era dolor en sí, pero una sensación de explotar y de estar totalmente rellena por dentro.

—Espera que te traigo algo —lo escuché moverse y me puso una almohada bajo la cabeza, otra debajo de las caderas y un cojín por si me quería agarrar a él.

Noté que ponía gel en la entrada de mi culo y lo metía un poco para dentro, esperaba que aquello fuera más liviano, pues sentía una pesadez tremenda, era una sensación extraña.

—¿Lista? —dijo en tono bajo cuando puso algo en la entrada de mi ano.

—Sí —murmuré casi sin fuerzas y comencé a chillar cuando noté como miles de bolas en una especie de triangulo entrando en mí, y es que podía notarlas, eran bolitas minúsculas. Aquello me dio la sensación más fuerte del mundo.

Paul, las iba introduciendo y con la otra mano separaba mis piernas para que no las cerrara.

Cuando aquello entró parecía que tenía mil moscas revoloteándome por dentro.

Eché un flipa sobre mis pezones y los pellizcó unos momentos para luego poner unas pinzas que apretaban demasiado, yo chillaba y jadeaba, él acariciaba mi entrepierna esperando a que me calmara.

De repente noté lo de mi vagina comenzar a moverse como si fuera una espiral, menos lo del fondo, eso solo hacía presión, luego lo del clítoris se apretó más y comenzó a hacer círculos...

Gemí todo el tiempo a chillidos, con eso notaba más mover lo del culo. Aquello era lo más fuerte que había notado jamás y él, comenzó a tirar de vez en cuando con sus dedos de lo que tenía en los pezones.

Me corrí de una forma desmesurada y encima tardó demasiados segundos, que parecían minutos, en pararlo todo, así que pensé que acabaría desfallecida del placer.

—Si me pones un dedo encima, te mato —le advertí casi sin poder respirar—. Sácamelo todo que me quiero fumar un cigarrillo.

—Y cómo te lo quito, ¿por telepatía? —preguntó con esa sonrisa que podía escuchar mientras preguntaba.

—Tú me has entendido... —reí mientras notaba que sacaba lo de atrás y lo metía en una bolsa, luego lo mismo con lo de la vagina y lo demás.

Me levanté con un dedo amenazador de que no se acercara a mí, no valió de nada, me agarró, me apoyó sobre la mesa y me penetró para luego cogerme en alto, pegarme contra la pared y hacérmelo sin dejarme opción a hablar mientras me miraba a los ojos fijamente e iba mordisqueando mis labios.

Era incansable y a mí me encantaba, a la mierda el cigarrillo, ya me lo fumaría cuando acabara.

Y eso hice cuando terminó y se fue al baño, correr a ponerme un pijama y encenderme uno, cosa que, al aparecer y verme vestida, negó sonriendo.

Salió y me abrazó sonriente, lo notaba disfrutar de esos momentos que estaba pasando junto a mí, podía verlo en el brillo de sus ojos y en las ganas que siempre tenía de abrazarme.

Estuvimos un rato charlando tirados en el sofá de la *suite* antes de irnos a dormir, al día siguiente lo pasaríamos ya sin ir a casa de su hermana y algo me decía que alguna historia tenía preparada, pues estaba con un hermetismo de lo más grande.

Revisé unos mensajes de Luka, contándome más y más películas con sus chicos y es que el jodido estaba más desatado que *Paul* y eso era mucho decir.

Capítulo 11



Me hacía cosquillas por la barriga para que abriera los ojos y yo no hacía otra cosa más que acurrucarme mejor para seguir durmiendo.

—Vamos, que Cenicienta te espera —dijo haciendo que sonaran todas las alarmas en mi interior y abrí los ojos como platos.

—¿Nos vamos hoy a *Disney*? —pregunté boquiabierta.

—Claro, así que, tenemos que hacer las maletas, nos vamos a quedar un par de días allí.

—¡No me jodas!

—Hombre, si es necesario, ahora mismo, aunque mejor lo hacemos en la habitación estilo princesas que he reservado —arqueó la ceja apretando los dientes.

—Eres mi hombre preferido —sonreí emocionada levantándome de la cama.

—¿Cómo qué tu hombre favorito? ¿Hay más? —Lo escuché levantarse y seguirme al baño.

—Alguno que otro hay por ahí.

—No me está haciendo gracia.

—Ese es tu problema —dije mirándolo por el espejo del baño mientras me lavaba la cara.

—Retira eso —dijo comenzando a hacerme cosquillas.

—Ni de coña —le tiré agua a la cara y salí afuera a vestirme.

Recogimos todo, mientras desayunábamos lo que nos habían traído a la habitación y luego bajamos donde nos esperaba un coche con conductor que nos llevó directamente al corazón de *Disneyland* y yo, me sentía como una niña pequeña en esos momentos.

Entramos al hotel donde nos recibió Blancanieves y los siete enanitos a golpe de choque de mano.

—¡Menuda orgía tienen que montarse estos! —murmuré causando una risa en *Paul*, cuando seguíamos al chico de las maletas hacia el registro y luego para la habitación.

Le dio una propina y comenzamos a sacar las cosas de la maleta para colocarlas en el armario.

La habitación era una pasada, de cuento, estilo princesas, vamos que aquello le tuvo que costar un pastón la noche porque era impresionante.

Me metí en la bañera a relajarme mientras él, hacía una videollamada con su socio, me sentía estar viviendo un momento de esos que da miedo de que pase algo y termine, más conociendo la habilidad que teníamos en liarla, eso me daba más miedo aún, pero no quería condicionarme y ahora tenía un par de días por delante de lo más bonito, así que a seguir disfrutando de los días que tenía la posibilidad de pasarlos junto a Paul.

—Quiero un gofre —dije mirando a uno de los tantos puestos que lo servían en diferentes sabores.

—Buena idea —sonríó pegándome a él con la mano por mi hombro y besándome la frente.

Nos acercamos al mostrador y pedimos dos, nos pusimos a un lado sentados en unas mesas de

madera a comerlos.

—Anoche soñé...

—Esa pausa es que yo tengo que ver algo —me eché a reír.

—Estábamos casados y teníamos tres niños —sonrió.

—Ahhh, entonces no era yo, segurísima, tres niños y casada contigo, no, no era yo.

—Era contigo —sonreía.

—Bueno sigue —me persigné causándole otra sonrisa preciosa.

—Vivíamos muy felices, fue un sueño de lo más placentero.

—¿Felices con tres niños?

—No seas tonta —reía.

—El tonto eres tú en soñar esas cosas —me eché a reír.

—¿No te gustaría formar una familia?

—Claro, llegado el momento, pero tampoco hace falta más de uno —me encogí de hombros.

—¿Conmigo?

—También podría ser —me reí nerviosa—, pero tendrías que pedírmelo a lo grande, algo de ensueño —estaba bromeando obviamente, pero metida en el papel.

—Lo tendré en cuenta, a lo grande, en un yate, un helicóptero, ya pensaré —me seguía la broma.

—No, helicóptero no, que no me fío —acercó su mano con una servilleta para limpiar algo de chocolate que me había caído por el lado de la boca.

—Y de mí, ¿te fías? —ya salió su lado misterioso y sensual, con esos gestos que me ponían de lo más nerviosa.

—Bueno, algo, te tengo ahí en cuarentena —reí levantándome para tirar el envoltorio a la papelera.

—En cuarentena... —repitió siguiéndome y riendo.

Agarró mi mano y comenzamos a caminar para descubrir aquel mundo de fantasía que teníamos ante nosotros.

Cada vez que veía un personaje salía corriendo para ponerme junto a él y que me tirara una foto, hasta un beso que le di en la boca a *Mickey*, vamos que no me quedaba con las ganas de besar al ratón más famoso del mundo y eso, eso no se podía considerar deslealtad.

En todas las tiendas tenía que entrar a echarles un vistazo y claro, todo se me antojaba y ahí que iba *Paul*, cogiendo de todo y sin dejarme pagar, teníamos una guerra en abierto, una en la que siempre ganaba él.

Comimos viendo un espectáculo en un restaurante temático que nos tuvo embelesados todo el tiempo y es que era tan bonito que no podíamos dejar de estar atentos ni un solo momento.

A la hora de la cabalgata íbamos cargados de bolsas de recuerdos hasta la bola, era para vernos, ni los niños pequeños pedían tanto como yo había deseado ese día y todo lo teníamos ya con nosotros. Llevaba recuerdos para parar un tren.

Regresamos al hotel para dejarlo todo y luego bajamos a cenar a otro lugar de espectáculos y es que eran todos tan bonitos y bien preparados, que el cuerpo pedía más y más.

Y los fuegos artificiales, esos que vi mientras *Paul* me rodeaba con sus brazos y mirábamos al cielo, estaba viviendo mi historia de amor a lo *Disney* y aquello me hacía sentir que lo nuestro iba en serio, muy en serio, no hacía falta ninguna declaración oficial de amor, los sentimientos y lo que vivíamos a cada momento eran el reflejo de lo que estaba pasando entre nosotros.

Llegamos a la habitación y pusimos todas las bolsas a un lado, luego nos metimos en la bañera, yo de espaldas a él, entre sus piernas.

—No te imaginas lo feliz que me sentí hoy en todo momento viendo el reflejo de la emoción en tu cara —decía mientras echaba agua por mis hombros.

—Lo he pasado como una niña pequeña y estoy deseando que llegue mañana para disfrutarlo aún más.

—Bueno, eso tendrás que compensarlo antes... —hizo un carraspeo, que me sacó una sonrisa.

—Ya sabes que estoy a tu entera disposición —carraspeé imitándolo y noté cómo me mordisqueaba el cuello.

—¿Cómo de entera?

—Eh, eh, esas manos, entera, pero ahora estoy en un plácido baño.

—Podría ser más plácido aún —ya sus dedos buscaban hueco en mi zona de riesgo.

—Vale, va, ya me has convencido —me levanté y me senté sobre él y lo abracé riendo—. Quiero penetración directa —solté una carcajada.

—¿Y por qué tanta prisa? —sonreía mientras yo me lo comía a besos.

—No sé, pero te quiero dentro de mí, abrazados, sentirnos uno solo. Joder, me estoy poniendo romántica.

—Ya veo, pero esto es negociable...

—Aquí no se negocia nada —noté su erección y me levanté un poco, la coloqué y la metí en mi interior.

Comencé a moverme y ver cómo en su cara se reflejaba el placer y cómo sus manos me movían las caderas para ayudarme con esos movimientos que ya hacían ponernos a los dos de lo más excitados.

Me levantó justo cuando iba a llegar al momentazo ese, otra marcha atrás, cualquier día nos llevábamos premio y a ver quién era el bonito que digería eso.

Quitó el tapón y puso aquello en modo ducha mientras me miraba riendo, sabía que le gustaba muchísimo mi forma de ser, se podía reflejar en sus ojos.

Nos duchamos y cuando salimos ni me dejó secarme, me lio en la toalla me tiró en la cama y comenzó a comer mis partes, mientras sus dedos se encargaban de ayudar a intensificar el momento. Madre mía, cómo lo hacía...

Joder, qué lotería me había tocado con este hombre...

Capítulo 12



Llamaron a la puerta y *Paul* salió a recoger el desayuno, yo aún estaba espabilándome y en pelotas debajo de aquellas sábanas.

Metió todo para adentro mientras yo me levantaba e iba al baño, ni qué decir que apareció como un toro de Miura, y me echó hacia adelante mientras besaba mi espalda.

—*Paul*, quiero desayunar —dije muerta de risa.

Me agarró por la cintura y me giró.

—Desayúname a mí.

—¡Ah, no! —Me aparté en un reflejo rápido y corrí a donde estaba el desayuno, me puse una camiseta y me senté.

—Me has rehuido.

—Bueno, en defensa propia, no puedo andar follando a cada momento, este cuerpo necesita un poco de alimentación real —me encogí de hombros mientras me comía un trozo de bollo.

—Real la que te voy a dar esta noche.

—¿Es una amenaza?

—Claramente —contestó sujetando la taza de café en sus manos, mientras me sonreía con esa cautivadora sonrisa—, te lo has buscado...

—¿El qué? —pregunté riendo.

—Desayuna, desayuna, coge fuerzas.

—¡Ah, no! A mí no me amenes que no me da la gana.

—¿No? Lástima, no te valdrá de nada.

—Pienso chillar mucho.

—Todo lo que quieras, señal que lo disfrutarás.

—Paul, no, ¿eh? —advertí señalándole con el cuchillo.

—No me das miedo —carraspeó arqueando la ceja.

—No te daré miedo, pero que yo desayuno y me tiro al parque.

—¿Te vas a tirar a todo el parque? —rió poniendo cara de sorprendido.

—¡Tonto! —me salió una carcajada.

Y no me dejó terminar de desayunar cuando me agarró y levantó en peso, me llevó contra el respaldo del sofá y desde la espalda comenzó a masturbarme.

—¡No puedo contigo! —reí— ¡Exijo desayunar tranquilamente!

—Lo harás, además relajada y todo.

—Yo me cago en tu padre —dije jadeando—. Bueno en él no, que es un santo. ¡Ah no, no era tan santo! — me salía la voz entre jadeos y lo escuchaba reír en mi oído.

—¿Te vas a acordar de alguien más de mi familia?

—De todos tus ancestros —me contraje con ese orgasmo que llegó rápidamente y luego me giró y me sentó en el respaldo mientras me penetraba.

Cuando terminamos de hacerlo salí pitando a la mesa a terminar de desayunar, mientras negaba y lo veía ir hacia el baño. Ese hombre iba a acabar conmigo, no había manera humana de frenarlo, aunque a mí me encantaba, pero tenía que aparentar lo contrario para darle un poco de vidilla.

Nos vestimos y listos para perdernos por el parque de nuevo, entre la magia y el amor, entre los sentimientos que teníamos a flor de piel y todo aquello que la vida nos estaba brindando, que no era poco.

A veces me ponía a pensar que un tío que lo tiene todo, dinero, éxito, era un bombón y que no le faltarían en la vida colas de tías, que estuviera conmigo me hacía sentir aparte de especial, inquieta. Y es que siempre pensaba que eso no me podía estar pasando a mí, es más, cuando veía en la tele algún famoso que se enamoraba de alguna desconocida yo siempre pensaba en la suerte que había tenido esa tía y ahora era yo, yo era la que tenía esa suerte de poder estar disfrutando de un hombre que volvería loca a cualquier mujer, pero que se desvivía por mí y solo por mí.

Acabábamos de atravesar el “Castillo de la Bella Durmiente” camino de la zona conocida como *Fantasyland*, y no pude evitar dar un grito de alegría al ver la atracción de Blancanieves, esa que fue la primera princesa *Disney* en tener una película animada junto a los siete enanitos, Tímido, Gruñón, Feliz, Dormilón, Sabio, Mudito y Mocososo.

—Vamos ahí, poorfiiss —le pedí a *Paul*, poniendo mi mejor carita de niña buena.

—Sabes que entramos donde quieras, princesa —guiñó el ojo y me lancé a sus brazos.

—Bueno, es que reconozco que Blancanieves me gusta mucho, y más desde hace unos meses.

—¿Y eso?

—¿Te acuerdas del día que me llevaste el desayuno a la cama? —pregunté, y él asintió— Pues, cuando me desperté tras ese beso y te vi ahí sonriendo, fue esa escena de la película de Blancanieves la que me vino a la cabeza. El apuesto príncipe de cabello negro que besa a su amada y espera a que despierte.

—Vaya, así que, ¿me consideras tu apuesto príncipe?

—Podría ser... aún te quedan algunos pequeños detalles para serlo.

—¿Qué detalles son esos? —Se interesó, arqueando la ceja.

—Veamos... —Lo miré entrecerrando los ojos, llevando los dedos pulgar y corazón a la barbilla y dándome golpecitos con el índice en la mejilla— Vas en vaqueros, con deportivas, un jersey y el abrigo. A ver, que para el siglo en el que estamos eso es la leche de bonito, *sport* y elegante. Pero... los príncipes de cuento de hadas no visten así.

—No, claro, van con unas mallitas, botas, un jersey largo y capa —contestó poniendo los ojos en blanco.

—Efectivamente —sonreí al tiempo que pestañeaba repetidamente.

—¡Ah, no! —gritó cuando se dio cuenta de a dónde quería yo llegar— Me niego a ponerme unas mallas. Que ya tengo una edad, preciosa.

—¡Uy, ni que fueras un abuelo! Anda que...

—Que no, que no. Que por las mallas no paso.

—Pues menudo príncipe de mierda me ha tocado —protesté, sentándome en un banco que había detrás, con los codos apoyados en las rodillas y las manos en las mejillas.

Miré a *Paul*, que negaba arqueando la ceja mientras yo resoplaba, suspiraba y casi, casi, hasta lloro, a ver si así le daba un poquitín de pena.

—Lo que hace uno por amor, de verdad —dijo acercándose, cogiéndome de la mano y llevándome hasta una de las tiendas que había por allí.

Cuando entramos me quedé loca al ver que iba directamente a la sección de ropa y se plantaba delante de los trajes de príncipe y princesa.

Le pidió a la dependienta los de Blancanieves y allí mismo en los probadores nos cambiamos.

Cuando me vi vestida con el corpiño azul, las mangas bombachas, la falda amarilla y el lazo rojo en la cabeza, di saltitos de alegría.

Madre mía, me acababa de convertir en una princesa *Disney* de verdad.

Paul apareció a mi espalda y juro que ese hombre me pareció mi apuesto príncipe, el más guapo del mundo entero.

Nos hice una foto y se la mandé a Luka, que no tardó en contestarme con una de las suyas que me hizo reír.

Luka: *Como le dijo Kit de Luca a Vivian Ward en Pretty Woman, sois Putanieves y el Príncipe.*

Al ver que me reía tanto, *Paul* se acercó y con esa sonrisa de medio lado negó poniendo los ojos en blanco.

—A ver, que un poquito de razón tiene —le dije—. Yo siempre he dicho que era puta, pero en el fondo muy princesita.

—No has sido, ni eres, ni serás, jamás, una puta. Eres mi preciosa princesa de cuento, igual que yo tu apuesto príncipe.

En ese momento juraría que me acababa de quedar sin braguita. Madre mía, es que era para comérselo.

¿Se podía querer más a una persona?

Pedimos a la dependienta el favor de que nos dejara la ropa ahí guardada hasta que saliéramos de la atracción y ella accedió encantada. Eso sí, no paró de sonreír en ningún momento, imagino que se aguantaba la risa porque, claro, ver a un señor de cuarenta años con esas pintas...

Pues que yo me reiría, pero como ese hombre que tenía al lado era mi señor de cuarenta años, no podía hacer otra cosa que mirarle de ese modo que miran las mujeres enamoradas, adorándole solo por el hecho de seguirme en esa locura.

Hicimos la cola en la atracción y no pude reírme más cuando todos los niños y niñas que esperaban se acercaban a nosotros pidiendo hacerse una foto.

Paul accedía a regañadientes las primeras veces, hasta que ya le cogió el gusto y el muy tunante, incluso se arrodillaba junto a las niñas para hacerlas sentir un poco más princesas.

Entramos en la atracción y, subidos en esa vagoneta, recorrimos las diferentes escenas de la historia de aquella princesa, empezando por el castillo de la reina a quien se veía asomarse alguna que otra vez a través de las cortinas de una ventana.

Llegamos a la zona en la que estaba el libro de hechizos abierto y ahí se escuchaba la terrorífica risa de esa odiosa reina.

Era increíble ver todo aquello, con los muñecos robotizados en movimiento en cada escena, y acompañados durante todo el trayecto por la música que le daba un buen ambiente.

Si incluso al pasar por el bosque oscuro parecía que estuvieras atravesando uno real, de lo bien ambientado que estaba.

Como no podía ser de otra forma, la malvada bruja del cuento no faltaba y la condenada se presentaba en las zonas más oscuras, lo que hacía que la gente que iba en las demás vagonetas gritase por los sustos, sobre todo, los niños. Pero el peor de todos fue justo al final, cuando ya creías que salías después de haberlo pasado de maravilla, y la puñetera bruja te sorprendía apareciendo de la nada.

—¡Coño, que me matas, bruja! —grité, con una mano en el pecho, mientras *Paul* se partía de risa a mi lado.

Cuando salimos nos encontramos con Blancanieves, el Príncipe y los enanitos al completo.

Al vernos, se sorprendieron tanto que ella vino feliz, dando saltitos y palmas hasta mí, me cogió las manos y ahí nos pusimos a bailar como dos niñas.

Paul me miraba alucinando, pero es que la cara del príncipe de verdad era un poema.

—*Paul*, ¡que al final sí que me voy a sentir como una princesa! —dije sin dejar de dar saltitos ni sonreír.

—Estás ideal —me dijo la chica.

—¡Anda! ¿Me entiendes? —pregunté mirándola.

—Sí, soy de Cuba y ya me hacía falta escuchar a alguien hablar algo que no sea francés —contestó

riendo.

—Yo puertorriqueña, pero vivo en *New York*.

—Oye, eres una chica con suerte, no todos los hombres enamorados se ponen esas mallas —me susurró.

—Ya lo sé, le ha costado, pero... ahí está el príncipe —empezamos a reír las dos.

Nos hicimos un montón de fotos con ellos, con los enanos y, como ya los dos parecíamos parte del *show*, los niños volvían a pedirnos fotos.

—Chicos, de verdad que estáis geniales así vestidos. ¿Os gustaría ser parte de la cabalgata? —nos preguntó Mariana, que así se llamaba la Blancanieves real, al menos este día en el parque.

—¡Sí! ¡Me encantaría! —grité, emocionada y saltando dando palmas, mientras *Paul*, negaba y me miraba como si me hubiera vuelto loca.

Que vale, que igual un poquitín, pero... ¿Y lo bien que lo pasaríamos?

Al final claudicó, me dio el gusto porque, tal y como él mismo me dijo, ya que estamos de esta guisa qué más da.

Fuimos con ellos hasta donde estaba el resto de miembros que formaban parte de la cabalgata. Mariana habló con su coordinador y le pareció una buena idea.

Paul se acercó a él, habló unos minutos y vi que el hombre sonreía mientras asentía mirándole.

Nos llevaron hasta la carroza en la que debíamos subir y me quedé alucinada cuando me dijeron que tenía que tumbarme en una especie de cama cubierta con una sábana blanca, una almohada y flores alrededor que habían puesto exclusivamente para mí en ese momento.

—¿Cómo que me tumbe? —pregunté.

—Princesa Andrea —me llamó *Paul*—. Va a ser usted la Blancanieves a la que debe despertar el príncipe —guiñó el ojo y me quedé boquiabierta.

Sentí una lágrima deslizarse por mi mejilla y la sequé mientras me reía.

—Anda, que lo haces para poder besarme cuanto te plazca —le reñí.

—Hombre, después de ponerme estas mallas, algo tendré que sacar, ¿no te parece?

Me besó en la frente y tras ayudarme a tumbarme, se sentó a mi lado para poder inclinarse de vez en cuando a besar a la princesa envenenada.

Recorrimos el parque siendo parte de esa cabalgata, lo que hizo de ese segundo y último día en aquel lugar mágico, donde cualquier cosa podía hacerse realidad, fuera el mejor día de mi vida.

Por unas horas, en esa parte de París, fui y me sentí una auténtica princesa de cuento.

Terminamos ese día fabuloso en el parque en el que era el último y me había quedado con la sensación más bonita del mundo, había disfrutado como una enana y ahora quedaba descubrir si al día siguiente volveríamos a *New York* o algo por el estilo. A *Paul*, le gustaba jugar al misterio y a mí, aunque me ponía nerviosa todo, me gustaba dejarme sorprender por aquel hombre que era el causante de mi más absoluta felicidad.

Esa noche lo hicimos como locos, como siempre, con esos juegos que tanto le gustaban, con todo aquello que compramos en París y que después de hacerlo lo metió en una bolsa y lo tiró a la basura, vamos que no íbamos a cargar en el avión con ello, decía que ni de broma, que si nos abrían las maletas no iba a pasar esa vergüenza que si lo quería llevar yo...

¡Y un mojón! A la basura directos, ya me veía, yo y mi suerte, me pararían del tirón y me querría desmayar de la vergüenza cuando descubrieran esa cantidad de aparatitos con los que nos habíamos puesto las botas durante el viaje.

A la mañana siguiente salimos temprano del hotel después de desayunar, un coche nos esperaba para trasladarnos al aeropuerto y volver a la realidad, pero bueno, que iba para su casa. Como él decía, me debía esos días que podrían durar una eternidad y eso esperaba, que así fuera, no me imaginaba ni un solo día sin él.

La vuelta fue lo más pesada del mundo, a pesar de ir en primera clase era de día y eso se notaba, las horas no pasaban a pesar de que me compré un libro de los chicos de la tribu para leer durante el vuelo, pero nada, lo devoré en tres horas y el resto lo pasé resoplando y viendo las horas pasar, *Paul* negaba riendo por mi poca paciencia, pero qué se le iba a hacer...

Y por fin a las cinco de la tarde, hora local, aterrizamos en la ciudad, donde nos fuimos directos a la casa donde comenzarían esos días que habíamos planeado e interrumpido por el nacimiento de su sobrina.

Capítulo 13



Era la mañana del día siguiente después de regresar, aún estaba con el cambio de horarios que me tenía por los suelos.

Paul necesitaba ir a la ciudad para hacer unas gestiones y me iba a dejar en mi edificio para ir a visitar a Luka y coger algunas cosas de mi casa que echaba de menos.

Me dejó en la puerta y tras un beso me bajé del coche.

—Buenos días, bellezón perdido —me dijo *James*, con una sonrisa de oreja a oreja y señalando a su mejilla para que le diera un beso.

—Buenos días, mulatito de mis amores, claro que estoy perdida, otro hombre me apesó mientras yo moría porque dejaras a tu mujer —bromeé buscándole la lengua y dándole ese beso en la mejilla.

—Me lo temía... —sonrió negando.

—Bueno, me voy a ver al bicho de mi amigo para que me ponga la cabeza como un bombo. ¿Te vienes y hacemos el trío? —pregunté bromeando mientras me dirigía al ascensor.

—Me echarían, pero quizás algún día...

Se cerraron las puertas del ascensor y me eché a reír, la verdad es que ese hombre era un portento de esos que hacen fantasear a las mujeres que se lo cruzan de frente, pero yo amaba a mi *Paul*, y

no había mulato en la vida que me causara más sensación que la que mi chico me causaba en estos momentos y es que yo por Paul moría, literalmente.

—Hola, putona —dijo dándome un beso en la boca.

—Ex putona, hablemos con propiedad —reí entrando.

—Bueno vale, ex putona —reía siguiéndome hacia su salón—. Así que has follado a lo princesa, ¿no?

—Bueno, a lo princesa exactamente no —reí a carcajadas—. Por cierto, tráeme una lata de refresco, que ya veo que te sientas en plan cotilla y no me invitas a nada.

—Hombre, el cotilleo lo primero, pero bueno te daré una para que no se te seque la garganta y puedas contarme todo con pelos y detalles.

—Pelos ni uno, va perfectamente depilado —carraspeé sonriendo ampliamente.

—Lo que me gusta a mí un hombre velludo —negó sacando de la nevera las latas y volviendo para sentarse conmigo—. Así que disfrutaste de Paris y *Disney*. ¡Vaya suerte la tuya!

—Me lo he pasado en grande, con *Paul*, todo es una noria de emociones.

—Al final va a ser cierto que te quiere y todo.

—Me da a mí que sí —sonreí suspirando—. Por cierto, invité a subir al mulato, pero no me hizo ni puto caso, como siempre —bromeé.

—A ese cualquier día lo secuestramos, amordazamos y nos aprovechamos de él.

—¿Y dónde estaría la gracia? Lo bueno es que lo veamos a él, actuar con nosotros —bromeé riendo.

—Pues yo me pondría las botas, aunque él no se moviera, ya se lo haría yo todo —suspiró.

—Ya te las pones, aunque no sea con él —reí negando.

—Aunque tampoco me importaría que tu amorcito me empotrara.

—A *Paul* ni mirarlo, te mato y lo sabes —reí señalándolo con el dedo.

Me despedí de él, un rato después y fui a mi casa, quería coger varias cosas que fui recordando esos días, así que preparé una bolsa con ellas y bajé un rato después de que *Paul* me avisara que ya estaba abajo esperando en el coche.

—Adiós, bombón. ¿Ahora no me das un beso? —preguntó bromeando a sabiendas que me observaban desde fuera.

—Claro que no, te daría otra cosa, pero como no me dejas —contesté sonriendo y saliendo hacia el coche.

—¿Qué te dijo que te hizo tanta gracia? —preguntó en tono serio, besando mi mejilla y luego saliendo de allí.

—Que me veía feliz y enamorada, le contesté que, por supuesto —me eché a reír.

—No, no, me estás mintiendo y no me hace gracia.

—No vayas a empezar, ¿eh?

—Eres tú, cuando lo ves se te cambia la cara y sonríes de forma especial.

—¿Qué dices? ¡Venga ya! Lo que me faltaba por escuchar.

—Mucho te faltará por escuchar, pero no me gusta que tontees con otro que no sea yo.

—Me estás tocando las narices...

—Bueno, pero sabes que tengo razón.

—No, no la tienes y me estás enfadando.

—Por algo será...

—¿Te puedes ir a tomar por culo? —pregunté muy enfadada.

—¿Es lo que quieres?

—Lo que quiero es que no me vengas con estos absurdos ataques de celos.

—Pues si no se te pusiera esa cara al verlo, seguro que no me entraban.

—Déjame en paz, ya me has calentado bien por hoy.

—Pues muy bien, pero no me voy a callar porque a ti no te interese ver la realidad.

—¿De qué intereses me hablas? —pregunté encendiéndome de tal forma, que ya me conocía y, como siguiera, iba a explotar como una bomba atómica y no iba a ver Dios que me frenase.

—Sabes que tengo razón.

—No la tienes, *James* es un amigo y sí, le gastamos mil bromas de que lo vamos a violar, pero son bromas que siempre le gastamos, él está felizmente casado y a mí no me hace falta él, ni lo más mínimo.

—No entiendo esas bromas.

—Ni yo te entiendo a ti.

—Pues es lo que hay.

—Conmigo no te pongas chulo, que no sabes cómo me puedo enfadar.

—Pues ya estas tardando...

Cogí aire por no matarlo, se hizo un silencio durante el resto de camino y cuando llegamos me puse a cocinar, pasaba de decirle ni media, se había pasado tres pueblos y no me daba la gana, que me tratara como si algo sucediera, no me daba la gana de esos ataques de celos sin sentido.

Paul se quedó tomando una copa de vino en la terraza de fuera y charlando con su socio, yo preparé una pasta con un pan tipo *bruschetta* para acompañarla. Tenía un cabreo que me subía por las paredes.

Nos sentamos a comer en un silencio absoluto, la cara de *Paul* era de pocos amigos y la mía de que como me dijera lo más mínimo se armaba la de Dios y toda la corte celestial, así que mejor que no me provocara que íbamos a salir mal parados y es que yo me conocía y cuando se me iba la neurona no miraba para ningún lado y explotaba.

Recogimos la mesa y yo me senté a un lado del sofá a bichear un poco de las chicas de la tribu, comencé a reír a carcajadas mientras veía por el rabillo que *Paul*, me miraba con una cara de quererme matar, pero ese era su problema. Esos ataques de celos se le tenían que ir aflojando, no

tenía fundamento y menos con *James*, con el que llevábamos mucho tiempo con ese tipo de bromas.

Estuvimos toda la tarde en silencio, luego se puso a cocinar la cena y yo me di un baño, estaba enfadada, molesta, no entendía esos cambios de humor que le proporcionaba el que yo sonriera a otro hombre y es que no tenía sentido, ningún sentido.

Durante la cena más de lo mismo, absoluto silencio mientras veíamos las noticias en la tele y nos comíamos esos sándwiches que él había preparado y que, por cierto, estaban buenísimos.

Me daba a mí que el cabreo iba a ser para largo y que no me iba a perdonar tan fácilmente el que yo me hubiese defendido de esa manera y restado importancia a algo que a él le molestaba, pero ese era su problema y no el mío. No iba a andar preocupada por esas cosas y más, que era *James*, joder que era mucho tiempo conociéndolo y liándola parda.

Tras la cena nos quedamos uno en cada rincón del sofá, a cada cual más orgulloso, vimos una película que puso sin preguntar si me apetecía, pero bueno, yo me adaptaba a todo y la verdad es que me encantó, una preciosa historia de suspense donde el amor estaba presente en cada momento y es que había acertado de pleno, menos mal. Lo que me faltaba era estar enfada y comerme un pastelazo que me subiera la tensión y me hiciera explotar.

Nos fuimos a la cama y era para vernos, uno para cada lado, obvio que seguíamos en nuestros trece, ninguno pensaba dar el paso, yo porque no había hecho nada malo y él porque era un celoso empedernido que no aguantaba ni que me soplara el aire. En el fondo era bonito, peor joder, todo tenía un límite y él se estaba pasando, todo el día con esa cara de perro enfadado que no había cojones a cambiar, no es que yo hubiera hecho mucho por intentarlo, pero vamos, que ya le valía.

Me quedé dormida gracias a Dios porque se me pasaban unas cosas por la cabeza, que sabía que la iba a liar parda y tampoco era plan, así que lo mejor era dormir y ya veríamos cómo amanecería el día siguiente.

Capítulo 14



Sola en la cama, así me desperté...

Tras pasar por el aseo salí a mirar dónde estaba “don enfadado” y lo vi rápidamente, sentado en la mesa del jardín tomando un café.

Me preparé uno y salí afuera, ni buenos días ni leches por parte de ninguno, yo me senté en mi butaca y me puse a mirar al horizonte como él, más monos los dos...

Se levantó y yo me quedé ahí con mi taza, el cigarrillo y mi orgullo, para chulo *Paul*, chula yo, que para eso me llevé su enfado sin merecerlo.

Apareció con otros dos cafés y pan tostado con jamón cocido y queso.

Cogí una rebanada y el otro café, todo esto sin un “por ahí te pudras”, el silencio era nuestro aliado en ese momento y yo sabía que estaba muy enfadado, pero tenía la tranquilidad de que era porque a cabezón, no le ganaba nadie.

Me puse a escribirme con Luka por móvil contándole toda la papeleta y se moría de la risa, yo me aguantaba de reír con las cosas que me escribía por si *Paul* se encendía más al verme así.

Recogimos la mesa cuando acabamos y se puso a cocinar, yo me puse a barrer la casa cantando por Romeo Santos con los cascos del móvil y queriendo quitar hierro al asunto, que parecía que iban a volar cuchillos.

Aparecí por la cocina con los cascos para tomarme una lata de té frío.

—¿Quieres una? —le pregunté sin quitarme los cascos.

—Al menos ten la educación de quitarte esos chismes para hablarme —soltó con tono muy seco, y lo escuché pues había parado la música.

—¿Me vas a tocar el farol mucho tiempo? —pregunté de forma borde y maleducadamente sin pensarlo.

—Cuidado cómo me hablas.

—Mira, se acabó, ahora mismo recojo mis cosas y me llevas a mi casa.

—De la puerta no sales.

—Tú estás loco, ¿verdad? Yo me voy a donde me dé la real gana.

—O donde yo te lo permita...

—¡Vete a la mierda! —Le tiré una naranja que había en la cesta de la mesa y la esquivó.

—Vuelve a tirarme algo si eres capaz —dijo acercándose a mí y quitándose el casco del oído.

—¡Que no me toques!

—No lo haría jamás, solo te quité el casco, pero tú sí has intentado agredirme.

—¿Agredirte? Si te hubiera querido agredir no te tiro una naranja, te tiro el cesto directamente.

—No te pongas chula encima de todo.

—¿Pero tú de qué vas?

—No te pases...

—¡¡¡Me estás cabreando y me quiero ir a mi casa!!!

—No te vas a ir a ninguna parte —dijo bajando el fuego de la vitro de forma tranquila.

—Pues llamaré a un taxi.

—No vas a salir por la puerta.

—Mira *Paul* de los cojones, que ni tú ni nadie me va a decir a mí dónde puedo o no ir —me había ya puesto de una mala leche que, aunque me arrepintiera de esa casa iba a salir a la de ya.

Me levanté y fui a preparar las maletas, no tardó en aparecer y agarrarme sin apretar del brazo.

—Deja todo en su sitio, te he dicho que no vas a ninguna parte.

—Y yo te digo que voy a donde me dé la gana y pobre de ti como intentes...

Me acercó a él para besar mis labios, pero lo esquive, seguía entre sus brazos, pero alejando la cara para que no lo hiciera.

—Dame un beso... —decía con tono serio.

—Antes me corto las venas.

—Dame un beso...

—Te he dicho que no y quiero que me sueltes.

—O me das un beso o te meto en la cama.

—¿Me vas a follar sin querer?

—¿Quién dice que no quieras?

—Yo, te lo estoy... ¡*Paul!* —Me quitó la camiseta mientras me sujetaba y yo no sabía si darle una hostia, un beso, o una patada en los cojones.

—No vas a ir a ningún lado —me agarró de espaldas, se sentó en el butacón y me puso entre sus piernas, yo tenía ganas de reír, esa era la verdad, pero me estaba haciendo la dura y le estaba siguiendo el juego, sabía que, si yo quería parar eso, lo paraba enseguida. *Paul* no me iba a hacer nada que yo no quisiera—. Bájate la braga...

—Ni muerta —dije en tono chulesco.

Y me las quitó él, dejándome completamente desnuda.

—Tócate para mí...

—¿Qué dices? —ahí sí tuve que estallar de la risa, la verdad que el capullo me ponía de lo más cachonda.

—O te tocas para mí o te ato y hago lo que yo quiera.

—¿Con qué me vas a atar, con los cordones de tus zapatos? —solté una carcajada.

Me cogió en brazos en volandas con un solo brazo, sacó unas esposas de un cajón y me las puso, atándome a una barra que salía de una estantería de la pared.

—Pídeme perdón —dijo poniéndose delante de mí, sonriendo.

—¿Perdón? ¿Qué hice para tenerte que pedir perdón?

—Te quedas ahí atada como no me pidas perdón.

—Te llevas una hostia en cuanto me sueltes, que lo sepas.

Yo sabía que estaba jugueteando, no hacía nada para humillarme ni mucho menos, en el fondo no sabía cómo arreglar lo que estropeé el día anterior y se pensaba que intentando tener el control pues parecería más... ¡Yo qué sé! Lo único que sabía es que me encantaba.

—Pídeme perdón...

—No te lo voy a pedir, pero te juro que cuando me sueltes te va a faltar calle para correr.

—Pero antes lo mismo un orgasmo te relaja —se comenzó a echar gel en las manos.

—No me toques —advertí riendo y viendo cómo venía de nuevo hacia mí con su media sonrisa y la ceja arqueada.

—Dime que lo dejamos para siempre y no te pondré una mano encima, te dejaré ir.

—Yo digo lo que me salga de las narices, no lo que tú quieras —y una mierda le iba a decir eso, a mí que me tocara con esas manos que ya me estaban poniendo cachonda y aún ni me había rozado.

—Pues entonces... —Metió una entre mis piernas mientras se sentaba al borde de la cama y noté cómo dos de sus dedos iban entrando en mi interior.

—¡Paul! —grité riendo y casi gimiendo, ya me había puesto cachonda el tío, así no se podía.

—¿Quieres que pare?

—¡Una mierda! Quiero un completo —dije riendo, dejándome de caer en mis brazos atados y notando cómo jugueteaba por todo mi interior.

—¿Cómo de completo? —sonreía y sacó la mano, me desató y me tiró en la cama mientras yo negaba riendo.

—Eres tremendo, tío —dije mientras se echaba encima de mí y mordisqueaba mi labio.

—¿Piensas de verdad que te iba a dejar ir?

—¡No! —otra carcajada y sus dedos volvían a estar dentro de mí.

—¿Me amas?

—Más que a nada en el mundo, pero, joder —gemí—. No puedes enfadarte por tonterías.

—No me gusta ver cómo miras con esa sonrisa a otros hombres —mordisqueó mi pezón.

—No miro a nadie como lo hago contigo —dije con la respiración acelerada mientras sus dos dedos entraban y salían de mi humedad y tenía el dedo pulgar en la entrada de mi culo, esparciendo el gel mientras lo metía un poco y sacaba con cuidado.

—Cierra los ojos.

—Nooo —gemí.

—Cierra los ojos, confía en mí.

Los cerré y comencé a disfrutar de todo lo que me estaba haciendo, escuché que cogía algo de la mesita de noche y lo puso en mi culo, fue metiéndolo mientras yo me agarraba a las sábanas y chillaba de placer.

—¡¡¡*Paul!!!*

—No te contraigas, verás qué placentero.

Y entró, resoplé al notar esa presión y calor en mí, luego cogió un succionador y comenzó a apretar mi clítoris, mientras con la otra mano me penetraba con los dedos.

Chillé y me corrí en menos que canta un gallo, aquello me puso como una moto.

Sacó lo de detrás, esperó a que me repusiera mientras mordisqueaba mi barriga y luego me giró, me puso echada hacia delante, levantó mis caderas dejándome de rodillas y noté cómo ponía su pene en la entrada de mi culo.

—*Paul*, no voy a poder —dije agarrándome a las sábanas.

—Cuando me pidas yo paro...

Comenzó, poco a poco, a ir entrado y yo chillaba de placer, era una sensación extraña de explotar, y con cuidado entró.

—¿Estás bien?

—Me quiero morir —dije riendo sin querer moverme.

—Me voy a mover despacio, cuando no puedas me avisas.

—Vale, pero esta me las pagas.

—Por supuesto —carraspeó y comenzó a moverse con cuidado, poco a poco, eso fue cediendo y aunque era una sensación contradictoria, me fui relajando.

Lo hizo hasta correrse, luego salió con cuidado y me dijo que no me moviera, yo caí en la cama agotada y con la sensación de escozor.

Volvió abrió mis piernas, echó un *spray* en el interior de mi ano y luego puso una crema en la entrada.

Se tiró a mi lado abrazándome.

—De esta te mato, de esta te mato —dije riendo y negando.

Nos abrazamos los dos y nos miramos, nos queríamos un montón y ya el enfado quedaba atrás, además me había encantado cómo lo habíamos resuelto con ese juego, que me llevó a hacerlo por primera vez por detrás, pero es que con *Paul* todo era así, lleno de momentos de intensidad.

Desde ese momento los días fueron poco a poco pasando, al igual que las primeras semanas y cada vez estábamos más unidos.

Algunos días iba a una reunión y yo aprovechaba para ir a mi piso o visitar a Luka, eso sí, le tenía una tirria al mulato que no podía con ella y es que le provocaba unos celos de lo más fuerte.

Mi vida a su lado estaba siendo como un camino de rosas y yo solo deseaba con toda mi alma de

que aquello durara toda una eternidad...

Capítulo 15



Escuché un pajarillo cantando en la ventana, me espabilé y vi que estaba sola en la cama.

Tras una buena ducha y ponerme el chándal, fui al salón de donde me llegaba la voz de *Paul* y vi que estaba hablando por teléfono.

Sonreí, lo saludé con la mano y fui a la cocina a ponerme un café.

Me senté en la isla café en mano y entré a cotillear en el grupo de la tribu, eso era un vicio de verdad, de buena mañana ya estaba yo ahí oculta en las sombras. ¡Y lo que me gustaba!

Las niñas, como solían llamar los jefes a las chicas y entre ellas mismas, o los ángeles del infierno que a veces decía Janis porque allí todas eran unos angelitos, pero con un lado perversillo que molaba mucho, ya iban dando los buenos días con *post* de lo más variados, como siempre, desde una imagen tierna, a una foto de un hombre sexy.

Ahí cada uno sabía bien cómo sacarte una sonrisa, desde el “princesas” de Manu, pasando por el “preziosiotas” de Hugo o el “guapas del mundo mundial” de Dylan, igual que hacían en sus perfiles personales.

Vamos que, con esos escritores, escritoras y chicas de la tribu, entrabas a *Facebook* bajita de ánimos y salías con una sonrisa perenne que te duraba todo el día.

La noche anterior me terminé uno de los libros de Hugo, menudo salero tenía ese hombre, lo que me pude reír con la madre de la peluquera. Si esa mujer existiera de verdad muchas querríamos tenerla en nuestras vidas y poder decir eso de, ¡la madre que me parió!

Aún me faltaban muchos libros de todos ellos por leer, pero, poquito a poco, me pondría al día porque, como bien sabía, cada semana sacaba alguno de ellos uno nuevo.

Así tenían a las chicas, que cuando les daban una sorpresa con su “churumbel” en papel decían que necesitaban más estanterías.

Sarah, Aitor y Carlota serían mis próximas lecturas, y habría conocido a todos ellos.

—Buenos días, preciosa —*Paul* me rodeó por la cintura pegado a mi espalda, besándome el cuello.

—Buenos días.

—¿Otra vez en el grupo? —preguntó, y sin cortarse un pelo empezó a subir la pantalla de mi móvil, cotilleando.

—Ajá. Me gusta ver las locuras que ponen.

—¿Y tú? ¿Has comentado o algo?

—No, yo sigo en la sombra.

—Vamos, que eres una chismosa.

Empezó a reírse y me contagió a mí. Me acababa de llamar cotilla por toda la cara, vamos. Bueno, un poquito sí que lo era, pero no hacía daño a nadie.

Se sirvió un café y entre los dos preparamos unas tortitas para el desayuno y regresamos a la isla.

—Esta noche tengo un compromiso que no puedo eludir —me dijo.

—Ajá, vale.

—Tengo que ir a cenar con unos socios, pero en cuanto acabe vuelvo a casa.

—Bien, no pasa nada, tengo muchos libros para leer —sonreí y él también, además de negar con la cabeza.

Terminamos el desayuno y fuimos a la ciudad a hacer algo de compra, teníamos que reponer lo que íbamos agotando de la nevera y la despensa.

De camino en el coche, Luka me mandó un mensaje para saber qué tal estaba, le contesté que todo bien, le comenté que esa noche me quedaba sola porque él tenía una cena y no tardó en sacar su vena ordeno y mando.

Luka: *¡Ah, no! Esta noche te vienes conmigo que llevo días sin verte, chochona. Que te echo de menos, condenada. Y pensar que yo era el hombre de tu vida, aparte de mi querido Rafael, por supuesto.*

Andrea: *Lo que te gusta un drama, hijo mío, de verdad.*

Luka: *Pero, vamos a ver. ¿Tengo que recordarte lo que hablamos siempre? Que te escogí como la mamá de mis “babys”.*

Andrea: *Sí, sí, pero si yo no encontraba el amor, y mira tú por dónde...*

Luka: *Chochona con suerte, y el morenazo de Auxa más todavía, que me deja sin tus genes.*

Andrea: *Bueno, puedes adoptar que yo diré que eres muy buena gente y esas cosas.*

Luka: *¡Oh, gracias, todo poderosa Andrea! (nótese la ironía, cabrita) Bueno, qué, ¿te vienes a*

cenar conmigo esta noche? Y después nos vamos a tomar una copa, o dos, o tres...

Andrea: *Ahora te digo algo, pesado. Ni leer tranquila me vas a dejar ¿eh?*

Luka: *Mañana lees, en vez de hacer cochinadas con el moreno.*

Andrea: *Si te oyera decir eso...*

Luka: *En tal caso me leería. Va, preguntale a papá si te deja salir esta noche. Ni que tuvieras quince años, por favor.*

Andrea: *Quince no, bobo, pero me tendrá que dejar contigo y recogerme, que no estoy a cinco minutos de tu casa.*

Luka: *Señor, mándame paciencia...*

Empecé a reírme porque cuando Luka decía eso ponía una cara, con ojos en blanco incluidos, que era como si la estuviera viendo

—¿Qué pasa? —me preguntó *Paul*.

—Luka, que está loco.

—No es nuevo eso, ¿eh?

—Ya —reí—. Le he comentado que me quedo sola esta noche y me ha dicho que vaya a cenar con él y luego a tomarnos una copa.

—¿Has aceptado?

—Le he dicho que iba a preguntarte.

—Preciosa, que no soy tu padre —contestó riendo.

—Ya lo sé, otro como Luka. A ver, que me tendrías que llevar y después recogerme.

—Eso está hecho, así que dile a Luka que sí vas. Así no te quedas sola y aburrida en casa.

—Iba a leer —puse los ojos en blanco.

—Yo te acerco al restaurante, voy a mi cena y cuando acabe te llamo para que me digas dónde estáis y me uno a vosotros. ¿Te parece bien? —preguntó cogiéndome la mano para besarla.

—Sí, me parece perfecto.

Le mandé un mensaje a mi amigo para pedirle que me dijera sitio y hora que allí estaría esa noche, y contestó que me mandaba todo después, que ahora iba a reservar mesa.

Llegamos a la ciudad y antes de ir al super entramos a una cafetería. *Paul* recibió una llamada de trabajo y salió fuera a atenderla, así que yo aproveché para ver si Luka me había enviado el mensaje con la hora de la cena, y sí, ahí estaba.

Genial, pues ya me había cambiado mi pichilla loca los planes, de verdad...

Tras el café fuimos a hacer la compra y *Paul* volvió a llenar un carro hasta arriba, pero que metió de todo, ¿eh? Fruta, verduras, carne, pescado, bollos, galletas, chocolate, palomitas...

Yo miraba el carro y me daba la risa, ese hombre era peor que ir a comprar con niños pues a la que te descuidabas te habían metido una bolsa de chucherías y ni te enterabas hasta que llegabas a la caja.

Volvíamos a casa y después de colocarlo todo, preparamos unas verduras con carne para comer.

Por la tarde pusimos una película en el salón y allí nos acomodamos, calentitos con la chimenea, hasta que Paul empezó a jugar con mi pezón por encima de la tela. Lo miré de reojo y él seguía viendo la televisión como si nada, como si no estuviera ahí pasando el dedo o pellizcando.

—*Paul...* —le regañé.

—¿Humm?

¿Tendría morro? Encima se hacía el despistado, anda que no sabía él ni nada...

Ignoré sus dedos juguetones, pero por poco tiempo, porque en cuanto tuvo ocasión se colocó de lado, sin soltarme, sin dejar de pellizcar ese pezón y mientras me besaba y mordisqueaba el cuello, metió la mano bajo la ropa, me acarició la barriga y fue subiendo hasta alcanzar el otro pecho.

Así estuvo un rato, jugando con mis pezones hasta que me escuchó jadear y noté que sonreía pegado a mi cuello.

La mano con la que tocaba por encima de la tela la metió por el cuello de la ropa, y la otra fue bajándola hasta la cintura del pantalón, la metió por la braguita y ahí me di por perdida totalmente.

Con esos hábiles y expertos dedos que tenía, abrió mis pliegues y deslizó uno de ellos por el clítoris lentamente, de sobra sabía él cómo hacerlo para encenderme.

Cuando me penetró con él, no pude evitar mover las caderas mientras ladeaba la cabeza dejando más expuesto el cuello que él besaba y mordía.

Jadeé, gemí, me agarré a la manta y me limité a disfrutar.

Llevé la mano a la cintura de su pantalón, la metí y le acaricé la erección lo que hizo que me

ganara un mordisquito más fuerte, pero aquí podíamos jugar los dos, así que eso hice.

Sostuve su miembro en la mano y fui subiendo y bajando al mismo ritmo que él me penetraba y acariciaba.

Cuando él aumentó, yo lo hice también, y nuestros gemidos se entremezclaron hasta que ya no pude más y me alcanzó el orgasmo.

Paul me besó mientras aún lo tocaba a él, retiró la mano de mi más que húmedo y hinchido sexo y me pidió que parara.

Se levantó para cogerme en brazos, me llevó a la habitación donde me recostó en la cama y empezó a desnudarme.

Me separó las piernas, se arrodilló en medio y me observó detenidamente mientras me acariciaba los muslos.

Su mirada me solía poner nerviosa, pero cuando veía tanto deseo en ella, me excitaba.

Cogiéndome por las nalgas y levantándome el culo, me hizo colocar ambas piernas sobre sus hombros, llevó las manos por encima de mis muslos separando los pliegues de mi sexo, hundió el rostro en mi entrepierna y empezó a lamerme el clítoris sin parar. Iba rápido, lamiendo, mordiendo y metiendo la lengua en mi humedad. Yo arqueaba la espalda, movía las caderas en busca de esa boca que me enloquecía y gritaba.

Hasta que de nuevo ese más que conocido escalofrío me recorrió la espalda y me corrí, pero *Paul* no paró, no dejó de torturar mi clítoris una y otra vez.

Caí desfallecida en la cama, me dio un beso antes de apartarse, se levantó y tras desnudarse fue a por esos juguetitos que había usado antes conmigo.

Me pasó el huevo vibrador por los pezones y lo fue bajando hasta el clítoris, llevándolo una y otra vez sobre él, mientras yo gritaba.

Si seguía así, acabaría teniendo otro orgasmo en cuestión de minutos.

Lo bajó hasta la parte trasera y, sin meterlo, lo pasó por mi ano mientras me penetraba con el dedo en mi humedad.

—Ábrete para mí, preciosa —me pidió y eso hice.

Separé un poco más las piernas y con los dedos abrí mis pliegues. Cuando noté que me metía el huevo jadeé y me estremecí, lo metía y sacaba mientras vibraba, cada vez más rápido, y me volví a correr.

Paul sonreía, se inclinó para besarme el vientre y entonces cogió las bolas chinas que metió en mi interior mientras volvía a pasar el huevo por mi ano. Me pellizcaba los pezones, me mordía el interior de los muslos y cuando menos lo esperaba estaba atando mi clítoris otra vez, bien con los dientes, los dedos o el huevo.

Consiguió que me corriera otra vez y le pedí que parara.

—No voy a parar, y lo sabes —susurró en mi oído antes de besarme el cuello, cogermme por la cintura y hacer que me colocara boca abajo sobre la cama, apoyándome en los codos y las rodillas.

—Por favor, *Paul*.

—Por favor, ¿qué?

—Hazlo ya, hazlo —le pedí entre jadeos y algo sonrojada mientras él acariciaba mi ano despacio.

—Todavía no, preciosa.

Dejé caer la cabeza apoyando la frente en la cama y noté cómo me sacaba las bolas chinas.

Como se había quedado quieto me giré para mirarlo y lo encontré cubriendo un vibrador con uno de esos geles efecto calor, me guiñó un ojo con esa sonrisa de medio lado que no auguraba nada bueno y tras encenderlo me lo pasó por el clítoris, haciéndome dar unos gritos que en ese momento agradecía que no hubiera vecinos cerca.

Me lo metió de una sola vez y con cada penetración yo movía las caderas hacia atrás, yendo a su encuentro. Volví a notar el huevo vibrando en mi ano y aquello, mezclado con el gel y la vibración en mi interior, me hizo correrme mientras chillaba y me agarraba a las sábanas con fuerza.

Ni siquiera había acabado cuando noté la erección de *Paul* entrando hasta el fondo en mi interior, una embestida certera y empezó a penetrarme sin cesar, rápido y acompasado, sujetándome por las caderas mientras yo iba a su encuentro.

Los gemidos se entremezclaban con el sonido de nuestros cuerpos al chocar cuando se encontraban, y entonces lo noté, sentí que yo llegaba a ese orgasmo al tiempo que la erección de *Paul*, palpitaba y se hinchaba un poco más.

Me corrí y cuando *Paul* estaba a punto, salió de mí y lo hizo en su mano, otra vez.

Le miré, me dio un beso en la espalda y se levantó para ir al cuarto de baño. Acabé recostándome en la cama, exhausta, y lo siguiente que sentí fueron los brazos de *Paul* alrededor de mi cintura, tapándonos con las sábanas y tras un beso en el cuello me quedé dormida.

Me despertó un par de horas después, con el tiempo suficiente para darnos una ducha y arreglarnos.

Solo que en la ducha nos entretuvimos un poquito más de lo normal, ya que lo que empezó con él enjabonándome la espalda, acabó con mis manos en la pared, las suyas sujetando mis caderas, levantándolas hasta tenerme como quería y poder penetrarme desde atrás, hasta hacerme gritar de

placer de nuevo.

Lo vi arreglarse mientras me vestía, y me costaba no suspirar. *Paul* podría ser uno de esos protagonistas de anuncio en la que el modelo, o actor de turno, está vistiéndose antes de ponerse el caro reloj o el perfume que vende la marca en cuestión.

Sonreí al ver que se ponía los gemelos que le regalé las Navidades pasadas, me miró y al ver su guiño, me sonrojé.

Vaqueros pitillo, las botas altas de tacón que él me regaló, un jersey que dejaba el hombro al aire, una coleta alta, un poco de maquillaje y estaba lista.

—¿Vamos? —preguntó Paul.

Estaba más que acostumbrada a verlo con traje, pero es que él sentaba tan bien, lucía tan sexy, que era imposible no querer saltarle encima.

Me acerqué, le cogí las solapas de la chaqueta y lo besé mientras él me rodeaba la cintura con ambos brazos.

—Estoy por mandar a la mierda la cena y quedarme contigo en casa —murmuró con la frente pegada a la mía.

—Pero no puedes, es trabajo, así que...

—Cuando volvamos a casa, te voy a meter en esa cama y no voy a dejar que salgas hasta mañana a la hora de comer.

—Deseando estoy de que cumplas esa amenaza —volví a besarlo, me aparté y al pasar por su lado me dio un azote en el culo.

—La cumpliré, por supuesto que sí.

Salimos de casa y me llevó al restaurante donde me esperaba Luka. Por el camino no dejó de agarrarme la mano, besarla, acariciarme la mejilla y sonreír mientras me miraba.

—Te voy a echar de menos —me dijo.

—Y yo a ti.

Llegamos y bajó del coche para despedirme, me cogió la barbilla con dos dedos, me rodeó por la cintura con el otro brazo y me dio uno de esos besos que quieren dejar claro a quien esté mirando, que esos labios ya tienen dueño.

—Pásalo bien, preciosa. Te llamo cuando acabe, ¿ok?

—Vale. Te quiero.

—No más que yo.

—¡Por el amor de Dios, iros a un hotel! —Escuchamos gritar a Luka y los dos empezamos a reír.

—Adiós —un último beso y le vi subir al coche y marcharse.

—Hija, menudo beso. Me he puesto hasta cachondo, te lo juro —dijo Luka.

—Eres bruto con ganas, ¿eh? Anda, tira para dentro que traigo hambre.

—Mira mi niña, ni que no te alimentaras en casa de tu morenazo. Claro, que si pollatrón te da otro tipo de comidas que alimentan menos, pues...

—¿Quieres dejar de ser tan bestia? Si te escuchara tu madre...

—Esa buena mujer está curada de espanto.

—Lo que es, es una santa, porque aguantar hijo como tú.

—Mira, te voy a decir una cosita, tú con tantos polvos hasta me llevas ya un brillo más saludable en la cara. Fíjate, si hasta diría que te brilla más el pelo. Hija, a ti te pone el chulazo ese mirando a Puerto Rico, directamente, vamos. Chochona con suerte.

Reí y entré agarrada del brazo de Luka al restaurante, el camarero nos dio la bienvenida para después de comprobar nuestra reserva y llevarnos a la mesa.

—Te veo feliz, amor —me dijo cogiéndome la mano.

—Lo soy, Luka, lo soy. Este ha sido el mes más bonito de mi vida, te lo aseguro. Tengo la sensación de que *Paul* ha llegado para quedarse, no sé, creo que es el definitivo. Vamos, que le como mi para siempre —confesé.

—Pues mira, si eres feliz con ese morenazo, me alegro mucho, de verdad. Sobre todo, por ese pedazo de sonrisa que me llevas continuamente. Oye, un hermano o algo no tendrá, ¿verdad?

—Lo siento, pero no.

—Me vale un amigo —comentó quitando importancia al asunto con la mano, lo que me hizo reír.

Pedimos una botella de vino para la cena, y cuando nos la acabamos, pedimos una segunda.

No deberíamos beber tanto, pero el condenado Luka, había pedido un vino con un sabor dulce y afrutado que entraba solito, así que... así estábamos ya, un pelín contentillos.

Terminamos de cenar y cogimos un taxi para ir al local donde solíamos ir siempre, y es que la noche no había hecho más que empezar.

Capítulo 16



El local estaba lleno, como de costumbre, así que nos quedamos en la barra y Luka no tardó en pedir un mojito para cada uno.

La música te invitaba a bailar, aunque fuera ahí mismo sin ir a la pista de baile, así que, entre mojito y mojito, Luka y yo bailamos una canción tras otra.

«Nunca había sentido algo tan grande.

Y me vuelve loca tu lado salvaje.

Tú me has dado tanto, que he estado pensando.

Ya lo tengo todo, pero...»

—*¿Y el anillo pa' cuándo?* —me cantó Luka al oído, como hacía *JLo* en su canción.

Empecé a reírme y él conmigo, y es que tenía cada cosa.

—Chochona, ríete lo que quieras, pero con lo bien que te veo con el morenazo, cuando me descuide tienes anillaco en el dedo, hija.

—*¿Que dices!* —reí dándole un golpe en el hombro— Anda, anda, no me seas tonto que todavía no te pones la pamelita.

—*¡Oh, por favor! ¿Pamela yo? ¿Really?* Lo que tengo que aguantar...

—Ya sabes que el día que me case, si me caso, me haces el vestido tú, ¿verdad?

—¡Hombre, por favor! Solo faltaba que me dijeras que te vas a una tienda novias, sería para ahogarte con el velo, condenada.

—Anda, vamos a beber algo.

Pedimos y nos lo tomamos tranquilamente en la barra.

Lo malo de que allí nos conocieran, era que como Luka me llamaba alguna que otra vez su pequeña puertorriqueña, y decía que me parecía a *Jennifer López*, pues solían poner alguna que otra canción de ella y el muy cabrito me llevaba a la pista de baile a que me luciera con él.

Y ahí estábamos los dos mientras sonaba su canción “*Amor, amor, amor*”, esa que cantaba a dúo con *Wisin*.

«No sé qué me pasa, pero cuando me abraza, con su fuego me traspasa...»

Luka tenía ambas manos en mis caderas, bien pegada a él, rozándome con su entrepierna en el culo. Que él sería gay, pero los bailecitos que nos pegábamos aquí subían la temperatura del local y la del personal que daba gusto.

Le pasé el brazo por el cuello y él llevó una de las manos a mi vientre, dejándolo ahí para moverme a su antojo, hasta que me soltó y empecé a moverme a su alrededor.

Puse la mano en el hombro y mientras caminaba por su espalda y él me seguía con la mirada, seguí llevándola por su espalda, me paré delante y con ambas manos en su pecho fui bajando con movimientos de caderas incluido. Me levanté de nuevo y pegando el culo a su entrepierna, me incliné hacia delante dejando que la coleta se moviera y al volver a incorporarme Luka me cogió por la cintura para levantarme y girar conmigo.

En cuanto acabó la canción fuimos a tomar otra copa, necesitaba sentarme un poco, así que uno de

los chicos que había en la barra me cedió el taburete y se lo agradecí.

—Chochona, echaba de menos nuestros bailes —me dijo colocándose entre mis piernas y dándome un piquito en los labios.

No se podía tomar como algo más allá de una muestra de cariño pues él, tenía muy, pero que muy clara su sexualidad, aunque reconozco que, si no fuera gay, estoy segura que alguna vez habría caído en la tentación y me habría dejado arrastrar por él hasta su cama.

Sí, es que mi amigo estaba bastante buenorro que dicen ahora.

—Luka —escuché que lo llamaban y era *Max*, uno de los chicos de la barra—. Esto es de parte de aquel chico de allí.

Luka y yo miramos y vimos a un hombre de cuarenta años, rubio, ojos azul oscuro, vestido con vaqueros y camisa que nos sonreía.

—¿Para mí? —preguntó mi amigo.

—Sí, para ti.

—¡Anda ya! Ese te ha dicho que es para Andrea, te has equivocado.

—Que no, joder, que todavía no estoy sordo —dijo *Max* y se fue a seguir sirviendo.

—¡Pichilla loca que has ligado!

—Me cago en tu vida, chochona. Que a mí no se me nota la pluma —me dijo mirándome con los ojos muy abiertos.

—Pues hijo, yo qué sé.

—Venga, anda, ve y dile que, si es para ti que gracias, pero tienes pareja, corre.

—Ve tú, ¿no te jode? Que la copa era para ti. A mí no me han puesto nada —dije señalando lo evidente.

—¡Ay la leche! —Luka se giró, dando la espalda al rubio en cuestión, y juro que lo vi hasta nervioso.

Empezó a sonar la música de la canción *Dímelo*, de *Marc Anthony*, y me llevé de nuevo a Luka a la pista para quitarle el susto porque había ligado.

A ver, que no sabía de qué se sorprendía si era algo normal, pero en su defensa diré que el rubio estaba bastante bien, la verdad.

«*La gente anda diciendo por ahí, que tú quisieras acercarte a mí...*»

Sonreí porque en cuanto escuchamos esa primera frase de la canción, los dos miramos al rubio de la barra y nos guiñó un ojo.

—Luka, me da a mí que ese guapetón quería verte bailar, aparte de mandarte un mensaje cifrado con esta canción —dije mientras bailábamos juntos.

Él bufó, me soltó cogiéndome la mano y haciéndome girar.

Yo seguí los pasos que mi amigo me indicaba, pero de vez en cuando miraba hacia el rubio y lo veía sonreír sin quitarle los ojos de encima a Luka.

En cuanto acabó la canción volvimos a la barra y seguimos bebiendo ante la atenta mirada del pretendiente de Luka, que volvió a enviarle una copa.

—Joder, me estoy poniendo celosa, que lo sepas —dije riendo y Luka, me miró horrorizado.

—¿Qué dices, loca! Si ese tío no fuera gay te estaría mandando las copas a ti.

En ese momento vi que *James*, el mulato de nuestro edificio, entraba solo en el local, y no tenía muy buena cara que digamos.

—¡Hola! —saludé cuando llegó a nuestro lado.

—Hola, chicos.

—¿Y tú mujercita? —le preguntó Luka.

—En casa, hemos tenido una bronca, he salido de casa a tomar aire y necesitaba un trago.

—¿Qué me estás contando! —gritó Luka sentándose— Pero, ¿qué ha pasado?

—Nada, cosas de pareja. ¡*Max!* —llamó al camarero y cuando lo vio le pidió tres mojitos.

—*James*, ¿estás bien? —Le pasé la mano por la espalda, y él asintió, pero se le veía triste.

Ese hombre adoraba a su mujer, la quería más que a nada en el mundo, así que me costaba aceptar que hubieran discutido, pero claro, como él había dicho, eran cosas de pareja.

Nos tomamos los mojitos con *James*, que acabó estando de acuerdo conmigo cuando le contamos lo del pretendiente de Luka.

—No pierdas la oportunidad, ve a darle las gracias por las copas y si te interesa el rubio... ya sabes —le dijo *James*.

—Si acaba siendo un asesino en serie, os juro que vuelvo del más allá para mataros de un susto
—contestó antes de acabarse la copa de un trago, dejarla sobre la barra con un golpe y alejarse de nosotros para ir a hablar con el hombre que no le quitaba ojo.

Vimos a Luka hablando un rato con el rubio y la verdad es que parecía que se estaban entendiendo bien.

—No es un asesino en serie —dijo *James* y empezamos a reírnos.

Un rato después los vimos despedirse y Luka regresó con nosotros. Cuando el rubio salió por la puerta miré a mi amigo y estaba sonriendo.

—No te va a descuartizar, ¿verdad? —le dije.

—No —contestó riendo.

Seguimos bebiendo y yo ya me notaba algo perjudicada, la verdad, pero con tanto baile no parecía que la cosa fuera a ser muy grave, más que nada porque el alcohol que entraba en mi cuerpo lo sudaba.

Luka no hacía más que insinuarse a *James*, que reía con sus tonterías, pero sin hacerle mucho caso.

Vamos, que el bombón de chocolate no iba a caer en las garras del cubano por mucho que este insistiera.

Recibí un mensaje de *Paul* que me decía que estaba terminando la cena, que en media hora más o menos estaría conmigo, le pasé la ubicación y sonreí. Al verme, Luka me preguntó de qué me reía, le dije que *Paul* iba a venir pronto y él me guiñó un ojo.

James seguía pensativo, bebiendo, y con una cara que no le había visto antes.

—Le voy a gastar luego una bromita a *James* —dije levantando las cejas un par de veces y Luka sonrió.

En ese momento Ricky Martin resonó por el local con su *Drop it on me* y Luka no tardó ni un segundo en cogernos a *James* y a mí, para que bailáramos con él.

«*Muévete duro, muévete duro.*

Muévete duro, hey hey.

Tonight, it's a special night, to get you by my side.

I've been waiting all week long to get it on with you.

Sometimes we hit the floor, dance like we never did before.

I'm going to put it on you Boricua style...»

Me fueron pasando de uno a otro, que me pegaban a ellos moviéndome las caderas, se rozaban conmigo e incluso hicimos un *sándwich* bailando.

Nos vimos rodeados por todo el mundo en un momento dado, me alejé de ellos y fui bailando a pasitos cortos y con movimientos de cadera hasta Luka, le di la espalda pegándome a él y movimos las caderas al mismo ritmo. Me cogió de la mano, me hizo mirarlo y después me lanzó hasta *James*, que no me esperaba tan pronto, me cogió por las caderas y nuestras bocas se encontraron en un breve pico que hizo que me sonrojara, pero es que juro que le vi los mofletes igual de rojos que dos tomates al mulato.

—¡Andrea! —Escuché que me llamaba Luka y al girarme vi que *Paul* estaba a solo unos pasos de mi amigo.

Me miraba fijamente y se le veía con la mandíbula apretada. Había pensado lo que no era, sin duda alguna, y ahora tendría que explicarme.

Negó con la cabeza al tiempo que cerraba los ojos, se dio la vuelta y salió del local.

Reaccioné, fui tras él, pero cuando salí a la calle no le vi por ningún lado, era como si se hubiera esfumado.

Sentí las lágrimas queriendo salir, traté de controlarlas, de verdad que sí, pero no pude.

Empecé a llorar y para colmo de mi mala suerte, comenzó a llover, pero con una fuerza que parecía que se hubiese puesto el cielo en ese momento de acuerdo con mi llanto.

Caí de rodillas al suelo, tapándome la cara con ambas manos, y dejé que el agua me empapara por completo.

—¡Andrea, por el amor de Dios! —gritó Luka, cogiéndome en brazos.

—Se ha ido, Luka —dije sin dejar de llorar—. Se ha ido.

—¡Ay, mi niña! Ya, no llores, por favor.

—Ni siquiera ha esperado a que le cuente lo que ha pasado.

—Mira, eso me suena —comentó.

—¿El qué?

—Nada, cochona. Vamos dentro a por las cosas y nos marchamos a casa.

—No me va a abrir la puerta —seguí llorando mientras me llevaba dentro del local.

—Me refería a tu casa, hija, no a la suya. Que no pensaba llevarte allí para que forméis entre los dos la tercera guerra mundial.

Entramos y *James* vino hasta nosotros.

—Andrea, estás empapada.

—El morenazo, que se ha ido —dijo Luka, encogiéndose de hombros.

—Venga, que os llevo a casa.

James me ayudó a ponerme el abrigo y me cogió en brazos como si fuera una niña pequeña, le rodeé el cuello y apoyé la cabeza en su hombro.

—Se ha enfadado por lo que ha visto —sollocé.

—Bueno, mañana se le habrá pasado, ya verás pequeña.

—No, sé que no. Le conozco *James*, no me hablará en un par de días.

—Pues él se lo pierde —me dijo antes de darme un beso en la frente.

James caminó deprisa bajo la lluvia llevándome en brazos hasta su coche, me metió en la parte de atrás y Luka se sentó delante con él.

Durante el camino a nuestro edificio reinó el silencio en el interior de ese espacio, nadie dijo una sola palabra, y lo único que se escuchaban eran mis sollozos.

Quise llamarlo, pero no me atreví, sabía que no me cogería el teléfono.

Cuando llegamos, Luka me cogió en brazos para subirme a mi apartamento, menos mal que siempre llevaba las llaves en el bolso, porque de lo contrario, me veía durmiendo en casa de mi

amigo.

Que sé que a él no le habría importado, pero yo quería estar sola, sabía que me pasaría la noche llorando y lo último que necesitaba era que Luka no pegara ojo por mi culpa.

—Vamos a darte una ducha caliente, ¿de acuerdo? —dijo Luka dejándome en la habitación.

Entró en el cuarto de baño para poner el agua a la temperatura adecuada y mientras me quité la ropa que estaba completamente empapada.

—Tú también te has mojado —murmuré cuando vino a por mí.

—No pasa nada, en casa me seco. Venga, entra a la ducha, cariño.

Asentí y me metí bajo el agua caliente. No era la primera vez que Luka me veía desnuda, y no me sentía incómoda puesto que él, no me miraba con ojos de hombre, o sea, sí, pero no, ya me entendéis... No había deseo en su mirada cuando me veía como mi madre me trajo al mundo.

Mientras yo me duchaba Luka fue a prepararme un té, y cuando salí de mi habitación me estaba esperando en la cocina tomándose otro él.

—¿Más tranquila? —preguntó.

—Sí —contesté, pero no, no lo estaba, solo que tenía que mentirle o no se marcharía, y yo quería estar sola.

—Vete a la cama y abrigate bien, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Mañana vendré temprano, y me da igual si no apareces como conectada en tu estado, ¿estamos? Yo vengo cuando me dé la gana que para eso soy tu mejor amigo.

—Está bien. Buenas noches, Luka. Y gracias.

—Anda, tonta, si sabes que siempre estoy. Buenas noches, descansa —me besó en la frente y se marchó.

Cuando me quedé sola, rompí a llorar otra vez. Me fui al ventanal a contemplar la ciudad cubierta por la lluvia. Las gotas se agolpaban en el cristal y en el reflejo era como si fueran mis propias lágrimas.

Cogí el teléfono y me quedé mirando el nombre de *Paul*, lo que me parecieron unos interminables minutos, pensando si llamarle o no.

Quería hacerlo, necesitaba hablar con él y decirle que no había sido más que un accidente. ¿Cómo podría pensar que me besaría con otro hombre sabiendo que él venía de camino?

Es que eso no entraba en cabeza de nadie, o al menos yo lo veía así.

Contemplé la lluvia por última vez, miré la hora en el móvil y me fui a la cama. No iba a dormir, lo sabía, pero tenía que intentarlo.

Cerré los ojos y lloré hasta que el cansancio me venció, y solo un nombre salió de mis labios antes de quedarme dormida.

—*Paul...*

Capítulo 17



Escuché el timbre y me levanté. No había dormido apenas nada, estaba agotada y me había pasado una hora llorando en la cama sin querer levantarme.

Imaginé que era Luka así que ni me esmeré en que pareciera que no había llorado, porque él ya lo sabía.

Abrí la puerta y me quedé paralizada cuando vi allí plantados a dos chicos de una empresa de mensajería.

—Buenos días, traemos estas maletas de parte del señor *Paul*...

—¿Cómo? —ni siquiera le dejé acabar. Grité de tal modo que el chico que estaba hablando levantó la cabeza del papel que tenía en la mano y me miró con los ojos muy abiertos.

—Nos han dicho que son sus pertenencias, señorita, y que debíamos entregárselas en esta dirección.

Asentí mientras me caían las lágrimas por las mejillas. Firmé el papel que me tendió el chico y ahí dejaron mis maletas y la caja con todos los libros de los escritores de la tribu, que él me había regalado tras pedirlos y que los llevaran a su casa.

Lo metí todo como pude y cerré la puerta, cogí el teléfono y lo llamé. Una cosa era que se hubiera enfadado por lo que parecía que había pasado, y otra distinta que mandara mis cosas de vuelta.

No pude hablar con él, porque me había bloqueado. Lloré aún más fuerte y me metí en el *Facebook*, imposible verlo, también bloqueada.

—No puede ser... —murmuré entre lágrimas.

No me podía creer que me hubiera hecho eso sin dejar que me explicara, me había mandado a la mierda y sin siquiera molestarse en decírmelo a la cara, se había limitado a devolverme mis cosas y bloquearme.

Lloré y grité hasta que me dolió la garganta. Luka empezó a llamar al timbre de manera insistente y cuando le abrí no hizo falta que le explicara nada, vio mis cosas en la entrada y me abrazó.

—Cariño, lo siento —me dijo dejándome un beso en la frente.

—Me lo ha devuelto todo, me ha sacado de su vida, Luka, me ha dejado...

—Esto... No te enfades conmigo por lo que te voy a decir, ¿vale? Pero es lo mismo que hiciste tú.

—¿Qué?

—Andrea, el día que escuchaste esa noticia en la televisión, ¿qué hiciste? —preguntó.

Y entonces lo entendí. Yo había dado por hecho que él me había engañado, que estaba con otra mujer y esperaban un hijo. No le escuché cuando le llamé, no le di tiempo a que se explicara, simplemente le bloqueé, hice el equipaje y me marché.

Lejos, me fui lejos, dejándole fuera de mi vida por completo, pero él no podía irse, tenía aquí a su familia, su trabajo, su vida.

Luka preparó café y me obligó a tomarlo tranquila, pero no podía dejar de llorar.

Necesitaba que *Paul* me escuchara, tenía que darme la oportunidad de hablar con él y explicarle que no era lo que pensaba, que jamás habría besado a *James*. Ni a él, ni a ningún otro hombre.

Tenía que verlo, eso iba a hacer, ir a buscarlo a su casa para hablar tranquilamente.

—Voy a ir a verlo —dije secándome las mejillas.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Luka.

—No, pero él me buscó a mí, ¿no? Pues ahora me toca a mí ir a su casa. Tengo que hacerle ver que no es lo que piensa.

—Claro, así en tu estado de nervios va a ir. Y yo te voy a dejar.

—Luka...

—Ni Luka, ni leches. Te quedas aquí en casita al menos esta mañana, después, ya veremos lo que hacemos. ¿Me has oído?

—Sí.

—Andrea, te lo digo en serio, quédate aquí hasta que yo vuelva, después te acompaño, ¿de acuerdo?

—Vale.

Terminamos el café y en cuanto mi amigo salió por la puerta, me metí en la ducha, me puse un chándal y salí de casa.

—Andrea, dime que vas a por pan, comida o lo que sea, menos a casa de *Paul* —me dijo *James*

en cuanto salí del ascensor.

Joder, menudo guardián me había puesto Luka, la madre que lo parió.

—Sí, sí, no —contesté con una sonrisa de dientes blancos y perfectos.

—¿Eso qué significa?

—Que voy a por pan, comida y no a casa de *Paul*.

—¿En serio piensas que me voy a creer lo que me acabas de decir? Luka me matará si se entera que te dejo salir por esa puerta.

—Vamos, *James*, por el amor de Dios. Sabes que tengo que ir. ¿Dejarías que tu mujer pensara que nos estábamos besando?

Sabía que acababa de dar en el clavo con esa respuesta. *James* abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.

Miró hacia el mostrador cerró los ojos al tiempo que negaba, soltaba el aire, y entonces...

—Más vale que cuando vuelvas traigas comida, porque si Luka vuelve antes que tú, aseguraré que no te he visto salir de ese ascensor en todo el día, y que, si lo has hecho, ha debido ser cuando entraba al baño, sea la hora que sea a la que Luka vuelve.

—Hecho. Gracias, *James*.

Salí del portal corriendo, paré un taxi y le di la dirección de la casa de *Paul*.

En el camino volví a llamarlo, pero seguía teniéndome bloqueada. Intenté de todas las maneras

que imaginé mirar su *Facebook* y poder ponerme en contacto con él así, pero fue inútil.

Busqué el teléfono de sus oficinas en *Internet*, di con él y lo guardé, era mejor tener esa otra opción por si no quería atenderme en su casa.

Cuando llegamos le pedí al taxista que me dejara un poco antes de la entrada.

Caminé hasta la verja y llamé al timbre, pero no contestaba. Tenía que estar puesto que había mandado todas mis cosas a casa. Así que insistí, llamé una y otra vez hasta que media hora después comprendí que no estaba, o en caso contrario, es que no pensaba abrirme.

Pedí un taxi y me fui de allí con los ojos llenos de lágrimas. Desde luego me quedaba claro que estaba actuando del mismo modo que yo lo hice en su momento, cuatro meses atrás.

Regresé a la ciudad y antes de ir a mi edificio pasé a comprar pan y algunos bollos. Cuando entré al portal *James* me miró con una pena que hasta me molestó.

—No me mires así, te lo pido por favor —dije.

—¿Y cómo tengo que mirarte, Andrea?

—Como siempre, con tu sonrisa, esa que pones cuando te digo alguna de mis locuras.

—Si no fuera por mi culpa, no estarías así.

—No, no es tu culpa. Fue un malentendido y nada más. Llamémoslo un cúmulo de mala suerte.

Dejé sobre el mostrador el pequeño paquete que había comprado en la pastelería para él y subí a mi apartamento.

Luka no había vuelto porque de ser así me lo habría dicho *James*, así que, tras guardar mis caprichos, me recosté en el sofá tapándome con la manta y entré en el grupo de la tribu, necesitaba

que las niñas me subieran el ánimo un poquito.

Y lo hacían, sin ser conscientes de ello, me sacaban la sonrisa y más de una carcajada entre todas, igual que los jefecitos y jefecitas, como a veces se llamaban a los autores.

Pero como se suele decir, la alegría dura muy poco en la casa del pobre, y tras ese chute de buen rollo que recibí con los *posts* y comentarios del grupo, decidí llamar a las oficinas de *Paul*.

—Auxa, buenos días, le atiende *Marjorie*, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, buenos días, *Marjorie*. Quería hablar con el dueño, por favor.

—¿Quién le llama? —preguntó.

—Soy Andrea, él me conoce.

—Lo siento, pero en estos momentos no se encuentra en las oficinas. Si quiere volver a llamarle, por la tarde pasará a firmar unos documentos —me informó.

—Claro, sí, volveré a llamar. Muchas gracias.

Colgué y me dejé caer en el sofá, llorando porque no había manera de hablar con él.

Me preparé una ensalada para comer, apenas tenía hambre y no es que me encontrara muy bien, estaba cansada, y me empezaba a doler la cabeza. Una pastilla para esas ocasiones y en unas horas estaría como nueva.

Volví al sofá, para tumbarme y taparme con la manta, puse una película y acabé quedándome dormida.

Los golpes en la puerta me despertaron, sabía que era Luka. Abrí y ahí estaba mi amigo, que me dio un abrazo nada más verme.

—Vaya carita tienes. ¿Has comido?

—Sí, una ensalada. Es que me quedé dormida en el sofá y acabas de despertarme.

—Bueno, vamos a tomarnos un café.

—Hay bollitos en la nevera.

—¿Has salido? —preguntó mirándome con el ceño fruncido, queriendo saber más.

—Solo a la panadería.

Luka asintió y fue a la cocina a preparar la merienda, que por la hora que era, el café de después de comer no íbamos a tomarnos.

Aproveché para llamar a las oficinas de *Paul*, y volvió a atenderme *Marjorie*, por lo que supuse que tal vez era su secretaria, pero me dijo que había estado por allí y se fue enseguida.

Le di las gracias y colgué, dejando el móvil sobre la mesa. No iba a conseguir hablar con él por más que lo intentara, así que no me quedaba más opción que volver a ir a su casa al día siguiente y si no lo encontraba, pasaría por el apartamento.

—Aquí tienes, cariño. No te veo buena cara, ¿eh?

—Estoy cansada, igual estoy incubando un resfriado.

—Normal, con la que nos cayó encima anoche. Pensé que se acababa el mundo.

—Qué exagerado, de verdad.

Di un sorbo al café, cogí uno de los bollos y los saboreé, pero no me estaban sentando muy bien que digamos, así que terminé el café de un trago y volví a tumbarme en el sofá, esta vez apoyando la cabeza en las piernas de Luka, que empezó a acariciarme el pelo y finalmente me quedé dormida.

Me despertó un par de horas después, con un plato de sopa esperándome sobre la mesa que había delante del sofá. Fue tomármelo y encontrarme algo mejor, pero no como para irme a bailar bachata.

Se marchó poco después así que me fui a la cama, a la mañana siguiente saldría temprano para ir otra vez a su casa, necesitaba hablar con él.

Y ahí estaba, esa segunda mañana tras la noche en que él salió sin dejarme explicarle nada.

Salí de casa en cuanto me tomé el café con Luka, le hice creer que me iba a quedar en casa como una niña buena y obediente. Desde luego después de todo lo que estaba mintiendo, veía que acababa en el infierno y con el fantasma de mi madre persiguiéndome por ahí abajo para echarme la bronca.

Como el día anterior, *James* se hizo el despistado en caso de que Luka llegara antes que yo, cogí un taxi y llegué hasta la casa.

Me quedé ahí plantada llamando sin obtener respuesta, sin que abriera y siquiera decidiera salir para mandarme a la mierda.

Hasta eso habría agradecido en aquel momento, pero estaba claro que no quería verme.

Pedí un taxi para que me llevara a su apartamento, pero cuando entré el portero del edificio me

dijo que *Paul* no estaba.

Podría ir a las oficinas, plantarme allí y hacer que me escuchara, pero no quería montar un número en su trabajo, era un empresario de éxito y respetado por sus empleados así que... volví a casa.

A *James* le llevé un café y un *donut*, me pidió que sonriera y juro que me esforcé en poner la cara que siempre lucía, pero fue imposible.

De vuelta en mi apartamento, me preparé un té que tomé junto al ventanal, contemplando las increíbles vistas que me regalaba la ciudad.

Podría haberme hecho una foto, subirla a mi *Facebook* y dejar constancia de lo mal que me encontraba a hora mismo, pero es que no tenía ni fuerzas para eso.

Entré al grupo y de nuevo ese chute a ánimo y energía que necesitaba. Todas esas personas no eran conscientes de lo mucho que me ayudaban ahora que era cuando más necesitaba volver a sonreír.

Cogí aire respirando profundamente, me senté en el sofá y llamé a las oficinas de *Paul*.

—Hola, *Marjorie*, soy *Andrea*. ¿Podría hablar con *Paul*? —pregunté después de escuchar su saludo.

—*Andrea*, yo... Lo siento, pero me ha pedido que te diga que no vuelvas a llamarlo. De verdad que lo siento.

Ni siquiera colgué la llamada, tan solo sentí cómo el móvil se me caía al suelo y empecé a llorar, recostándome en el sofá echa un ovillo.

Ni sé las horas que pasé ahí, queriendo poder volver atrás en el tiempo y no salir esa noche. ¿Por qué mierda no me quedé en su casa leyendo como era el plan inicial? Eso es lo que tendría que haber hecho o, en su defecto, pedirle a *Luka* que viniera a cenar a casa.

Luka, él tenía la culpa de todo. Maldito cubano...

Me levanté llorando y llena de rabia, abrí la puerta de mi apartamento y aporreé la suya gritándole que abriera, llamé al timbre queriendo fundirlo y al final me abrió, envuelto en una toalla y con pinta de acabar de salir de la ducha.

—¡Hija, para ya, que me dejas sin timbre ni puerta! —dijo levantando las manos.

—¡Te odio! —grité dándole un empujón que, al no esperarse, hizo que diera un par de pasos hacia atrás y entré en el apartamento— Es por tu culpa. ¡Paul me ha dejado por tu culpa!

—Pero, ¿qué dices? ¿Es que te has vuelto loca? ¡Si yo no hice nada!

—¡Sí lo hiciste! Decirme que fuera a cenar contigo, y a tomar una copa después. ¿No te das cuenta que si no fuera por eso *Paul* seguiría conmigo?

—¡Ay la virgen! Ahora la culpa es mía, ¡toma ya! Ni que hubiese sido yo quien te besó la otra noche, ¡no te jode! ¡Que le plantaste un beso a *James* en todos los morros, condenada!

—¡¡No fue a propósito!! Me soltaste, no me lo esperaba y chocamos ¡Chocamos, maldita sea! — me iba a quedar afónica de tanto gritar y encima llorando como estaba.

—Mira, si ese hombre tuviera dos dedos de frente, se tendría que haber esperado a que le aclararas lo que vio o creía haber visto, pero, ¡No me echas a mí la culpa!

—¡Es que es tu culpa!

—¡Lo que me faltaba por oír! No, si al final resulta que hasta seré culpable porque le debí dar el veneno también a Julieta para que fingiera su muerte, y el cuchillo con el que se mató Romeo y luego ella.

—¡No me seas sarcástico que esto es serio! —grité, llorando desconsolada.

—¡Ya tanto que lo es! ¿No te das cuenta que estás culpándome de algo que no hice? Te pedí que salieras a cenar conmigo porque te echaba de menos, sí, y porque no quería que te quedaras sola en casa mientras él estaba fuera. Andrea, te quiero como si fueras mi hermana, y solo quería que tuvieras una noche divertida como las que solíamos tener. Lo siento, de verdad que lamento que todo acabara así de mal, pero no me culpes, por favor no lo hagas.

No pude seguir hablando, así que me giré y salí de su apartamento dando un portazo, el mismo que di en el mío cuando entré.

Me tiré en el sofá, llorando, maldiciéndome por haber salido aquella noche.

Estaba mal, como aquellos primeros días que pasé en Puerto Rico después de ver esa noticia, una que resultó ser falsa.

No tenía ganas de nada, ni siquiera de comer y eso que no había probado bocado desde el desayuno.

En ese momento sonó mi teléfono, pensé que sería *Paul*, que se arrepentía de haberme devuelto mis cosas, de no abrir la puerta de casa y de pedirle a su secretaria que me mandara a la mierda educadamente, pero no era él, sino mi madre.

No podía hablar con ella en ese momento, me notaría triste y era lo último que quería. Ella querría estar cerca para consolarme y no era posible, así que silencié el teléfono y dejé que el ruido de la vibración siguiera hasta que paró de llamar.

Había vuelto a quedarme dormida en el sofá, tanto llorar era lo que tenía, que me dejaba agotada y con un dolor de cabeza terrible.

Preparé una taza de té y una pastilla que tomé antes de darme una ducha rápida y meterme en la cama.

Sabía que no iba a dormir, que estaría horas dando vueltas, pero mejor eso que al menos estaría calentita tapada con las sábanas, que no en el sofá que hasta me había destemplado un poco.

Cogí el móvil, entré en *Facebook*, miré si me había desbloqueado, pero todo seguía igual. Se terminó lo bonito que vivimos tras ese perdón que ambos nos dimos. Se acabó, todo se había acabado antes de empezar, como la primera vez.

Me recosté mirando hacia la ventana, contemplando la luz de la luna que entraba por ella y recordé las noches que había visto esa misma luna en compañía de *Paul*.

Cerré los ojos llorando de nuevo y necesitando que me abrazara, que se pegara a mi espalda como hacía cuando nos acostábamos, o cuando terminaba de hacerme el amor, pero no estaba.

Era mi cuerpo el único que ocupaba esa cama que, sin su presencia, me parecía tan fría.

No tenía muchas más opciones para hablar con él, pero agotaría cada cartucho que hubiera en la recámara de ideas. Algo se me tendría que ocurrir, algo tendría que haber para que pudiera acercarme a él y decirle que no había, ni habrá, nunca otro hombre en mi vida.

Capítulo 18



Al incorporarme en la cama esa mañana noté un mareo que me dio hasta náuseas. Fue poner un pie en el suelo, y tener que salir corriendo al cuarto de baño donde vomité lo poco que había comido el día anterior.

Me sentía fatal, me costaba mantenerme en pie sin marearme ni tener que agarrarme a la pared.

Llegué a la cama a duras penas y me recosté, pero por poco tiempo pues de nuevo me entraron las ganas de vomitar y otra vez corriendo al baño.

Me lavé la cara y mojé el cuello para ver si así me calmaba un poco, pero seguía mareada y con el estómago revuelto.

Pues nada, que me había cogido un resfriado por la lluvia de la otra noche.

Fui a la cocina a prepararme un té que me asentara el estómago, pero seguía mareada y llegar hasta allí fue lo más parecido a atravesar un laberinto. El recorrido era corto, pero se me hizo eterno.

Cogí la taza para ir a sentarme en el sofá, apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos tratando de que se me pasara el mareo, pero no había surtido efecto, en cuanto me incorporé para tomarme el té, sentí que se me movía el apartamento entero y tuve que volver a correr hasta el baño.

Eso no era normal, me estaba vaciando por completo y no tenía tanta comida en el estómago como para ser la mismísima *Regan MacNeil* en la película *El exorcista*.

Solo tenía una persona a la que pedir ayuda en ese momento, y esperaba que estuviera en casa o, al menos, que me cogiera el teléfono y viniera a buscarme para llevarme al médico si estaba trabajando.

—Dígame —contestó en tono seco, estaba enfadado y dolido, por lo que le había dicho el día anterior.

—Luka...

—¿Qué te pasa, Andrea? —preguntó preocupado en cuanto escuchó mi voz.

—No lo sé, no... no me encuentro bien.

—¿Dónde estás?

—En casa, me mareo mucho y he vomitado varias veces.

—Vale, voy para allá. ¿Puedes ir hasta la puerta y dejarla abierta?

—Sí... creo que sí.

—Bien, estoy yendo. Tranquila, ¿ok?

—Vale.

Colgué y me puse en pie para ir a abrir la puerta, cosa que me costó un mundo porque tenía tal mareo, que se movía todo el jodido apartamento.

No estaba bien, yo sabía que no. Menudo gripazo me había pillado por la puta lluvia de la otra noche.

En cuanto abrí la puerta me recosté en el sofá. Seguía en pijama y ni ganas de cambiarme tenía, madre mía, estaba moribunda. Ni en mis peores resacas había estado tan mal.

No sé el tiempo que pasó hasta que escuché a Luka entrar en casa, pero en cuanto me vio la cara se asustó tanto que se sentó a mi lado en el sofá, me cogió en brazos para sentarme en su regazo y me abrazó como si hiciera años que no nos veíamos.

—Estás hecha un asquito, chochona —me dijo dándome un beso en la frente—, pero fiebre no tienes.

—Lo sé, no me he notado caliente, pero se me mueve todo, de verdad. No tengo nada más en el estómago y, aun así, sigo con náuseas.

—Vamos a darte una ducha, te pones el chándal y nos vamos para el hospital.

Y eso hicimos, en cuestión de una hora estábamos ya en la sala de espera de urgencias.

Seguía revuelta, pero al menos el mareo se me había pasado un poco, que ya solo por no tener esa sensación de que se moviera todo cuando me rodeaba, era un alivio.

—Andrea —me llamó la enfermera del mostrador que nos atendió al llegar—. Acompañadme.

La seguimos hasta una sala y me pidió que me sentara en la camilla a esperar al médico.

Luka se quedó de pie a mi lado, abrazándome puesto que ambos temíamos que me acabara cayendo por el leve mareo que aún tenía.

—Buenos días —miramos hacia la voz del hombre que entró y vi que era un médico joven, de la edad de Luka o un par de años más—. Andrea, ¿verdad?

—Sí —contesté.

—Bien, dime qué te ocurre, Andrea.

—Me desperté mareada y con náuseas, he vomitado varias veces, pero es que no tenía apenas nada en el cuerpo. Ayer solo desayuné y...

—Bien, vamos a hacerte unos análisis, tal vez es solo que estés incubando un resfriado —me dijo.

—Eso creo, pero me encontraba tan mal...

—No te preocupes, has hecho bien en venir. Ten, ve al baño y llénalo tanto como puedas —me pidió entregándome un bote para que hiciera pis en él.

Luka me acompañó hasta el cuarto de baño y cuando acabé me llevó de vuelta a la sala donde el médico estaba hablando con la enfermera, una mujer de unos cincuenta años, con cara de buena persona y una sonrisa de lo más afable.

—Hola, Andrea. ¿Te mareas con las extracciones de sangre? —me preguntó ella.

—Un poco, y si ya de por sí estoy mareada, pues peor lo voy a llevar.

—Vale, entonces recuéstate en la camilla, cariño.

Asentí y eso hice, me sacó sangre y cuando acabó me dijo que me quedara allí hasta que se me pasara un poco.

Cuando estaba mejor, el médico nos pidió a Luka y a mí, que volviéramos a la sala a esperar que nos llamaran de nuevo.

Nos sentamos y Luka pasó el brazo por mis hombros llevándome a su costado.

—Verás que no es nada, solo un resfriado.

—Sí, lo sé.

—Oye, siento lo que dije ayer.

—No, Luka, soy yo quien lo siente. Sé que no tienes la culpa de lo que pasó, pero ayer estaba hecha una mierda.

—No es que hoy estés como una rosa, hija... —dijo provocándome la risa.

—Gracias, es bueno saberlo.

Me abrazó más fuerte y volvió a besarme la frente.

Esperamos hasta que nos llamó la enfermera para llevarnos de nuevo a la sala donde estaba el médico.

—¿Cómo te sientes, Andrea?

—Sigo bastante revuelta, pero el mareo parece que se va pasando.

—Bueno, en tu estado es algo normal, sobre todo en los primeros meses.

—¿Cómo que... primeros meses?

—Estás embarazada, Andrea —cuando el médico dijo esas tres palabras, sentí que se paraba el tiempo.

No podía haber dicho eso, tenía que ser un error. ¿Embarazada? No, no, no.

Yo no estaba embarazada, no podía estarlo.

Empecé a hiperventilar, me quedé paralizada, sabía que estaba entrando en pánico y en uno de esos *shocks* que me dejaban ida por completo.

Ya me faltaba el aire, no podía respirar. Escuchaba a Luka hablarme, pero no lo entendía.

Lo miré y es lo último que recuerdo.

—¿Andrea, me oyes? —la voz del médico hizo que fuera despertándome, poco a poco.

—¿Qué ha pasado?

—Has entrado en *shock*. ¿Suele pasarte a menudo?

—Alguna vez, sí.

—¿Y yo por qué no sabía eso? —preguntó Luka.

—Señor Duarte, por favor, su novia necesita calma.

—No es...

—Luka —le corté porque a nadie le importaba si era mi novio, mi amante, mi amigo, mi hermano o el vecino del quinto—. El médico tiene razón, necesito estar tranquila.

—Vale, pero, ¿te encuentras mejor? —me preguntó acercándose para besarme en la frente.

—Sí —sonreí—. Doctor, ¿está usted seguro que no es un simple resfriado?

—No, estás embarazada. Voy a hacerte una ecografía, ¿de acuerdo?

—Sí.

Y ahí estaba, recostada en la camilla, con el gel en el vientre y el médico pasando esa especie de micrófono por él.

Luka me había cogido la mano, que apretaba de vez en cuando para tranquilizarme, yo lo miraba a él y volvía a mirar la pantalla.

—Ahí está, ese es tu pequeñín o pequeñina —dijo el médico, señalando en la pantalla una judía blanca.

Que sí, que estaba embarazada, pero eso era una judía, vamos. Miré la pantalla y sentí que se me caían las lágrimas por las mejillas. Estaba embarazada, esperaba un hijo de *Paul*.

—Felicidades, papás —el médico nos miró con una amplia sonrisa.

—Andrea... —me llamó Luka y vi que lloraba tanto como yo.

—Lo sé, es una locura —dije llorando.

—No, no lo es, ¿me oyes? —me riñó Luka.

—La enfermera te dará ahora una serie de indicaciones que debes seguir, es importante que te cuides en estos primeros meses, ¿de acuerdo? Que estés tranquila y evites sobresaltos, sustos y esos ataques de pánico que acaban *shock*.

—No se preocupe doctor, que de eso me encargo yo —contestó Luka.

Cuando salimos del hospital sentí que se me caía el mundo encima. Estaba embarazada y el padre me había dejado sin poder explicarme. ¿Cómo iba a decirle ahora lo que me pasaba? ¿Lo que nos pasaba? Íbamos a ser padres. Esto era cosa de dos, pero no le obligaría a nada que no quisiera, eso lo tenía claro.

Subimos al taxi para volver a casa y miré la ecografía, la primera foto de mi pequeñín.

¿Será un niño o una niña? ¿Se parecerá a *Paul*? Eso me mataría, no podría olvidarme jamás de ese hombre si tuviera un hijo que me lo recordara constantemente.

Empecé a llorar y Luka me abrazó mientras me acariciaba la espalda, estaba ahí a pesar de que el día anterior le había mandado a la mierda culpándole de que *Paul* me hubiera dejado.

—Gracias, Luka —susurré.

—¿Por qué?

—Por estar ahí siempre, por no fallarme, por aguantarme y por no irte de mi lado. Gracias por todo.

Lloré aún más y él, me abrazó con más fuerza.

—Nunca, ¿me oyes bien, chochona? —susurró en mi oído— Nunca me voy a ir de tu lado.

Me abracé a su cintura y lloré como una niña pequeña. Tenía miedo, estaba realmente muerta de miedo. Embarazada y sola. Así me había quedado.

Nada más entrar al portal, *James* preguntó cómo me encontraba y qué me habían dicho.

—Va a ser mamá —contestó Luka, con una sonrisa mientras yo me secaba las lágrimas.

—¡Oh! Eso es... —*James* se quedó callado, me miró, después a Luka y volvió a hablar—
¿Felicidades? —preguntó haciéndome reír.

—Gracias.

—Oye, que no sabremos nada del padre por el momento, pero que a este pequeñín —Luka llevó la mano sobre mi vientre y yo sonreí al verlo— no le va a faltar nunca nada. ¿Ok, cariño?

—Sí, va a tener el amor de su madre y de su tío cubano.

—Bueno, lo de tío ya lo veremos, que igual le digo que me llame papá.

—¡Luka!

No podía con él, hasta en mis peores momentos conseguía sacarme una sonrisa.

Nos despedimos de *James* y subimos a mi apartamento. En cuanto atravesé la puerta, las lágrimas se hicieron aún más intensas.

—Voy a llamar a *Paul*, esto ya ha ido demasiado lejos —dijo sacándose el móvil del bolsillo.

—No, no le llames. Esto... esto es cosa mía, tengo que arreglarlo yo. Por favor, Luka.

—Andrea, tiene que saber que estás embarazada. Por el amor de Dios, que es el padre.

—¿Crees qué querrá saber algo del bebé? Si ni siquiera ha querido saber de mí. Que me devolvió mis cosas a través de una empresa de mensajería, Luka.

—Voy a llamarlo, te pongas como te pongas.

Y lo hizo, claro que lo hizo. Marcó el número de *Paul* en su móvil.

—No me jodas, me ha bloqueado a mí también.

—¿Esperabas que no lo hiciera? Te recuerdo que eres mi amigo, sabía que intentarías localizarlo.

—Pues tendré que ir a su casa. Dame la dirección.

—No te abrirá, ya fui yo. ¡Ah! Y a su apartamento también.

—¡Que fuiste a...! Mira, no sé de qué me sorprende. Te pido que no vayas sola y tú me ignoras, pues muy bien. Una cosa te digo, estás embarazada, tienes que cuidarte y voy a ser tu jodida sombra, ¿queda claro?

—No me amenes.

—Tómalo como quieras, Andrea, pero yo hablo en serio.

Preparamos algo rápido para comer y pasamos el resto del día tirados en el sofá, tapados con la manta, viendo nuestras películas favoritas y de vez en cuando ambos llevábamos la mano a mi vientre, ese lugar en el que, poco a poco, crecía mi hijo, el hijo de *Paul*.

Después de cenar tenía claro lo que haría al día siguiente, no iba a esperar más para saber de *Paul*.

—Luka, mañana voy a ir a casa de sus padres, tengo que decirles lo que ha pasado y que le den un mensaje a Paul.

—Yo te acompaño, cariño. No te voy a dejar sola en esto.

Asentí y dejé que me abrazara. Sabía que no me dejaría sola, lo sabía muy bien.

Y llegó el día siguiente, ese en el que iría a casa de los padres de *Paul*, para que le dieran un mensaje a su hijo. Un mensaje que sabía que entendería a la perfección, aunque posiblemente siguiera sin querer saber nada de mí.

Con la mañana aparecieron las náuseas, tal como me dijo el médico, así que me tomé un té que me asentara el estómago antes de darme una ducha.

Luka no tardó en llegar, me pilló con el albornoz y la toalla en el pelo, así que mientras fui a vestirme él, se encargó de preparar el desayuno. Para mí nada de café, órdenes del médico, cosa que iba a llevar muy mal durante todo el embarazo, pero iba a seguir todas sus indicaciones para cuidar de mi pequeñín, esa judía blanca que se veía en la ecografía.

Me puse unos vaqueros, un jersey y las botas. Ya estaba lista para empezar el día, hasta que mi bebé decidió que era hora de vomitar.

¡Qué mañanas me esperaban! Solo deseaba que fuese por poco tiempo, ya que me había dicho la enfermera que en algunos casos las mujeres se pasaban con náuseas todo el embarazo.

—Un vaso de leche con cacao, para la mamá más guapa de todo *New York* y Puerto Rico.

—¡Ole! —dije medio bailando una sevillana típica española— Yo quiero mi café.

—Y yo un hombre en mi cama por las noches, ¡no te jode la otra! Anda que...

—¿Y el rubio de la otra noche?

—Pues en su casa estará, digo yo.

—¿No lo has llamado? —pregunté sorprendida.

—No, y él a mí tampoco.

—Ay, ay, que me da algo. Trae el teléfono y le ponemos un mensaje.

—Ni loco. De momento nos centraremos en ti y en el bebé. Por cierto... ¿Cómo está *Junior*?

—¿*Junior*? —reí, pero puse cara de horror, lo sé.

—Claro, *Luka Junior*.

—Ni que mi hijo fuera a ser jugador de fútbol, no fastidies.

—Bueno, ya pensaremos nombres. Venga, tómate la leche y las vitaminas que te mandó el médico, anda, que te traigo ya la tostada.

Luka se giró y por un momento pensé que eso me gustaría estar viviéndolo con *Paul*. Que fuera él quien se hubiera pasado la tarde anterior acariciándome el vientre, quien estuviera llamando *Junior* a su hijo, pero no era así, de momento no sabía que iba a ser padre.

Luka me acompañó en el taxi a la casa de los padres de *Paul*, meses atrás les aseguré que volvería y no lo había hecho. Ahora que lo hacía era para decirles que necesitaba que intercedieran por mí ante su hijo.

—¿Les vas a decir lo del bebé? —preguntó Luka.

—No, aún no. Quiero que primero lo sepa *Paul*, y después que él les dé la noticia.

—Me parece bien.

Llegamos al barrio, llamé y cuando escuché la voz de *Mary* le pedí que me abriera.

Una vez llegamos a la puerta me recibió con los brazos abiertos y uno de esos abrazos que tanto había recordado.

—Pero, ¡qué guapísima estás, hija! Pasa, pasa.

—Muchas gracias, *Mary*.

—¿Y este muchacho tan guapo? ¿Es tu hermano?

—No, pero como si lo fuera. Es mi mejor amigo, Luka.

—Luka Duarte, para servirte, guapísima —le dijo mi amigo con toda su gracia y ella le dio dos besos.

—Encantada. Pero... Duarte... Duarte... ¡Tú eres el diseñador!

—¡Ole, una fan, chochona! —gritó él emocionado y dejando ver un poquito de esa parte suya que tan bien escondía.

—¿Chochona? —preguntó *Mary* mirándome.

—Así me llama a mí. Lo que tengo que aguantar...

—Oye pues es un apodo muy cariñoso —contestó *Mary*.

—¿Está *Paul* en casa, *Mary*? —pregunté, refiriéndome a su marido, por supuesto.

—Sí, en el salón, vamos.

Entramos y el padre de *Paul* me dio un abrazo tan paternal como el de su esposa. Le presenté a Luka y también le cayó bien enseguida.

Nos sentamos mientras *Mary* iba a por café, le pedí una tila para mí y ella se sorprendió, pero le dije que había pasado por un resfriado y aún no me sentaba muy bien el café.

—¿Cómo es que has venido sin nuestro hijo? —preguntó *Mary*, sentándose junto a su marido.

—Porque necesito que me hagáis un favor. Veréis...

Les conté lo ocurrido aquella noche y ella se llevó la mano al pecho, sorprendida.

Paul negaba puesto que estaba de acuerdo conmigo en cuanto a que podría haberme pedido una explicación al menos.

En ese momento llegó *Nicole* y al verme se lanzó a mis brazos, pero en cuanto vio a Luka, empezó a chillar histérica.

Le contamos lo ocurrido a ella también y se enfadó con su hermano mayor.

—Ese hombre es idiota, de verdad.

—*Nicole*... —la regañó su madre.

—¿Qué, mamá? ¿*Nicole*, qué? Lo digo porque lo sé, es idiota, uno muy grande. Ya la perdió una vez y estuvo tres meses perdido sin ella por idiota, por no contarle la verdad.

—¿De qué hablas, hija? —preguntó *Mary* y como no quería que se enterara de que sus hijos tenían relación con la hija ilegítima de su marido, intervine.

—Nada, *Mary*, es solo que me ocultó algunas cosas de las que me enteré y me marché a Puerto Rico con mis padres sin decirle dónde estaba, hasta que fue a buscarme.

—No te preocupes, cariño, que le diremos lo que quieras. Ya le haré yo entrar en razón de que lo que vio no fue lo que pasó realmente.

—Gracias, *Mary*, pero necesito que le entreguéis esto, por favor —saqué el sobre del bolso y se lo di. Ahí estaban puestas todas mis esperanzas, esas en las que confiaba para que Paul viniera a verme.

Sentí unas náuseas y fui tan rápida como pude al cuarto de baño, que no quería yo ponerle el salón perdido a esa pobre mujer.

En cuanto salí, ahí estaba *Nicole*, para darme un abrazo.

—No te preocupes, que mi hermano volverá contigo como un corderito en cuanto yo le dé un buen repaso. ¿Estás mejor? Tienes mala carita —dijo acariciándome la mejilla.

—Sí, restos del resfriado.

—Bueno, pues cuídate mucho que mi hermano te tiene que ver bien. Aunque no te preocupes que va a saber todo lo que has llorado. Si es que es idiota...

—Cualquiera que hubiese visto algo así pensaría lo mismo que él, te lo aseguro.

—Pero podía haberte preguntado, *Andrea*, sobre todo, cuando venía de pasar los, y cito textualmente, tres peores putos meses de su jodida vida.

—Yo tampoco lo pasé bien, menos mal que tenía a mis padres y a mis amigos.

—Te aseguro que todo volverá a la normalidad, ya lo verás, cuñada —me dio un abrazo y sentí que con ella tenía una hermana. Éramos de la misma edad por lo que podríamos ser algo así como mellizas. Aunque nos parecíamos como un huevo a una castaña, que se dice.

Nos despedimos de ellos y le pedí a *Mary* que, por favor, se asegurara de que *Paul* abriera ese sobre delante de ella, que no dejara que lo rompiera, pero que de no hacerlo él, lo abriera ella si fuera necesario para enseñarle lo que contenía.

Regresamos a casa y Luka se quedó a comer, tomó café al que yo acompañé con una infusión y se marchó porque tenía que hacer unas cosas en el trabajo.

Estaba recogiendo cuando tuve una idea, sonreí y me fui para la calle.

Capítulo 19



Llevaba toda la tarde de tiendas, bueno, realmente viendo escaparates y haciendo una lista con cositas que compraría para el bebé, pero más adelante.

Me habían encantado varios conjuntos de ropa, patucos y algún que otro peluche con el que, sin duda, decoraría la habitación.

Sí, esa que tenía en mi apartamento y que en su día estaba pensada para mis padres, pero como no quisieron mudarse conmigo, seguía siendo solo una habitación más.

Iba a pintar las paredes, hacer un mural de animales precioso. Yo no, claro estaba, contrataría a alguien que lo hiciera, porque siendo realista el talento para pintar lo tenía mi padre, no yo.

Hasta vi una tienda en la que me podrían hacer unos regalitos adecuados para cada uno, tanto para mis padres como para Luka y *Paul*.

De nuevo *Paul*, en mi mente...

Seguía sin tener noticias suyas, no me había desbloqueado y no podía llamarlo. Quise intentar hablar con él en las oficinas, pero no me atreví a marcar el número porque sabía que *Marjorie*, me diría que no iba a atenderme.

Paré en una cafetería, me apetecía un buen café, pero no me estaba permitido tomarlo así que pedí un batido de helado de chocolate con nata y un gofre.

El chocolate sí podía comerlo, nadie me había dicho lo contrario.

Entré en *Facebook* y me eché unas risas en el grupo. Tenían cada cosa...

Intenté de nuevo ver el perfil de *Paul*, pero eso era misión imposible total, no quería saber nada de mí, me había borrado de su vida como hice yo meses atrás.

Volví a casa, pero antes compré algo de cena, no me apetecía cocinar.

—¿Cómo estás, Andrea? —preguntó *James* cuando me vio llegar.

—Bien, pero las náuseas por la mañana me matan.

—Seguro que se pasan pronto. ¿Sabes algo de él?

—No, nada, es como si se le hubiese tragado la tierra. He ido a hablar con sus padres esta mañana, les he pedido que le entreguen un mensaje, a ver si al menos así, consigo que me hable.

—¿Les has dado la noticia?

—No, quiero que se lo diga él. Lo que voy a hacer es hablar con mis padres, aunque... tengo que prepararme antes porque no sé cómo van a tomarse que, por el momento, vaya a ser madre soltera.

—Seguro que bien, ya lo veras —dijo guiñándome el ojo.

Nos despedimos y subí a casa, antes llamé a la puerta de *Luka*, pero no estaba aún de vuelta así que entré y preparé la mesa para cenar.

Lo hice viendo una serie a la que me había enganchado mientras estuve viviendo con *Paul*, y ahora estaba sola en mi apartamento cenando frente al televisor. Lo que puede cambiar la vida en cuestión de un segundo.

Recogí todo, me preparé un vaso de leche con las vitaminas y decidí hacer la llamada más importante de mi vida.

—Hola hija, ¿cómo estás? —la voz cantarina de mi madre me hizo sonreír.

—Bien, ¿y vosotros?

—Muy bien, cariño. Tu padre viendo un partido de fútbol.

—Vaya por Dios...

—¿Va todo bien, seguro?

—Mamá, tengo que hablar con vosotros. Podrías... —respiré hondo antes de entrar en pánico—
¿Podrías pedirle a papá que deje un momento el fútbol? Es importante.

—Claro, hija, claro.

Escuché a mi madre andando por la casa y hablar con mi padre, en cuanto supo que yo estaba al otro lado del teléfono, dejó de sonar la televisión.

Puse el manos libres y dejé el móvil en la mesa.

—Ya estamos los dos, cariño, he puesto el, sin manos, ese —dijo mi madre, y sonreí.

—¿Estás bien, Andrea?

—Sí, papá, lo estoy. Bueno, empiezo... Recordáis que volví aquí con Paul, el chico del que os hablé.

—Sí.

—Pues todo iba bien, pero hubo un malentendido, algo que él vio y creyó que era lo que no fue.

—No te entiendo, hija —dijo mi madre.

—Bárbara, que el hombre vio a la niña con otro, bueno, creyó que la niña estaba con otro. ¿Es eso, hija? —preguntó mi padre haciéndome sonreír. Lo que tenía ese hombre de sabio...

—Sí, papá, eso mismo. Estaba con unos amigos, en un local de copas, en un baile acabé chocando los labios con uno de ellos y en ese momento *Paul* nos vio, creyó lo que no era y desde hace cuatro días no sé nada de él. Ha hecho exactamente lo mismo que hice yo.

—Poner tierra de por medio —contestaron ambos al unísono.

—No, que yo sepa no se ha marchado del país, pero me ha bloqueado en todo y no puedo hablar con él.

—Hija, lo siento. ¿Por qué no te vienes aquí unos días y así descansas?

—No puedo mamá, tengo que estar aquí porque debo ir a algunas revisiones.

—¿Revisiones? ¿Qué nos ocultas, Andrea?

—¿Estáis sentados? —pregunté.

—Sí, pero habla antes de que me dé un infarto pensando lo peor. Mira, que si dices que te estás muriendo y yo estoy aquí tan lejos, me muero del susto.

—Mamá, no me estoy muriendo. Vale, allá va... Vais a ser abuelos.

Se hizo tal silencio en ese instante, que, si hubiera cantado un grillo en la puerta del edificio, seguro que lo habría podido escuchar.

Nada, ni una sola palabra. Los dos callados al otro lado del teléfono.

—¿Mamá? ¿Papá? —pregunté esperando una respuesta.

—¿Has dicho abuelos? —Ese era mi padre.

—Ajá, eso he dicho, sí.

—¿Hablas en serio, hija? —Ahí estaba mi madre, llorando ya como una niña pequeña.

—Y tan en serio, como que ayer me levanté vomitando de tal manera, que casi jugaría que expulsé hasta el primer biberón que me diste. Y qué mareo mamá, se me movía el apartamento entero.

—¡Ay, mi niña! No puedes estar sola en estos primeros meses. Porque estás de poquito, ¿verdad?

—Sí, mamá. Mi pequeñín todavía es una judía blanca.

—Rafael, ¡que vamos a tener un nieto!

—O nieta, mamá, que igual tengo una linda puertorriqueña en el horno —reí y mis padres conmigo.

El miedo ante su silencio se esfumó como lo había hecho *Paul* la noche que salí buscándole del local.

—Pues tenemos que ir allí unos días contigo, hay que preparar la habitación del bebé y comprar cositas, pero más adelante, cuando ya haya pasado el primer trimestre, ¿vale, cariño?

—Deseando estoy que vengáis, mamá, ya lo sabes, pero... ¿No os importa que vaya a tenerlo sola? Bueno, al menos estaré sola por el momento, el tiempo que *Paul* tarde en querer hablar conmigo, que espero que sea pronto puesto que le he pedido esta mañana ayuda a sus padres y a su hermana.

—¿Saben lo del bebé, hija? —preguntó mi padre.

—Aún no, me gustaría que fuera el propio *Paul* quien les diera la noticia. Lo que está claro es que si él no quiere saber nada de nosotros...

—¡Él se lo pierde, que mi niña vale mucho! —gritó mi madre, como si fuera la mismísima Juana de Arco.

—Claro que sí, hija. Si es hombre para no evitar que pase y después no lo es para hacerse cargo, lo mejor es que no esté en tu vida.

—Lo sé, papá, lo sé...

Charlé un rato más con ellos y me despedí prometiendo que les mantendría informados de todo, tanto si *Paul* daba señales de vida y se hacía cargo del bebé, como si no lo hacía.

Me fui a la cama con una sonrisa y es que pensé que mis padres, al ser mayores y venir de otra época, se escandalizarían al saber que esperaba el hijo de un hombre que me había dejado sin tan siquiera hablar conmigo.

Tumbada boca arriba, con ambas manos en el vientre, cerré los ojos y sonreí, tenía un motivo para hacerlo, uno muy bueno, el mejor de todos.

Iba a ser madre y, aunque había entrado en pánico la mañana anterior cuando me enteré, ahora me

sentía la mujer más feliz del mundo.

Y es que, pasara lo que pasara con su padre, ese bebé había sido el resultado de un amor tan grande, como nunca antes sentí.

—Buenas noches, mi pequeñín —murmuré acariciando mi vientre.

Las náuseas iban a ser las que me dieran los buenos días cada mañana los próximos meses, y lo llevaba fatal.

—Hijo, podías haber sido un poquito más tranquilo. ¿Es necesario que me levante así todos los días? —pregunté mirándome el vientre, ese lugar de mi cuerpo que empezaría a cambiar antes de que me quisiera dar cuenta.

Me di una ducha y tras ponerme el chándal fui a preparar el desayuno. En ello estaba cuando apareció Luka por la puerta.

—Buenos días tenga la futura mamá más guapa del mundo mundial —dijo dándome un abrazo y después se arrodilló frente a mí—. Buenos días, *Junior* de mis amores. Aquí Luka, ¿me oyes bien? Ok, de acuerdo. Tengo un regalito para ti, bueno, no lo he comprado todavía, pues mamá dice que hasta que no seas más o menos como un kiwi, no me deja comprar cositas. Pero que ya lo he visto, además hay para niño y para niña, así que en cuanto nos digan si vas a ser chochoncilla o pichilla *junior*, lo compro, palabrita de Luka.

Me agarró por la cintura y me plantó un beso en todo el centro de la barriga.

—¿Te han dicho alguna vez en tus treinta y cinco años que estás loco, Luka? —pregunté cuando al fin se puso en pie.

—Alguna, sí, pero los locos son ellos, que no me entienden.

—La que le ha caído a mi hijo contigo, madre mía —protesté girándome para volver a la cocina y seguir preparando mi leche.

—Estarás haciéndote un cacao, ¿verdad?

—Pues mira, no. Había pensado en ponerme un café solo, triple, bien cargado, y añadirle un buen chorro de coñac. ¿Tú eres tonto? Que un hijo no entraba todavía en mis planes, al menos en unos tan cercanos, pero a mi judía le quiero ya con locura.

—Y solo hace un par de días que sabes de su existencia, no te digo cuando lo tengas en brazos, la madre de *Simba* se va a quedar corta a tu lado, leona mía.

—Ya te digo...

—Bueno, y qué, ¿sabes cuándo pudo ocurrir el milagro de la vida tras un pequeño accidente? Porque tú eres “doña preservativo”, vamos.

—Bueno, es que... Desde que vino a buscarme a Puerto Rico siempre hicimos la marcha atrás.

—¿Qué? ¡Ay la madre que os parió a los dos! ¿Y no se le pasó a ese hombre por la cabeza alguna vez que podríais tener una sorpresa de este tipo? O a ti, vamos, que parece que no te haya yo enseñado nada, de verdad.

—Yo lo pensé, en París, sí, pero... Bueno tal vez en el fondo los dos pensáramos que si llegaba la sorpresita sería bienvenida. No sé, Luka.

—¿Te hace ilusión tenerlo? —preguntó dándome un abrazo por detrás.

—Mucha, esa es la verdad. Sí, me asusté, entré en pánico y casi te mato del susto al verme en ese estado, pero me hace ilusión ser madre. Ser la madre del hijo de *Paul*.

—¿Aunque sea un idiota?

—Aunque sea un idiota —aseguré sonriendo.

—Y un imbécil.

—También.

—Y un gilipollas de los grandes.

—Eso también, pero estoy segura de que cuando sepa que va a ser padre, todo volverá a la normalidad. Se le caía la baba con su sobrina Isabella, tenías que haberlo visto.

—Ojalá y tengas razón, cariño, porque no soportaría verte pasarlo mal por su culpa, otra vez.

—Luka, la primera vez fue más culpa mía que suya.

—No te contó la verdad y mira lo que ocasionó aquello, que te fueras al otro lado del charco. Que yo también lo pasé mal —dijo con pena y me abracé a él.

—Esta vez no pienso irme, me quedo aquí con el tío Luka.

—Eso hay que hablarlo, pero por ahora no. Bueno, cambiemos de tema —pidió con una de esas sonrisas que escondían travesuras en sus vivencias.

—A ver, ¿qué has hecho?

—Quedar con el rubio de la otra noche.

—¡No! ¿En serio?

—¡Sí! —gritó emocionado— Me mandó un mensaje anoche, decía que lamentaba no haberse puesto antes en contacto, pero había estado bastante ocupado por trabajo y me ha invitado a cenar esta noche, así que, acepté.

—Pues genial. Tenía buena pinta, asesino en serie no parecía, desde luego —dije riendo al recordar lo que él comentó esa noche.

Luka me contaba su conversación mientras se preparaba un café y yo hacía las tostadas. El rubio en cuestión se llamaba David, era ingeniero y tenía cuarenta años.

Mi amigo estaba de lo más emocionado porque, aunque se hiciera un poquito el duro aquella noche en el local, yo sabía que le había gustado lo que tenía delante.

Conocía a Luka y había ciertos... gestos que solo hacía cuando le interesaba un hombre, y con David los hizo todos, señal de que le interesaba y mucho.

Nos sentamos a desayunar y me enseñó fotos de algunos bocetos de sus nuevos diseños, eran preciosos, como todos los que se imaginaba.

Desde luego Luis Carlos Duarte, había nacido con ese don, el de saber crear cosas tan bonitas como esos vestidos que hacían a cada mujer lucir hermosa y deslumbrante.

Me ayudó a recoger las cosas del desayuno y como no tenía gran cosa que hacer, me dijo que se quedaba conmigo hasta que fuera a arreglarse para su cita, así que nos pusimos a preparar la comida para los dos.

Me encantaba tener a Luka en mi vida, la verdad es que no sabría decir qué haría sin él, pues era esa persona que me daba mil y una razones para sonreír cada día y ahora que me veía sola, más aún.

Mientras troceaba las pechugas de pollo, Luka puso la televisión y estaban dando las noticias.

Un nombre, uno que jamás podría olvidar, fue el que hizo que soltara el cuchillo y me girara.

—Sí, Clare, como dices, se trata del empresario de cuarenta años y dueño de la exitosa marca de coches Auxa. Anoche sufrió un accidente de tráfico y en estos momentos se encuentra en la Unidad de Cuidados Intensivos de la clínica privada que tengo a mis espaldas... —decía la reportera.

Sentí que me empezaban a venir las náuseas. No podía ser cierto lo que estaba escuchando. ¿Un accidente? ¿Paul había tenido un accidente?

Y, ¿por qué no me habían llamado sus padres?

Fui a la mesa donde tenía el móvil y vi que estaba apagado, se habría quedado sin batería. ¡Mierda!

—Andrea, tranquila —me pidió Luka, llegando a mi lado y abrazándome por detrás.

—Está apagado —dije llorando.

—Ahora los llamamos, ¿sí? —dijo, y yo asentí, volviendo a escuchar a la reportera de las noticias.

—Los médicos no dan un buen pronóstico, Clare. Por lo que hemos sabido por uno de los sanitarios que lo atendieron anoche a su llegada, ve muy difícil que salga del coma en el que se encuentra. Por lo visto las siguientes horas serán cruciales, pero el pronóstico no es muy alentador.

Se me cayó el alma al suelo, el mundo encima y sentí que se abría la tierra dispuesta a tragarme.

No podía morir, no podía perder a Paul de esa manera. Simplemente no podía.

Luka me dio un apretón en los brazos antes de quitarme el móvil de las manos, ponerlo a cargar y poder llamar a los padres de *Paul*.

—Te han llegado varias llamadas y mensajes, Andrea —me dijo, con la voz cargada de tristeza.

Me maldije por mi mala cabeza algunas veces, y es que, si no hubiera estado tan nerviosa por hablar con mis padres, no me habría olvidado de ponerlo a cargar. La euforia de saber que me amaban ante cualquier circunstancia y que estarían ahí para ayudarme siempre, hizo que me olvidara de todo.

Sentí un dolor tan grande en el pecho que me partía por completo, el hombre al que amaba, el amor de mi vida, se debatía en estos momentos entre la vida y la muerte en la cama de un hospital. El padre de mi hijo... Mi hijo no, nuestro hijo.

Tenía que saberlo, tenía que decirle que luchara por su vida, por la mía, la de su hijo, por nuestra familia. Que no se dejara ir, no podía dejarnos solos. Simplemente no podía.

Noté un mareo, sentí que me pesaba todo el cuerpo y, de repente, oscuridad.

No escuchaba nada, no notaba si Luka se había levantado del sofá, si estaba a mi lado, si me movía o me hablaba.

Tan solo me rodeaba oscuridad, la misma en la que *Paul*, el hombre que quería y necesitaba en mi vida, se encontraba desde la noche anterior...